Sagas de la Novela Romántica

Amantes del Oeste

ELIZABETH LOWELL

Fuego y lluvia

Fuego y lluvia

Luke Mackenzie era un hombre fuerte, poderoso, dueño de la tierra más solitaria y salvaje de las Rocallosas y su pasión secreta era Carla McQueen, una joven inocente, irresistible... La mujer que nunca podría ser suya.

Y de pronto, Carla volvió a aparecer en su vida después de tres años de ausencia. Luke sabía que nunca podría ceder ante la pasión que lo consumía. Había hecho un juramento y estaba decidido a cumplirlo...

Capítulo 1

-¿Qué diablos estoy haciendo aquí? -se preguntó Luke.

Se miró en el espejo; no tenía respuesta para esa pregunta. En realidad, no podía explicarse por qué se había quedado en el apartamento de Cash McQueen cuando sabía que Carla McQuenn iría a cenar.

No era poco común que Luke recorriera los muchos kilómetros que separaban su rancho, en Four Corners, de la ciudad de Boulder, para visitar a su amigo Cash. Tampoco resultaba extraño que ambos tuvieran que dedicarse a reparar el recalcitrante jeep de Cash. Era habitual que los dos compartieran una pizza y cervezas, mientras intercambiaban noticias.

Lo que sí resultaba extraño era el hecho de que Carla estuviera en la misma habitación que Luke MacKenzie.

Luke le preguntó a su imagen reflejada en el espejo:

-¿Es por eso por lo que Cash esquivó mi pregunta acerca de con quién salía Carla? ¿Al fin ha logrado olvidarme y le ha dado el sí a algún joven de ciudad? ¿Y a mí qué puede importarme si ella lo ha hecho?

A pesar de que intentó convencerse de que era natural que sintiera una preocupación fraternal por la hermana menor de su mejor amigo, Luke sabía que eso era solamente una parte de la verdad. El resto de la verdad era algo que hería su propia autoestima, pues tres años antes, había deseado tanto a Carla que la había hecho huir del Rocking M... y de él.

Con un esfuerzo, Luke apartó de su mente la imagen de los ojos de color azul verdoso de Carla, de sus labios temblorosos y del suave calor de su cuerpo deslizándose sobre el suyo. Esa imagen aparecía con demasiada frecuencia en sus sueños, estuviera despierto o dormido. Sin embargo, eso no era lo que él deseaba de ella. Lo que deseaba, y lo único que aceptaría, era la vuelta de aquellos días, cuando compartieron la clase de compañerismo que Luke no creía pudiera existir con ninguna mujer.

Luke murmuró en voz alta:

-Han transcurrido tres años y, con seguridad, ya se ha olvidado todo este asunto. Es muy probable que Carla, Cash y yo podamos volver a ser una familia, como solíamos serlo. Echaba de menos el sonido de su risa, la manera en que su sonrisa iluminaba toda la casa.

-¡Hey, Luke! ¿Qué estás haciendo ahí? -preguntó Cash.

-Todavía estoy intentando olvidarme de tu jeep -respondió Luke-.

Deberías cambiarlo por un perro, y matar al perro. Cash abrió la puerta del baño.

-Dame tu camisa -pidió Cash.

-¿Por qué?

-La tienes manchada de grasa en la espalda -indicó Cash. Luke emitió un sonido de enfado que ninguno de los dos tomó en serio. -Las cosas que hago por ti -murmuró Luke. Se lavó las manos, se quitó la camisa negra y la arrojó sobre la cabeza de su amigo. Otra camisa volvió volando con la misma velocidad. Luke sonrió y se la puso; le quedaba tan bien como la suya. Cash era el único hombre que conocía, cuya ropa podía usar sin sentir que llevaba una camisa de fuerza.

-Mucho mejor -comentó Cash-. Tienes que cuidar tu imagen, si no... ¿qué pensaría Carla?

-Me he visto en peores condiciones -aseguró Luke.

-No el día que cumple veintiún años. Apresúrate, no puedo decorar la tarta.

-¿Qué te hace pensar que yo sí puedo? -preguntó Luke.

-La desesperación.

Luke sonrió y siguió a Cash hasta la cocina; se sentía como en su casa. Carla y Cash eran como una verdadera familia para Luke. Su madre, su abuela y su bisabuela siempre habían odiado las montañas Rocosas. Todavía peor, su madre tenía miedo de la tierra y del viento, como si tuvieran vida propia y la persiguieran. Al final sufrió un colapso nervioso, y sus padres llegaron desde la Costa Este, recogieron lo que quedaba de su hija, y se la llevaron enseguida del Rocking M..., llevándose también a la hermana de Luke, de siete años de edad, con la que él estaba muy encariñado. Desde entonces, Luke no se había permitido querer a nadie más. Y nunca más volvió a tener noticias de su madre o de su hermana.

A los trece años, Luke quedó en compañía de un padre que bebía mucho, y de un rancho cuyas demandas no tenían fin. A los diecinueve años heredó el rancho Rocking M; a los veinte, contrató a Cash para que hiciera un estudio sobre los recursos del rancho. Seis meses después, Cash regresó durante el verano, acompañado por su hermanastra, una joven con ojos tristes que le rompió el corazón a Luke. Tal vez se debió al recuerdo de su hermanita, a los ojos inquietantes de Carla, o quizá era sólo su propia necesidad de proteger y cuidar a alguien que no fuera él mismo. Cualquiera que hubiera sido el motivo, Carla consiguió romper sus defensas.

Un día mientras cabalgaban por el rancho, Luke encontró una antigua pieza de cerámica Anasazi, en September Canyon, y se la dio

a Carla. Intentó decirle que nada se perdía para siempre, que todo formaba parte del pasado y del futuro. Caria comprendió todo lo que él no pudo explicarle por no encontrar las palabras, y lloró por primera vez, desde que sus padres murieron. Luke la abrazó mientras lloraba, y sintió como si él también llorara, por todo lo que había perdido cuando tenía la misma edad de ella.

Cash chasqueó los dedos frente a los ojos de Luke, y dijo:

-¡Despierta!

-¿Dónde está la tarta? -preguntó Luke.

-Aquí.

-Temí que me dijeras eso -comentó Luke y suspiró, al ver en la mesa la tarta de chocolate, de forma totalmente irregular-. Espero que hayas preparado el caramelo.

-Está en el fregadero -respondió Cash. Luke miró en esa dirección. Vio una sustancia blanca en el fregadero.

-Te voy a decir algo -dijo Luke-. ¿Por qué no traigo la tarta, la estropeo un poco más, y después la tiramos a la basura?

-Tengo velitas -indico Cash indignado.

-Colócalas en el helado -sugirió Luke.

-¡Vamos, hombre! ¿Dónde está tu sentido de aventura? Si usamos el cucharón de sopa para el caramelo, tal vez no dejemos caer demasiado en el suelo.

Luke estaba poniendo la primera capa de caramelo en la pasta, cuando escuchó la voz de Carla, desde la puerta principal.

-¡Abre, hermano! Tengo las manos ocupadas.

-Feliz cumpleaños, hermana -la felicitó Cash al abrir la puerta-. Mira quién está aquí. El... ¡Cuidado!

Luke notó la mirada impresionada de Carla al verlo, y a la joven casi se le cayó la caja de la pizza que le estaba entregando a Cash.

-¡La has hecho buena, jovencita! -comentó Luke. Observó a Carla con ansiedad. Contempló su cabello castaño, sus ojos que parecían pedazos de mar, las curvas de su cuerpo que lo habían inquietado desde que ella tenía dieciséis años. Debido a la práctica que tenía, apartó esos pensamientos, para concentrarse en mirarla como lo que era... la hermana menor de su mejor amigo.

Después de un momento, Luke comentó:

-La pizza sabe mejor cuando no tienes que recogerla de la alfombra con los dientes.

-Estoy de acuerdo -respondió Carla, como si se hubieran visto el día anterior, y no casi un año antes-. Prefiero encargarme de los platos y

la mesa.

-Solías ser más audaz -Luke advirtió el efecto que causaron sus palabras en Carla. Comprendió que recordaba lo sucedido tres años antes, la noche que se había graduado en la escuela de enseñanza media, cuando le declaró su amor.

Cualquier otra noche, Luke hubiera sonreído y rechazado a Carla, un poco avergonzado por su dulce declaración, pero aquella noche fue diferente, pues la pasión que sentía por la pequeña hermana de Cash hizo que buscara consuelo en el whisky. En lugar de alejarse de ella, la abrazó y besó con pasión. Cuando Carla intentó calmarlo y hablarle, él la atacó con palabras.

Luke le dijo en aquella ocasión:

-¿Qué pensabas que sucedía cuando un hombre desea a una mujer, chiquilla? Ahí está el problema ¿no es así? Eres una niña que habla como una mujer, y yo soy un hombre dominado por la pasión. Huye, colegiala... huye y no vuelvas.

Carla había seguido al pie de la letra lo que Luke le dijo, huyó y no volvió. Él se encerró en el granero con sus herramientas y transformó sus anhelos en brillantes formas de madera... silla y tocador; cabecero y pie de cama; hermosos muebles para un sueño que jamás podría convertirse en realidad.

Carla lo sacó de sus pensamientos al decir:

-Ah, bien, hay que vivir para aprender.

-¿Qué has aprendido «rayo de sol»? -preguntó Luke. Advirtió la emoción que se reflejaba en sus ojos porque había empleado el viejo apodo. Sin embargo, Carla volvió a mirarlo con frialdad y distancia.

-Aprendí que ser audaz es otra manera de indicar que se es tonta. Luke comprendió que la había herido, lo cual no había sido su intención.

-Tú no eres tonta -manifestó Luke con calma-. Parece que lo único que hago últimamente es perseguir vacas tercas y comer mala comida -bostezó, al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza.

-Consíguete un cocinero -sugirió Carla y fue hacia la cocina. Al pasar al lado de Luke, él bajó los brazos y sus dedos rozaron por accidente su brazo desnudo. Carla se estremeció.

-He tenido seis cocineras en los últimos veinte meses -indicó Luke-. Ninguna de ellas sirvió. He echado mucho de menos aquellas cenas, cuando tú, Cash y yo nos sentábamos y hablábamos de todo y de nada. Después, Cash y yo peleábamos para ver quién se quedaba con el pedazo más grande de la tarta que habías hecho. ¡Esos sí que eran buenos tiempos «Rayo de sol»!

Las manos de Carla oprimieron con fuerza la caja de la pizza. La

colocó sobre la mesa y empezó a pasar las porciones a una bandeja de horno.

-Apuesto a que no echas de menos los platos que lavabas después -señaló Carla.

-La conversación hacía que valiera la pena -respondió él.

-Oh, no lo harás -intervino Cash.

-¿A qué te refieres? -preguntó Luke.

-No convertirás a Carla en tu cocinera durante el verano -le aseguró Cash. Luke sonrió.

-Es una gran idea, Cash. ¿«Rayo de sol», acaso tú...?

-No -respondió de inmediato Caria, sin permitirle terminar la frase.

-¿Por qué no? -preguntó Luke. Ella lo ignoró y metió la pizza en el horno-. ¿Por qué no? -insistió él.

-Cash se moriría de hambre, ese es el motivo -murmuró Carla.

-¡Eso es una calumnia! -exclamó Cash-. Puedo cocinar también como el vecino.

-Seguro, si ese vecino es Luke MacKenzie -manifestó Caria-. Antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar, vio la tarta. Inmediatamente hundió el dedo en la capa blanca que la cubría. Luke siguió con la mirada cómo sacaba la lengua y lo saboreaba-. Está demasiado dulce para ser pintura o salsa. Creo que mi hermano ha inventado un sabroso engrudo.

-¿Por eso no aceptaste mi ofrecimiento de cocinar, e insististe en traer pizza? -preguntó Cash.

-¡Premio! -respondió Carla.

-Eso me recuerda... ¿cuánto te debo por la pizza?

-Cien dólares -respondió ella.

-¿Qué tiene esa pizza? ¿Caviar?

-Salchichón y champiñones. Incluí el regalo de cumpleaños, pues sabía que estarías muy ocupado para ir a comprarlo.

-¿Qué te compraste? -preguntó Cash.

-Unas cuantas semanas más con Fred.

-¿Fred? -preguntó Luke antes de poder controlarse-. ¿Quién diablos es Fred?

Capítulo Dos

-¿Qué dices de Fred? -preguntó Caria. -¿Huh?

-Ya estás comprendiendo -murmuró ella. Luke entornó los ojos.

-Fred es su bebé -intervino Cash.

-Será mejor que os expliquéis pronto -indicó Luke.

Carla intentó controlar una sonrisa, pero no lo logró al mirar a Luke. Él no había cambiado, todavía era alto, fuerte, impresionante. Tenía el cabello de color castaño oscuro y ojos claros con destellos dorados.

Por un momento a Carla le pareció como si el tiempo hubiera dado marcha atrás, para llegar a los años anteriores, cuando ella malinterpretó la tolerancia afectuosa de Luke por una clase de amor muy diferente. La dominó el anhelo, deseó que él o ella hubieran sido diferentes tres años antes. Vio a Luke tal y como lo había visto aquella noche... la anchura de sus hombros había bloqueado su campo de visión cuando la abrazó. Podía recordarlo perfectamente.

El primer instante fue como la culminación de años y años de sueños, pero después, los brazos de Luke la abrazaron con mayor fuerza, hasta que no pudo respirar. Su boca, exigente y tosca, la había obligado a abrir la suya, para darle un beso tan duro y violento como el cuerpo masculino que se oprimía con intimidad contra el suyo. Se sintió confusa, perdida, y un poco asustada. No había imaginado así la respuesta de Luke a su declaración de amor... ¿dónde estaban la ternura, la alegría, la dulzura de saberse amada y de amar?

Con un esfuerzo, Caria apartó esos recuerdos y respondió a la pregunta de Luke:

-Fred es mi camioneta.

-Dile la verdad -le aconsejó Cash-. Fred es un enano maleducado, que hace todo lo posible por competir con los mayores. No puedo recordar cuántas veces me han llamado para que fuera a sacar a Carla de algún agujero lleno de barro. La próxima vez que suceda, he pensado en que tú vayas en lugar mío, Luke. Después de todo, es culpa tuya que Carla recorra Four Corners en busca de restos antiguos.

-¿Lo es? -preguntó Luke.

-Sí, pues si tú no le hubieras dado esa cerámica Anasazi que encontraste en September Canyon, nunca se hubiera interesado por la arqueología. Y si no se interesara por la arqueología, no iría en busca

de huesos viejos, con sus profesores, cada vez que coge unas vacaciones -manifestó Cash.

-Pensé que las chicas perseguían a los chicos -comentó Luke y le

dirigió a Carla una mirada enigmática.

-Dejé de perseguirlos cuando me gradué en la escuela de enseñanza media -le informó Carla-. Deja de intentar cambiar de tema -se volvió hacia Cash-. Me debes catorce dólares por la pizza.

-¿Y ochenta y seis dólares por reparaciones en la camioneta?

-No, pero no rechazaría un abrazo -respondió Carla y sonrió. Cash la abrazó, la levantó y la hizo girar. Cuando volvió a colocarla en el suelo, Carla quedó casi sobre los pies de Luke. Apenas tenía espacio para respirar. Luke tenía la misma estatura que su hermano, un metro noventa, ¡y ambos pesaban unos noventa kilos! Tal vez ése era uno de los motivos por los que aquellos dos hombres se llevaban tan bien... estaban hechos a la misma escala.

Sin previo aviso, los dedos largos de Luke levantaron la barbilla de Carla, por lo que la joven se vio obligada a mirarlo a los ojos.

-¿En realidad has madurado «Rayo de sol»? -preguntó Luke. El uso del antiguo apodo y la intensidad de su mirada hicieron que ella se quedara sin aliento y no pudiera hablar.

-¡Hey! Eso me recuerda que han pasado meses desde que jugamos al póker -señaló Cash.

-No resulta sorprendente -respondió Luke soltando con rapidez a Carla-. Han transcurrido meses desde que encontraste a un incauto que no sabe por qué Alexander McQueen se llama Cash.

-Afortunado en las cartas, desafortunado en el amor.

-Yo barajaré -informó Luke-. Carla repartirá las cartas. Tú abre la botella de champán que he traído.

-¿Champán? -preguntó Carla y miró a Luke a los ojos. Él todavía estaba de pie, tan cerca de ella que Carla podía sentir el calor de su cuerpo. Para ser exactos, en tres años no había sentido con tanta agudeza la presencia de alguien. Al mirarla y sonreír, Luke había hecho que algo renaciera en su interior.

-Champán -confirmó Luke con voz profunda-. Sólo cumples veintiún años una vez. Tiene que ser algo especial.

Cuando las cartas fueron repartidas, Carla saboreó el champán. Apenas notó el alcohol, pues su sangre ya hervía por el recuerdo de los dedos de Luke sobre su piel.

Luke le había preguntado si en realidad había madurado, y lo que implicaba esa pregunta había hecho que Carla no pudiera concentrarse en el juego y perdiera con mayor rapidez que de costumbre. Cuando Luke sirvió la segunda copa de champán, ella ya llevaba perdidos seis dólares. Cash iba ganando, Carla decidió que

quizá tenía un pacto con el diablo y por eso tenía tanta suerte en las cartas.

Cuando Luke le sirvió la tercera copa, la pizza ya no existía, la suerte de Cash iba en aumento, a Luke le quedaban tres dólares de los seis con que había empezado a jugar y Carla, que había prometido que cocinaría durante siete días, cobrando a cincuenta centavos cada día, no tardó en quedarse sin un céntimo.

Normalmente, Carla hubiera dejado de beber después de la segunda copa de champán, pero nada en aquella fiesta de cumpleaños era normal, en especial, la presencia de Luke MacKenzie.

De pronto, Luke empezó a ganar, cuando sólo le quedaban setenta y cinco centavos. Poco después, Carla sirvió en la copa de Luke las últimas gotas de champán, en un intento por aturdir su mente. Cash apostó su última moneda. Luke mostró un par de sietes con un nueve. Cash emitió un sonido de enfado y arrojó sus cartas, sin mostrarlas.

-¿Qué? -preguntó Carla con incredulidad. Quiso volver las cartas de su hermano, pero él se lo impidió.

-No, conoces las reglas. Cuesta dinero ver esas cartas y tú no lo tienes -manifestó Cash. Carla retiró la mano.

-Todavía no puedo creer que no puedas superar ese par de sietes -murmuró Carla.

-Te olvidas del nueve -indicó Luke.

-Es fácil olvidar algo tan bajo -respondió Carla y suspiró-. Creo que ésta no ha sido tu noche, hermano. Lo único que has ganado ha sido algo que de cualquier manera hubieras tenido... que tu hermana cocinara durante el verano.

-A mí me parece un buen trato -comentó Luke. Hubo un momento de silencio. Luke levantó una ceja en dirección a Cash, que sonrió.

-Tendrás que pagarle un salario -indicó Cash.

-El mismo que le pagué a la última ama de llaves -respondió Luke-, pero tendrá también que atender la casa. Por eso, apostaré todo a una mano. El ganador se quedará con todo.

-¿Qué dices, hermana? -preguntó Cash al volverse hacia Carla.

-¿Huh?

-Luke está de acuerdo en apostar todo lo que ha ganado, contra tu consentimiento de ser la cocinera y ama de llaves de Rocking M si pierdo.

-No irás a la universidad durante el verano ¿no es así? -preguntó Luke. Carla asintió. Había logrado cubrir cuatro cursos de estudio en sólo tres años, desde que se graduó en la escuela de enseñanza media.

Ésa había sido la excusa perfecta para no pasar los veranos en el rancho Rocking M, como lo había hecho desde que tenía catorce años. Luke la miró con la intensidad de un ave de presa y añadió-: Puedes empezar la semana próxima y trabajar hasta finales de agosto. Tendrás alojamiento, comida y salario, al igual que una persona contratada.

Carla miró a Cash, que sonrió para animarla. Intentó pensar en todas las razones por las que no debería aceptar la apuesta.

-¿Tienes los dedos cruzados para que te traiga suerte? -preguntó Carla a su hermano.

-Sí.

-Acepto -dijo Carla y suspiró profundamente.

-Cinco cartas, la mejor mano gana -anunció Cash.

-Trato hecho -respondió Luke.

De pronto se produjo un silencio tan intenso que solamente se escuchó el sonido de las cartas al ser barajadas. Resultaba imposible leer la expresión de Luke, al colocar las cartas boca arriba.

Luke anunció:

-As... solamente. Cash maldijo entre dientes y juntó las cartas.

-Esta noche tienes mucha suerte, Luke -comentó Cash-. Lo único que yo tenía era una dama.

Siguió un momento de silencio, pero en seguida Luke empezó a reír. Al volverse y ver la expresión sorprendida de Carla, su expresión cambió.

-Cuando el aislamiento sea demasiado intenso -indicó Luke-, te permitiré que dejes de pagar la apuesta, sin resentimientos.

-¿Qué?

-Las mujeres odian el Rocking M -explicó Luke-. Dudo que dures tres semanas y mucho menos tres meses. La universidad ha hecho de ti una sofisticada chica de ciudad. Dos fines de semana sin luces ni coches, y te arrepentirás como lo hicieron las otras amas de llaves y cocineras.

-Vas a comerte esas palabras -respondió Carla.

-Lo dudo.

-Yo no, pues yo misma te las haré recordar -aseguró ella. La sonrisa de Luke hizo que los latidos de su corazón se aceleraran. Él rió con suavidad.

-Debes recordar una cosa cuando hagas que me coma mis palabras, pequeña -señaló Luke.

-¿Qué cosa?

-Que muerdo.

Capítulo Tres

-¿Qué es lo que estoy haciendo aquí? ¿Acaso me he vuelto completamente loca? -se preguntó Carla en voz alta.

Se encontraba en un camino polvoriento que serpenteaba y subía hacia el Rocking M. A su alrededor todo estaba deshabitado, y se extendían los campos de Four Corners. No era la ausencia de gente lo que hacía que se preguntara acerca de su salud mental, sino la presencia en particular de una persona... Luke MacKenzie, el dueño de la mayor parte de la tierra que le rodeaba.

Carla no dejaba de escuchar el consejo de su hermano: «Anímate, Carla, puedes hacer cualquier cosa durante un verano. Además, ya has oído a Luke. Él no será más duro contigo de lo que pueda serlo con cualquier otra persona que lo ayude en el rancho.

-Gracias, hermano mayor -murmuró Carla, al recordar la despedida de Cash esa mañana.

No estaba enfadada con Cash porque le resultara divertida la situación en la que ella se encontraba, puesto que él sólo había hecho lo que siempre hacían los hermanos mayores, tratar a sus hermanas menores con una mezcla de malicia, indulgencia y amor. No era culpa de Cash que Carla estuviera dirigiéndose en ese momento hacia su lugar de trabajo de ese verano, con el hombre que había sido dueño de sus sueños durante siete años, desde que tuviera catorce. Cash no tenía la culpa, ya que él no le había avisado que Luke formaría parte de la celebración de su cumpleaños. Cuando Carla entró y lo vio, estuvo a punto de dejar caer la pizza que llevaba. Luke siempre le había causado ese efecto. Cuando él se encontraba cerca, la compostura normal de Carla se evaporaba. Ella se había puesto en evidencia buscándolo, durante sus años de adolescencia, aunque no durante todos, pues a los dieciocho el mismo Luke le había administrado la cura.

Después de eso, Carla había dejado de buscar excusas para ir al Rocking M y ver al hombre que amaba. Sin embargo, no lo habría hecho antes de decirle a Luke que lo amaba y rogarle que la mirara como a una mujer, y no como a una niña.

El recuerdo de aquella noche desastrosa todavía la hacía ruborizarse y palidecer, con una combinación volátil de sentimientos que no sentía ningún deseo de describir. Pero el sentimiento al cual no le resultaba difícil ponerle nombre era el de la humillación. No obstante, esa noche había aprendido algo... que la gente no se moría de vergüenza, sino que sólo deseaba morir.

Carla había huido de la escena de su «Waterloo» personal, había llorado y puesto toda la distancia posible entre ella y aquel hombre.

Desde entonces, Carla había intentado, sin éxito, olvidarse de Luke MacKenzie. Cada vez que salía a alguna cita, sólo lograba echar más de menos a Luke, por lo tanto, no tenía muchas. Cuanto más intentaba que los otros hombres le resultaran atractivos, más echaba de menos a Luke.

Carla se dijo con firmeza:

-Ningún hombre puede ser tan especial. Mi memoria no es de confianza. Si ahora estuviera cerca de Luke como mujer, no me resultaría tan atractivo. La familiaridad alimenta el desdén, por eso permití que todo esto sucediera. Quería sentir suficiente familiaridad para también sentir desdén.

Eso, o la locura, era la única explicación para lo sucedido la noche de su veintiún cumpleaños.

Carla murmuró para sí:

-Mira el lado bueno. Un verano en el Rocking M me evita unas vacaciones trabajando para el departamento de arqueología. Si tengo que revisar una referencia más, cometeré una imprudencia. Aunque debería acostumbrarme a todo eso, pues de eso se trata ser una arqueóloga.

A Carla le fascinaban las culturas y las gentes que ya no existían, pero no estaba segura de que lo que deseaba realmente fuera una carrera de arqueología. Ya lo averiguaría al hacer su tesis en el otoño, pero antes, tendría que enfrentarse al verano... y a Luke.

Su mente todavía estaba llena de preguntas al entrar en el patio del rancho Rocking M. Bajó del coche y estiró los brazos. Se encontraba a tres horas y media de las brillantes luces de Cortez, eso contando con buen tiempo.

El aislamiento no le preocupaba. Cuando cumplió diecisiete años, las únicas discusiones que su hermano y ella tenían se debían a su tendencia a salir de acampada con una cantimplora, una brújula y una mochila. Solía dejar atrás una nota y una flecha formada con piedrecillas, para indicar la dirección de su viaje de exploración. El hecho de que Cash hiciera precisamente lo mismo, no ayudaba a que su ira hacia Carla disminuyera. Cuando ella fue a buscar compasión en Luke, él le dijo con calma que no quería que anduviera sola por el rancho, incluyendo el pastizal que se encontraba cerca de la casa, al otro lado del camino. Cuando ella intentó pedirle que fuera razonable, Luke respondía que, mientras estuviera en el Rocking M, obedecería sus órdenes.

Carla no discutió, y la siguiente ocasión fue a West Fork en busca de alimentos, empezó a buscar empleo. Esa misma tarde encontró

trabajo como cocinera y ama de llaves del OK Corral, un pequeño motel y cafetería de West Fork, que incluía habitación y comida. Volvió al Rocking M, dejó las compras y empezó a hacer la maleta. Cuando estuvo lista fue en busca de Ten, el caporal de Luke, quien se enteró de sus propósitos, descubrió a dónde iba a trabajar y fue a decírselo a Luke. Luke no la dejó usar ninguno de los vehículos del rancho, y la encerró en el rancho hasta que Cash volvió de una de sus exploraciones. Al recordar el alboroto que siguió, Carla dejó de sonreír.

-¡Qué cara tan larga! -la voz de Luke la hizo dar un salto, pues creía que estaba sola. Él se encontraba sentado en las sombras del pórtico de la casa y la observaba. Se puso de pie y caminó hacia ella.

Notó que nada en él había cambiado. Era fuerte y tenía una musculatura que siempre la había fascinado, por lo que neutralizaba a cualquier otro hombre que ella hubiera conocido. Siempre que algún amigo intentaba pasar de la amistad a algo más serio, Carla simplemente se retiraba.

Vio que Luke se acercaba y rezó para que su plan tuviera éxito, para que, coincidiendo con él, pudiera olvidarse de aquel hombre, ya no la quería. ¿Y si eso no funcionaba? ¿Si el hecho de estar cerca de él sólo aumentaba su ansiedad? ¿Y si resultaba ser un error tan grande como aquel empleo en West Fork?

Luke continuó observándola y le preguntó:

-¿Ya te sientes desgraciada por tener que estar aquí unos cuantos meses?

-No. Pensaba en aquel verano, cuando conseguí empleo en el OK Corral.

-Te escapaste impunemente-indicó Luke-. Si hubieras sido mi hermana, te habría encerrado en el granero por una cosa como esa.

-Cash es más brillante para esas cosas.

-O más tonto -señaló Luke.

-Tal vez decidió que era preferible que aprendiera las habilidades que él me enseñó, a que me marchara.

-Ese no es un buen motel -aseguró Luke.

-¿Qué?

-El OK Corral es el motel más escandaloso de este lado de Cortez.

-¿Escandaloso? -preguntó Carla. De pronto comprendió ¿Quieres decir...?

-Sí, eso quiero decir.

-¡Oh, cielos! -exclamó ella y comprendió lo ingenua que había sido, y por qué Luke la había mantenido prisionera en el rancho hasta el regreso de Cash.

Luke estudió a Carla y sintió al mismo tiempo dolor y placer. Recordó los años en que Cash y él habían compartido la radiante frescura de Carla. Ella iluminaba todo lo que tocaba, y él no había querido, al igual que Cash, que ella saliera a un mundo que podía llegar a ser muy brutal para una joven. Carla se había quedado con ellos, y fue Luke quién le había enseñado lo brutal que podía ser el mundo. Ese pensamiento hizo que la expresión de Luke se endureciera, ya que recordó aquel bello rostro asustado y cubierto de lágrimas, así como los sollozos que emitió al huir de noche, tres años atrás... y todo por culpa suya.

-Eres tan inocente -manifestó Luke-. Por eso Cash quería construir una cerca a tu alrededor, para mantener alejados a los lobos. Carla se echó a reír, pero su risa se apagó cuando lo miró y comprendió que estaba pensando en la noche en que ella le declaró su amor. Sintió cómo palidecía y se sonrojaba por la vergüenza. Odiaba ruborizarse, pero sabía que no podía hacer nada para ocultarlo, por lo tanto, lo ignoró, al igual que había intentado ignorar el comentario de Luke acerca de su inocencia. Si quería sobrevivir ese verano, tendría que dejar atrás el pasado. Ya era una mujer, y no la joven tonta e ingenua que había soñado ser amada por un hombre que le llevaba años de experiencia.

-Por fortuna, la inocencia tiene cura -indicó Carla-. El tiempo hace milagros. ¿Dónde quieres que ponga mis cosas?

-«Rayo de sol», aquella noche que viniste y...

-Mi nombre es Carla -le interrumpió y se volvió hacia su camioneta-. ¿Quieres que me establezca en la casa vieja?

-No, te quedarás en la casa grande -dijo Luke.

-Pero...

-No hay peros. No voy a tener a alguien tan inocente como tú suelta por ahí por las noches. Cuando Cash esté aquí, puedes quedarte con él en la vieja casa, mientras tanto, te quedarás en la casa grande, conmigo. Resulta difícil conseguir hombres para que trabajen en un lugar tan apartado como el Rocking M. No me gustaría tener que llevar a alguno de mis ayudantes al hospital, porque bebió de más, vio una luz en la casa vieja, y pensó en probar su suerte.

-Ninguno de tus hombres...

-¿No has aprendido nada en tres años? -la interrumpió Luke-. Los hombres beben para olvidar, y una de las primeras cosas que olvidan es mantener sus manos lejos de una joven inocente como tú. -No soy una ¡no...

-Deja esa maleta -le ordenó Luke.

-¿Qué? -preguntó Carla y se detuvo. Iba a sacar la maleta de la

camioneta.

-No voy a pasar el verano discutiendo con una ayudante contratada. Si no puedes aceptar una simple orden, puedes subir a esa camioneta de juguete y salir del Rocking M.

Carla lo miró con incredulidad. Sintió ira y dolor a la vez.

-¿Me tratarías de esta manera si Cash estuviera aquí?

-Si Cash estuviera aquí, no tendría que preocuparme por protegerte de tus propias tonterías. Él se encargaría de eso.

-Tengo veintiún años, soy mayor de edad -manifestó Carla.

-Colegiala, cuando se trata de hombres y de un rancho tan apartado como éste parece que ni siquiera hayas salido del jardín de infancia. Escoge... la casa grande, o el camino hacia el pueblo.

Carla se volvió hacia la camioneta con la esperanza de que Luke no notara el temblor de sus manos al pensar que vivirían en la misma casa, que lo vería a todas horas, le prepararía la comida, le haría la cama, lavaría su ropa, lo cuidaría. Haría todas esas intimidades mientras sus ojos la observaban, sin tener ningún lugar para esconderse. Se dijo que a eso había ido al rancho, a familiarizarse y a alimentar su desdén.

Con toda la frialdad de que fue capaz, Carla se volvió hacia Luke. Él murmuró algo entre dientes al advertir la palidez de su rostro, y luego dijo de pronto:

-No te preocupes, no voy a saltar sobre ti. No te habría tocado hace tres años, si no hubiera estado bebido y te hubieras ofrecido a mí. Mírate, palideces y tiemblas cada vez que se menciona el tema. Parece como si te hubiera violado.

-No -musitó ella con voz ronca-. No.

-No voy a apartarme y esconderme cada vez que esté cerca de ti. ¡No sucedió nada aquella noche!

Carla levantó la cabeza al oír que su declaración de amor era catalogada como «nada».

-¿Quieres una cocinera y ama de llaves durante el verano?

-Sí, pero... -empezó a decir él.

-Entonces, lo sucedido en el verano que me gradué en la escuela de enseñanza media, no volverá a ser tema de conversación. Fue la experiencia más humillante de mi vida. El pensar en eso... me pone enferma -dejó de hablar y sacudió la cabeza-. A no ser que quieras que me vaya del rancho, además de repasarme aquella noche por la cara.

-Es demasiado tarde para poner trabas a la apuesta -dijo él con voz

fría-. Te he contratado para este verano. Si no te gusta lo que digo, sube a la camioneta y márchate. Sabías cómo era yo cuando aceptaste la apuesta, por lo tanto, no pongas excusas. Después de tres semanas de estar aquí, te morirás por volver a ver las luces brillantes de la ciudad, como las otras mujeres que han venido aquí.

-West Fork no tiene luces brillantes que valga la pena ver -comentó Carla.

-Deberías haberte quedado un poco más de tiempo en el OK Corral -indicó Luke con ironía. Carla odiaba que le recordaran tantas veces que había sido una tonta.

-¿Nunca se te ocurrió que pudieron ser los hombres de los MacKenzie, y no la soledad del Rocking M, lo que hizo que sus mujeres regresaran a la ciudad? -preguntó ella con voz dulce.

-No lo creas. Ninguno de los hombres de los MacKenzie recibió alguna queja en la cama. Lo que no les gustaba a las mujeres era estar solas durante el día.

Carla apretó los dientes, pues el imaginar a Luke en la cama la dejaba sin aliento. En parte, se debía al temor a lo desconocido... pero lo que en especial la dejaba sin aliento era la curiosidad por lo que sería sentirse la amante de Luke, sentir su cuerpo grande moverse junto al suyo, escuchar su respiración acelerada ante sus caricias, y saborear sus besos.

Luke preguntó:

-¿Por cuál te decides... por la casa grande, o por el camino?

-La casa -nada más pronunciar esas palabras, se preguntó si la historia se repetiría, y si estaría cometiendo un gran error. De inmediato, Luke empezó a descargar la camioneta.

-Has traído suficientes cosas para todo el verano -indicó él sorprendido.

-La apuesta fue por todo el verano ¿no es así? -preguntó Carla. Él la miró de reojo.

-Te dije que podrías irte cuando quisieras, y cuando doy mi palabra, la cumplo.

-Y yo te dije que no me iría, mientras me trataras como a cualquier otra persona que te ayuda. Mi palabra significa para mí tanto como la tuya para ti.

Luke la miró a los ojos durante largo rato, antes de asentir.

-De acuerdo, colegiala, te enseñaré tu habitación.

Capítulo Cuatro

Luke colocó todo el equipaje de Carla en la pequeña habitación del piso superior, la cual ocuparía ella durante ese verano. Él estaba en la puerta, y Carla a su espalda, se puso de puntillas para mirar la habitación. Emitió un pequeño sonido de sorpresa.

-¡Qué muebles tan increíbles! -exclamó Carla-. ¿Dónde conseguiste esa cabecera... y el tocador? -añadió al contemplar la enorme cama. Sin darse cuenta se apoyó en Luke para poder tocar la superficie satinada de la madera-. El diseño es perfecto. ¿Dónde encontraste...?

-Deja tus cosas aquí por el momento -la hizo salir de la habitación y cerró la puerta. Lo último que deseaba era hablar acerca de los muebles que había hecho tres años antes, en un esfuerzo por calmar la pasión que había sentido hacia aquella joven-. Te enseñaré la cocina; después tengo que ir a ver a una de las yeguas.

Carla iba a decir que ya conocía la cocina, pero cerró la boca, puesto que había pedido ser tratada como cualquier otro empleado, y eso era lo que Luke estaba haciendo. Lo que no comprendía era por qué él la estaba tratando como a una auténtica desconocida, negándose a responder preguntas tan impersonales como dónde había conseguido esos hermosos muebles.

Sin pronunciar palabra, lo siguió por las escaleras. Su manera de caminar la fascinaba; fijó la mirada en sus anchos hombros, en su espalda y en el ancho cinturón que rodeaba su cintura.

Las escaleras terminaban en un vestíbulo, cuyo suelo estaba cubierto por baldosas mexicanas de color tierra. El suelo de la cocina era idéntico. Carla pensó que gran parte de ese color se quitaría con una sola fregada. Suspiró al advertir las abundantes señales que indicaban meses de una mala limpieza en la casa. Los cristales de las ventanas estaban sucios, los muebles de la cocina brillaban por la grasa, y no por la limpieza.

Luke siguió su mirada hasta un extremo de la cocina, donde se veían manchas de salsa en los cajones y el suelo estaba sucio y comentó:

-Las últimas cuatro cocineras no eran muy limpias.

-¿De verdad? Pensé que era el empapelado de las paredes -comentó Carla. Él miró las paredes y sonrió, pues estaba en peor estado que el suelo. Intentó recordar la última vez que había limpiado esas paredes, pero no lo logró.

-Haré que uno de los hombres las lave -aseguró Luke.

-No te preocupes, a no ser que pienses continuar comiendo en ellas.

-Parece como si la cena se hubiera servido en las paredes y no en la mesa ¿no es así? -preguntó Luke y no pudo evitar sonreír.

-Mmm... -fue la respuesta más diplomática que Carla pudo encontrar-. ¿Quieres cenar temprano o tarde?

-Seis y seis.

-¿Qué?

-El desayuno a las seis, y la cena a las seis -explicó Luke-. Los hombres que necesiten que les prepares una comida fría te lo dirán la noche anterior, durante la cena. Preocúpate de que la cocina de la barraca tenga suficientes bocadillos -pasó un dedo por el horno y se lo manchó de grasa. Murmuró algo entre dientes, al tiempo que se limpiaba en los pantalones.

-¿Qué has dicho? -preguntó Carla.

-He estado tan ocupado trabajando en el rancho, que no me he dado cuenta de que la casa está tan descuidada.

-Se puede arreglar fácilmente -señaló Carla. Notó que Luke la estudiaba.

-Si alguno de los hombres te molesta, avísame.

-No me importa que me vengan a pedir que les haga galletas -respondió Carla, al recordar otros veranos-. Aunque podría vivir sin serpientes en la despensa.

Luke torció los labios al recordar aquel incidente, cuando una serpiente siguió a los ratones hasta el despacho, y después se quedó entre los sacos de arroz y harina. Al menos, eso fue lo que los ayudantes dijeron, cuando Luke escuchó el grito de Carla y llegó corriendo.

-A mí no me preocupa esa clase de serpientes, sino las que tienen dos piernas -aseguró él-. Si alguno de ellos hace que te sientas incómoda, avísame.

-Nunca tuve problemas con los ayudantes -comentó ella, perpleja.

-La última vez que pasaste un verano aquí, parecías más un chico que una chica -señaló Luke, y la recorrió con la mirada, desde el cabello castaño con destellos dorados, hasta los pies-. Esta vez no tenemos esa suerte. Los hombres no son ciegos, por lo tanto, si alguien te molesta, no trates de manejar tú sola la situación. De inmediato avísame a mí o a Ten. ¿Entendido?

-No suelo vestirme para llamar la atención de los hombres -manifestó Carla, y señaló sus pantalones vaqueros y una de las viejas camisas de su hermano-. No tendrá por qué haber ningún problema.

-Tal vez, pero si vuelves a ponerte otra de mis camisas, te la

quitaré.

-Esta camisa es de mi hermano -aseguró ella con indignación.

-No. Me la manché con aceite al trabajar en el jeep de Cash, por lo tanto, me prestó una de las suyas para tu fiesta de cumpleaños.

-Es tan cómoda que había pensado usarla como camisón -murmuró ella-. El nylon resulta demasiado frío o demasiado caliente. Tu camisa es suave y perfecta -de pronto, sintió la boca seca al pensar que esa prenda que se adaptaba con tanta intimidad a su cuerpo era de él. Tragó saliva y apartó la mirada de los ojos penetrantes de Luke. En seguida añadió-: No te preocupes, te la devolveré tan pronto como la lave.

-No hay prisa, todavía tengo la camisa de Cash-se hizo un largo silencio, ella lo miró y descubrió que la observaba con una intensidad enervante-. ¿Cómo quieres disponer de tu tiempo libre?

-¿Qué?

-Tu tiempo libre -lentamente levantó los ojos hacia el rostro de Carla-. ¿Quieres trabajar seis días y tener un día libre, o quieres trabajar seguido, para acumular unos días y tomarte unas pequeñas vacaciones?

-Los acumularé -respondió Carla de inmediato.

-Eso fue lo que todas las mujeres decían en un principio, pero después de unas semanas, suspiraban por irse lo más rápidamente posible a West Fork.

-Cash vendrá a principios de agosto. Esperaré -le aseguró Carla. La sonrisa de Luke indicaba que no la creía.

-Si necesitas algo, estaré en el granero -informó él.

Carla lo vio alejarse, y sintió una mezcla de alivio y desilusión. Miró a su alrededor.

-La limpieza tendrá que esperar -murmuró al consultar su reloj-. Dentro de dos horas, doce hombres hambrientos vendrán... trece, contando a Luke... digamos que serán catorce, pues Luke vale por dos... y estoy yo. Prepararé cena para unas quince personas.

Nunca había cocinado para tanta gente, sólo para ella, su hermano y Luke. Miró a su alrededor de nuevo y se dirigió a la nevera para hacer un rápido inventario de lo que estaba disponible. Allí encontró cerveza, zumo de manzana, rábanos, salsa de tomate, mantequilla, cuatro huevos, tocino, y un paquete abierto de salchicha de Bolonia, ya reseca. El congelador contenía suficiente carne para alimentar a la mitad del estado de Colorado. Decidió que lo único que tendría que hacer sería calentar la carne en el horno microondas.

Al recorrer la cocina con la mirada exclamó:

-¡Vaya! No hay horno microondas, y tampoco hay tiempo suficiente para cocinar carne congelada.

Se dirigió a la despensa y encontró una gran variedad de latas, así como sacos que contenían harina, azúcar, arroz y manzanas secas. Carla murmuró para sí:

-Dudo que alguien entregue pizza tan lejos.

También vio sacos de patatas, cebollas y judías. Advirtió que detrás de los sacos había una caja que contenía muchos paquetes de spaghetti. Decidió que cocinaría spaghetti para la cena. Tomó dos paquetes, dudó, y tomó otros dos. Cuando cocinaba para Cash y para ella misma, medio kilo de pasta era suficiente, y siempre sobraba, pero también servía ensalada fresca, pan de ajo y postre. Como no iba a disponer de ensalada y pan para esa noche, tomó otro paquete de pasta; en total eran cinco kilos.

Carla dijo entre dientes:

-Se necesitará todo un ejército para comer todo esto. Si preparo bocadillos de spaghetti frío durante semanas, los ayudantes se amotinarán, y Luke se enfadará conmigo -decidió que necesitaría más paquetes de pasta y fue a buscarlos. La lata de salsa de tomate que encontró era enorme y la olla que estaba disponible tenía el tamaño de una bañera. También sacó carne para preparar hamburguesas-. ¿Con qué habrán condimentado las comidas las cocineras...? No hay especias, ni... -miró el reloj-. Será mejor que empiece a preparar el postre -empezó a preparar un pastel de cereza muy grande-. A los hombres les gusta siempre el postre. Les serviré un pedazo junto con los spaghetti, si hay suficiente.

Con ansiedad oyó que la puerta de la barraca se cerraba repetidas veces, lo que indicaba que los hombres se dirigían a lavarse para cenar. Se apresuró a probar la salsa de tomate y le añadió más ajo.

Oyó que se abría y cerraba la puerta del comedor adjunto, el cual tenía dos mesas largas, en cada una de las cuales podían sentarse diez hombres con comodidad, o catorce, apretados. Empezó a abrir armarios, en busca de platos y manteles. No oyó que la puerta que comunicaba la cocina con el comedor se abría.

-Aquí huele bien. ¿Qué hay para cenar? -preguntó una voz masculina.

-Spaghetti -respondió Carla sin volverse.

-A mí me huele más a pastel de cereza.

-¡Oh, el postre! -recordó que no lo había sacado del horno. Por fortuna para ella, no se había quemado.

-Desde aquí, me parece que se trata de un exquisito pastel de cereza

-dijo la voz masculina, muy cerca de la oreja de Carla; la joven se volvió.

-¡Ten! ¿Eres tú de verdad?-preguntó contenta-. Lo último que supe fue que recibiste una llamada a mitad de la noche, te fuiste a Cortez, y nunca volviste.

-Nunca es mucho tiempo -respondió Ten y la estudió con detenimiento-. Supongo que ya no podemos llamarte «niña». Por fin has crecido.

-Me gustan los hombres hambrientos -aseguró Carla y rió-, pues halagan a la cocinera con la esperanza de comer pronto, pero no has tenido suerte, pues la comida todavía no está lista.

-No ha tenido suerte -dijo Luke con frialdad desde la puerta.

Capítulo Cinco

Carla no se dio cuenta de lo mucho que su expresión cambió al volverse hacia Luke, pero Ten no perdió detalle. Advirtió perfectamente que su mirada expresaba una mezcla de anhelo y distancia, de esperanza y pasión, por lo que comprendió que nada había cambiado.

-¿Todavía perseguís la luz de la luna sobre el agua oscura? -preguntó Ten con voz suave.

Si Carla o Luke lo oyeron, ninguno respondió. Se miraban como si hubieran transcurrido años desde su último encuentro, y no solamente algunas horas.

-Las manoplas para coger las ollas calientes están ahí -indicó Luke. Señaló un cajón cerca del horno, si apartar la mirada de los ojos de Carla.

-Las manoplas... -repitió ella, sin apartar la mirada del rostro de Luke.

-Manoplas -volvió a decir Luke.

-Todavía huele a pastel de cereza -comentó Ted, a nadie en particular.

-¿No tienes nada que hacer? -preguntó Luke. Al fin desvió la mirada de Carla.

-No, pero si me das una taza de café, encontraré algo que hacer -respondió Ten.

Luke miró al hombre que era su amigo y capataz del Rocking M. Ten le devolvió la mirada y sonrió. Luke apenas pudo controlar su ira, aunque sabía que no tenía motivo para enfadarse con Ten, pues entre todos los trabajadores del rancho era quien con menos probabilidad querría llevarse a Carla a la cama. Sin embargo, estaba el hecho de que la hubiera estudiado con detenimiento y comentado que ya había crecido. Sabía que esa ira no era racional, y eso hacía que su enfado aumentara.

-¿Café? -preguntó Carla. Sintió un vacío en el estómago-. ¡Me olvidé de preparar el café!

-¿Cómo has podido olvidarte de eso? -preguntó Luke, contento por poder encontrar un desahogo para su ira-. Cualquier cocinera de rancho sabe que lo principal es el café.

-Bueno -intervino Ten-, creo que eso indica que Carla no es cocinera de rancho, y que vamos a morirnos de hambre, abriendo latas con nuestras navajas de bolsillo. ¿No te importará reflexionar sobre ello, jefe? No me gustaría que hablaras por hablar, y después tuvieras problemas.

Luke dijo algo entre dientes. Carla se volvió hacia la estantería, vio

un frasco con mantequilla de cacahuete y otro con salsa picante. Le entregó a Luke la salsa.

-Anda, tómate una cucharada. Eso te calmará-manifestó Carla. La risa de Ten llenó la cocina. Luke volvió a poner el frasco en la estantería y miró a Carla entornando los ojos.

-Escuche, colegiala -dijo Luke-. Esto es el mundo real, donde los hombres trabajan duro y tienen hambre. Dije que la cena sería a las seis, y hablaba en serio. Si eres demasiado inmadura para cumplir con este trabajo, encontraré a una mujer que pueda hacerlo -salió de la cocina antes de que ella pudiera responder. Nunca le había oído hablar con ese tono tan cortante, desde aquella noche, tres años antes, cuando le dijo que no era suficiente mujer para amar a un hombre.

-¡Hey! No tomes en serio al jefe-le indicó Ten-. Está enfadado por su yegua negra. Está empeorando, y el veterinario no encuentra el motivo.

Carla se volvió para controlar las lágrimas; estaba deprimida y furiosa a la vez.

-¿Ya está hirviendo el agua? -preguntó Carla.

-No -respondió Ten.

-¿Falta poco?

-No. Le diré a los hombres que se tomen su tiempo al lavarse -sugirió Ten.

-Gracias -buscó los platos. Cuando Ten volvió le preguntó:

-¿Qué buscas? -habló desde la puerta.

-Los platos -respondió ella y cerró una puerta del armario con demasiada fuerza.

-Están en el comedor, junto con los cuchillos, tenedores, cucharas y el resto.

-Gracias -respondió Carla.

-Cálmate, niña -dijo Ten cuando ella pasó casi corriendo a su lado.

-Díselo a Luke.

-De acuerdo -respondió Ten.

-Sólo estaba bromeando -indicó ella y lo detuvo por el brazo, cuando Ten se dirigía hacia la oficina de Luke.

-Yo no -aseguró Ten. Advirtió la expresión triste de la joven y sacudió la cabeza-. Todavía no llevas dos horas aquí, y no pareces muy contenta. ¿Ya has intentado decirle a Luke lo que sientes?

-El primer día en cualquier trabajo siempre resulta difícil -manifestó ella.

-No era eso a lo que me refería. ¿Ya le has dicho a Luke que estás enamorada de él?

Por un instante, Carla se sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies. Intentó hablar, pero no pudo pronunciar palabra. Tenía el rostro muy sonrojado.

Después de un momento, Ten suspiró y añadió:

-No hay un hombre en este lugar que no lo sepa, excepto tal vez Luke. ¿No crees que ya es hora de que se lo digas?

A Carla le temblaron los labios al recordar aquella noche, tres años antes.

-Él lo sabe -señaló Carla. Ten dijo algo entre dientes, se quitó el sombrero y se pasó los dedos por su cabello negro.

-No es asunto mío -informó Ten-, pero odio ver sufrir a alguien como tú. Perseguir algo que no desea ser atrapado puede resultar muy doloroso.

-No es... No es por eso por lo que estoy aquí-aseguró ella-. He venido a curarme de... de este enamoramiento infantil... -tragó saliva-. Creo que Luke debe de haber adivinado por qué estoy aquí, por lo tanto, está haciendo todo lo posible por colaborar en el proceso -fue el turno de Ten para quedarse mudo. Sacudió la cabeza y se volvió al tiempo que maldecía.

-Pondré la mesa -ofreció Ten después de un momento. -Gracias, Ten. Mañana estaré más controlada, te lo prometo -se

dijo que tenía que lograrlo, pues no podía pasar todo el verano conteniendo la respiración, tratando de escuchar los pasos de Luke, su voz, su risa.

A las seis y veinte la cena todavía no estaba lista por completo. Al ver que Ten empezaba a colocar los cubiertos sobre las mesas, Carla dijo:

-Espera, la mesa necesita limpieza.

-Si empiezas a limpiar ahora, no comeremos hasta la medianoche -indicó Ten. Carla se mordió el labio, y pensó que Ten tenía razón.

-¿Dónde guarda Luke los manteles? -preguntó ella.

-¿Los qué?

Carla gimió y de pronto tuvo una idea.

-¿Dónde guarda Luke los periódicos viejos?

-En la caja de madera que está en la sala.

Carla cubrió la mesa con periódicos. Cuando Ten terminó de colocar los cubiertos, Cosy, uno de los trabajadores, asomó la cabeza por la puerta, pero antes de que pudiera abrir la boca, Ten le dijo:

-Os dije que os llamaría cuando estuviera lista la cena. ¿No oyes bien, o es que estás chocheando?

-No, señor -respondió Cosy-. Estoy bien, y pienso seguir así -se fue.

-Deben de estar muriéndose de hambre -comentó Carla con expresión culpable.

-No. Todavía se acuerdan de las galletas que solías hacer. Cuando Luke les dijo a los hombres que cocinarías por unos días, se les hizo la boca agua.

-Diles que se relajen -pidió Carla-. Estaré aquí todo el verano.

-La última mujer que estuvo aquí más de tres semanas era muy fea y bebía mucho, pero lo que en realidad la hizo irse, fue que no sabía cocinar. Al final, hicimos una colecta para comprarle un billete de autobús para Nome.

-¿Alaska? -preguntó Carla.

-Sí. Consiguió un empleo espantando a los osos para que se alejaran de las redes del salón -explicó Ten.

Los dos rieron, y no se dieron cuenta de que un hombre entró en la cocina y se apoyó sobre la mesa, con los pulgares metidos en el cinturón. Eran las siete menos cuarto. Miró el horno, todo parecía listo.

Luego miró la pareja que había en el comedor. En el momento en que iba a abrir la boca para hacer algún comentario sobre los cocineros que no tenían la cena a tiempo, Carla cogió de la muñeca a Ten y miró el reloj.

-Ya debe de estar lista la pasta, si no os importa que esté un poco dura.

-¿Qué?-preguntó Ten-. Después de trabajar todo un día en el rancho, nos comeríamos cualquier cosa que nos pongan delante, aunque la comida estuviera cruda.

-La pasta se te pegaría en los dientes -comentó Carla y sonrió.

-Me alegro de que hayas regresado -manifestó Ten. Rió y sacudió la cabeza-. Traes contigo la luz del sol.

-Gracias, Ten. Yo también me alegro de estar de vuelta. Amo este lugar.

-¿Amas el lugar, o al dueño? -preguntó Ten. Habló en voz tan baja que Carla pudo fingir no haberlo escuchado, por lo que le sonrió y se volvió hacia la cocina, sin responder. Apenas cruzó la puerta, vio a Luke, que tenía una expresión de impaciencia y de enfado.

-Me preguntaba cuándo te acordarás de que fuiste contratada para cocinar, no para coquetear con mi capataz -señaló Luke.

-No estaba coque...

-Ten cuidado, colegiala -la interrumpió Luke-. Ten sonríe y es muy

guapo, pero ha roto muchos corazones. No es del tipo de hombres que se casan, pero sí es muy humano. Si te lanzas a sus brazos, él podría aceptar lo que se le ofrece... y ambos sabemos que eres muy buena para eso.

Carla palideció y se volvió. Luke maldijo entre dientes, furioso con ella, con Ten, con él mismo, y con todo lo que se le pasaba por la cabeza. Observó con los ojos entornados cómo ella cogía dos manoplas y se acercaba a la cocina. Cuando él se dio cuenta que ella iba a levantar la olla caliente que contenía los spaghetti, ya era demasiado tarde. Carla luchaba con la enorme olla; su cuerpo se tensaba debido al peso.

En el momento en que Carla comprendió que no tenía la fuerza suficiente para bajar la olla sin derramar el contenido, los brazos de Luke le rodearon el cuerpo. Luke le cubrió las manos con las suyas y sostuvo todo el peso de la olla. Juntos la colocaron sobre la cocina otra vez. Ninguno de los dos se movió por un momento, impresionados al darse cuenta de lo cerca que había estado ella de sufrir un accidente. Luke inclinó la cabeza, y con la mejilla le acarició el cabello, de una manera tan ligera que ella no lo sintió. Respiró profundamente al aspirar el aroma a flores, que llevaba la promesa que se repetía en el cuerpo de Carla, oprimido contra el suyo. La joven todavía temblaba. El deseo dominó a Luke, levantó las manos y dio un paso hacia atrás, como si se quemara... y así fue, aunque por algo todavía más caliente que el agua hirviendo. Luego explotó y dijo:

-¡Cielos, colegiala! ¿Cómo se te ocurre intentar levantar una olla hirviendo de ese tamaño? -Carla sacudió la cabeza, sin responder, ni volverse-. ¿Te encuentras bien? -ella asintió. Luke recordó lo vulnerable que era Carla, y lo cerca que había estado de quemarse-. ¿«Rayo de sol»? ¿Estás segura de que no te has quemado?

Aquel gesto de amabilidad inesperado hizo que a Carla se le saltaran las lágrimas. Parpadeó con fuerza, pues no quería llorar delante de Luke, que seguía tratándola como si fuera una niña.

-Estoy bien -aseguró Carla con voz ronca. Respiró profundamente y aspiró el aroma de Luke. Deseó abrazarlo, que él la abrazara. Sin embargo, se recordó que no había ido al rancho de Rocking M. para eso-. Gracias por salvar la cena -cerró los ojos e intentó no respirar, para no aspirar la fragancia masculina de Luke.

-¿La cena? -preguntó Luke.

-Los spaghetti -explicó Carla. Él la obligó a volverse y le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos.

-No me hubiera importado que tiraras todos esos spaghetti por el

suelo, siempre que no te quemaras -le examinó el rostro con intensidad y en seguida la hizo extender los dedos de las manos para ver si habían sufrido algún daño. Con suavidad, dibujó una línea sobre el dorso de sus manos, al tiempo que sentía que el deseo lo dominaba. La soltó de pronto y se volvió-. Ni una marca. Has tenido suerte, colegiala. La próxima vez, será mejor que te lo pienses, antes de levantar algo que resulte demasiado pesado para ti. Tal vez yo no esté cerca para ayudarte.

El súbito cambio de tono de Luke, de tierno a seco, desorientó a Carla. Sin poder controlarse, dijo:

-No soy ninguna colegiala.

-¿Qué quieres que haga con esta maldita olla?

-Tirar el agua caliente al fregadero -respondió Carla. Él obedeció levantando la olla con gran facilidad-. Ahora sé por qué las mujeres de las cavernas soportaban a los hombres de las cavernas -murmuró para sí, pensando que Luke no podría oírla. Pero sí lo hizo y miró por encima del hombro. Advirtió la mirada de admiración y deseo en sus ojos, y no supo si sonreír y maldecir; su pulso se aceleró. No podía decidir si convivir con Carla cerca durante el verano era bueno o malo. Cuando la joven sirvió los spaghetti en una fuente, los hombres ya estaban sentados a la mesa-. Empezad a serviros, traeré la salsa en un minuto -la olla que contenía la salsa no era tan pesada, pero Luke ya la había servido en una sopera-. Gracias -sonrió al coger la sopera-. Ve a sentarte a comer, yo puedo encargarme del resto.

Luke le quitó la sopera de las manos y se dirigió hacia el comedor. Cuando Carla volvió observó fascinada cómo la fuente de spaghetti recorría varias veces la mesa, hasta quedar vacía.

-Si te apresuras a traer más, tal vez puedas comer, antes de que terminemos con todo -le dijo Cosy a Carla y sonrió, al entregarle la fuente vacía. Todos dejaron de comer para en coro apoyar el comentario de Cosy. Le hicieron muchos cumplidos por la comida.

Carla sonrió y pensó que le resultaría imposible cocinar más spaghetti para que repitieran... Decidió que Cosy tal vez estuviera bromeando, pues ningún hombre podría comer tanto y todavía pedir más.

Carla miró en dirección a Ten, que había sido el primero en servirse, y ya había devorado más de la mitad del plato. Pensó que ni siquiera Cash comía tanto, excepto cuando salía de acampada y caminaba mucho. En ese momento comprendió que un día de trabajo en el rancho equivalía a una de las excursiones de Cash, cuando recogía muestras de rocas. Carla depositó sobre la mesa una fuente con judías y se dirigió hacia la cocina.

-¿No vas a comer? -preguntó Luke, mientras se servía la salsa, la cual se terminaba con rapidez.

-No tengo hambre -respondió Carla y corrió hacia la cocina.

Capítulo Seis

Un mes más tarde, el recuerdo de aquella primera noche como cocinera del Rocking M todavía tenía el poder de lograr que Carla se ruborizara. Los trabajadores del rancho la trataron sin piedad, pero no sin amabilidad. Luke había murmurado algo acerca de cocinar para hombres y no para niños. Ten; que había replicado que aquella comida era cuatro veces mejor que cualquiera que hubieran comido en muchos años, entonces ¿a qué quejarse por las raciones pequeñas?

Ten detectó la mirada de Luke en ese momento, y comprendió que el jefe descargaría otra vez su ira sobre él. Carla le quitó a Ten el cepillo de las manos y dijo:

-Gracias por tu ayuda, pero Luke tiene razón. No te ha contratado para limpiar las paredes.

-Desde que llegaste aquí; has trabajado más horas que cualquiera de los hombres del rancho -indicó con calma Ten, y tomó de nuevo el cepillo-. Éste es mi día libre, y si vas a limpiar las paredes de la cocina, yo también lo haré.

Luke miró la expresión poco alegre de Carla, y sintió que se enfadaba todavía más. Ten tenía razón, ella trabajaba doce horas al día, desde que llegó al rancho. Todo el suelo de la casa estaba muy limpio, al igual que los muebles de la cocina y del comedor. Gracias a las detalladas listas de comestibles de Carla, la despensa y almacenes estaban llenas de comida, el refrigerador repleto de frutas y verduras frescas, y en el comedor figuraba un menú, para que los hombres pudieran conocer lo que comerían durante la siguiente semana.

Carla no parecía haber comido nada de lo anterior, y Luke sospechó que había adelgazado desde que llegó al rancho. Estaba seguro de que ella sonreía con menos frecuencia, y de que él era la causa de su infelicidad. Cada vez que se decía que no volvería a perder el control con ella, la sorprendía mirando a Ten y riendo, por lo que la ira volvía a dominarlo.

Luke intentaba decirse que se alegraba de que Carla ya no lo siguiera como un cachorrito perdido, pero no quedaba convencido. Comprendió que había deseado que Carla estuviera en el rancho durante el verano, porque sabía lo que sentía por él.

Durante las últimas cuatro semanas, con frecuencia recordó los otros veranos que habían pasado juntos. En el fondo de su mente quería volver a sentirse especial para alguien. Esa era una sensación que no había conocido con anterioridad, puesto que su padre había estado demasiado ocupado con el trabajo del rancho para prestar suficiente atención a su hijo. Por otro lado, su madre no había dejado

mucho para él, por luchar contra sus propios sentimientos.

Luke se preguntó por qué Caria había tenido que crecer y estropearlo todo. No encontró respuesta a su pregunta, a no ser que el insistente pulso de su corazón fuera la respuesta. Tal vez Carla no había estropeado nada, después de todo, sino que siendo ya una mujer, no huiría, ni tendría miedo, si él la abrazaba contra su cuerpo apasionado para saborear una vez más la miel de sus labios.

Luke dijo para sí:

-No, ella sólo es una colegiala. Sin embargo, tiene veintiún años, y muchas mujeres tienen niños a esa edad... -Luke sabía que su razonamiento era verdadero, pero también había otra verdad-. Hay dos hombres a los que llamo amigos, y Carla es la hermana menor de uno de esos hombres. Y ella se va a romper el corazón con el otro, si yo no lo evito. Ese es el problema de Ten, y de Cash -sin embargo, sabía que no era así. Él deseaba a Carla, deseaba quitarle la ropa y mirarla, tocarla, saborearla, poseerla, hasta que el éxtasis los dominara. Lo deseaba tanto, que muchas noches se despertaba sudando y tembloroso-. ¡Ella es la hermana de Cash! ¿Acaso lo has olvidado? Tiene edad suficiente para hacer lo que quiera. ¿Vas a pedirle que se case contigo?

Era una situación imposible. Hacía ya mucho tiempo, Luke juró que nunca le pediría a una mujer que fuera su esposa, a no ser que hubiera nacido y crecido en un rancho, y que pudiera aceptar el trabajo pesado y el aislamiento que era parte de la vida del Rocking M.

Luke no había encontrado a ninguna muchacha de rancho que lograra interesarlo y llegar a su alma, que hiciera que su cuerpo se estremeciera con una mirada, con una sonrisa. Eso era lo que Carla hacía, conseguir que el deseo le recorriera las venas como fuego liquido. Luke se dio cuenta de que Carla lo miraba con ojos que expresaban infelicidad, y que Ten lo observaba todo con una sonrisa.

-¿Estás contando hasta cien, jefe? -preguntó Ten-. Nunca has tenido el temperamento de un santo o de un mártir, pero últimamente podrías enseñarle a Satán uno o dos trucos.

Luke estuvo a punto de perder el control al escuchar el comentario de Ten. Lo único que lo obligó a controlarse fue la seguridad de que lo que él deseaba era que perdiera dicho control.

-Continúa intentándolo, Tennessee, lo conseguirás -dijo Luke.

-Eso me lo tomo como una promesa -respondió Ten.

-Carla ¿por qué no vas a ver a esos gatitos en el granero? -preguntó Luke, sin apartar la mirada del rostro de Ten-. Asegúrate de que ninguno se pierda.

-Las galletas... -empezó a decir Carla y Luke la interrumpió.

-Yo me encargaré de eso -aseguró Luke con un tono demasiado suave. Carla miró a uno y a otro con mirada preocupada. Iba a hablar, pero Luke la acalló con la mirada. Sin pronunciar palabra, la joven se fue. Cuando se escuchó el ruido de la puerta al cerrarse, Luke contó hasta quince, antes de hablar-. De acuerdo, Ten, vamos a arreglar las cosas.

-Sabes cómo tentar a un hombre -murmuró Ten. Lo miró con los ojos entrecerrados.

-Tú también. ¿Por qué quieres pelear conmigo? Ten no se molestó en negarlo.

-Pensaba en algo para que te desahogaras.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Luke.

-Has tratado con dureza a Carla desde que llegó. Sin importar lo que haga, la reprendes.

-Tal vez. Quizá crea que mi cocinera tiene mejores cosas que hacer que perseguir a mi capataz.

-Sí, yo pensé que probablemente eso era lo que te inquietaba -la sonrisa burlona de Ten desapareció-. Nunca le diriges a Carla una palabra amable, pero cuando otra persona lo hace, de inmediato saltas. No solías ser egoísta; sin embargo, últimamente actúas de tal manera que uno pensaría que si no puedes tener a Carla, no quieres que nadie la tenga.

-Ella es demasiado joven para hablar de tenerla -indicó Luke. Jefe, ella es todo una mujer -manifestó Ten. Notó la expresión de ansiedad e ira de Luke. Asintió satisfecho con lo que veía-. Es mayor de edad. Si desea a un hombre, tiene derecho a relacionarse con él.

-Déjala en paz, Ten.

-¿Por qué? Has dejado muy claro que tú no la quieres. Ya no es una chiquilla. Los hombres de Boulder no son ciegos. Es probable que uno de ellos ya le haya enseñado por qué las mujeres son suaves y los hombres duros.

-Basta -ordenó Luke. Ten suspiró, se quitó el sombrero y se pasó los dedos por su cabello negro.

-Estás comportándote como un tonto -dijo con calma Ten-. Tal como lo veo yo, Carla te ha amado durante años, y tú la has rechazado, también durante años. Ella se fue a la universidad y conoció a otros hombres. Después volvió para compararte con sus recuerdos y con sus nuevas experiencias con los hombres.

-Carla no es el tipo de mujer que tiene esa clase de relaciones con los hombres -aseguró Luke.

-¿Quién ha hablado de ese tipo de relaciones? Me refería a una joven, que fue rechazada de aquí con el orgullo hecho pedazos. Me parece que podría encontrar a uno o dos jóvenes que quisieran borrar con besos sus heridas, y hacerla sentirse una mujer, en lugar de una «colegiala» -Luke no dijo nada, pero al pensar en que otros hombres pudieran tocar a Caria se estremeció. El pensamiento de que alguien la poseyera hacía que sintiera ira. Tan seguro estaba de que ella nunca permitiría que otra persona la tocara-. Haz lo que gustes, jefe, sin embargo, tienes que saber algo. Carla me dijo que vino aquí este verano para olvidarte. Sigue atacando de esa manera sus sentimientos, y se irá de aquí al final del verano, para no mirar hacia atrás. ¿Y dónde quedarás tú? Tal vez no seas el primer hombre ¿y eso qué? Fuiste el primero que ella escogió, y la rechazaste. Es culpa tuya, no de ella. Nunca encontrarás a otra mujer que pueda ofrecerte la mitad de lo que ella, y tú lo sabes.

Se produjo un largo silencio.

-Yo no nací para vivir en una ciudad -dijo al fin Luke.

-¿Ella te pidió que lo hicieras?

-No, pero más tarde o más temprano lo hará. El Rocking M es un infierno para las mujeres. Prefiero no casarme a tener a una mujer que abandone a los hijos y al marido, o que se entregue a la bebida, o que se vuelva loca por vivir en el rancho, y convierta en un infierno la vida de todos.

-Carla no querría...

-¡Claro que no querría! -le interrumpió Luke-. ¿Piensas que mi madre o mis tías querían traicionar a sus hijos y maridos? ¿Crees que mi padre o mis tíos deliberadamente escogieron casarse con mujeres débiles? ¿Crees que deseo ver que Carla adelgace y sufra, anhelando una forma de vida que no podrá tener si es mi mujer? Es probable que pienses que yo debería actuar como un muchacho irresponsable, tomar lo que ella me ofrece, sin preocuparme por el matrimonio ¿no es así? -Ten maldijo entre dientes-. Ahora empiezas a comprender. Apártate de ella, Ten. Es la única advertencia que recibirás.

-¿Y si estoy pensando en el matrimonio? -preguntó Ten. Luke cerró los ojos por un instante. Al abrirlos, éstos no expresaban ninguna emoción: ni ira, ni temor, ni deseo. Nada.

-¿Estás pensando en el matrimonio? -preguntó Luke.

-Ella es la clase de mujer que hace que un hombre piense en las largas noches de invierno, la chimenea encendida, y los niños -suspiró y se volvió a pasar los dedos por el cabello-. Pero todo esto son sueños de vaquero... No sería un buen marido, y nadie lo sabe mejor que yo -se puso el sombrero y miró a los ojos a Luke-. Cálmate, Luke.

Carla tiene debilidad por ti.

-¿Y si no me calmo? -preguntó Luke, con más curiosidad que ira.

-Asumiré una actitud protectora y nos pelearemos. A ti te faltará un capataz, y al rancho le faltará un jefe -Ten sonrió-. Eres más grande que yo, pero empezarías peleando limpio, y yo no.

Luke sonrió y después se echó a reír.

-Armaríamos un gran alboroto ¿no es así? -preguntó Luke.

-Sí -respondió Ten-. ¿Por qué permitiste que Carla viniera al rancho este verano, si sabías que eso te volvería loco?

-Yo... -Luke cerró los ojos y sacudió la cabeza-. Me pareció una buena idea en aquel momento. Ella no tenía empleo para el verano, el Rocking M no tenía cocinera, y los hombres se rebelarían si continuaban comiendo aquellas porquerías. Carla es una buena cocinera; ha cocinado algunas de las mejores comidas que he probado en mi vida -se frotó la nuca-. Como te dije, me pareció una buena idea en aquel momento. Además, esperaba que para ahora, ya se hubiera ido.

-¿Carla? -preguntó Ten.

-Han transcurrido cuatro semanas. Con seguridad se muere de ganas de ir al cine, de que le arreglen el cabello, o cualquier otra cosa de las que hacen las mujeres en la ciudad. Antes de que ella viniera aquí, le prometí que sólo tenía que decir una palabra, y yo olvidaría la apuesta.

-No la conoces muy bien ¿no es así? -preguntó Ten.

-¿Qué quieres decir?

-Carla nunca cede ante nadie, incluyendo a su testarudo hermano. Hizo un trato contigo. Lo mantendrá o morirá en el intento. Por eso la tratas tan mal... piensas que puedes convencerla para que se vaya -de repente Ten lo comprendió todo. Luke parecía incómodo, pero no dijo nada-. No lo lograrás. Carla es bonita, es como un pétalo de rosa. Sin embargo, es una joven decidida. Piensa en eso la próxima vez que la ataques. Estás golpeando a un potro atado. Ella no puede escapar.

Luke nunca había pensado en Carla de esa manera, como una persona orgullosa y determinada. La había visto siempre como a una jovencita, como a una mujer más que huiría ante la soledad y las exigencias del Rocking M.

Después de un momento, Ten sonrió y añadió: -Estás en un problema, Luke.

-Haznos un favor, Ten -lo miró con dureza.

-Seguro.

-Deja de intentar proteger a Carla. Cada vez que te acercas a ella como una madre gallina, no puedo dejar de pensar en lo sabrosos que

resultarían los pollitos estofados.

Se produjo un instante de silencio, antes de que Ten moviera la cabeza hacia atrás y se echara a reír. Todavía reía, cuando Luke se dirigió al granero, dando grandes zancadas y luciendo una expresión de enfado.

Capítulo Siete

-¿Encontraste el caballo fantasma? -le preguntó Ten a Luke. Sabía que Luke pasaba largas horas en el campo, para evitar ver a Carla, y no para encontrar al semental negro que habitaba en los angostos cañones al sureste del Rocking M.

-No, pero vi sus huellas en una o dos ocasiones -respondió Luke, al tiempo que se servía una buena porción de carne, patatas y salsa. Levantó la mirada cuando Carla colocó un tazón de judías junto a su plato. Con dificultad se obligó a fijar la mirada en su plato, y no en la joven.

Cuanto más la miraba más hermosa le parecía. El pensar que él la había obligado a echarse en los brazos de algún compañero de universidad, lo atormentaba. Sus días parecían cada vez más largos, y sólo tenía que ver a Carla para sentir que el deseo lo dominaba.

Los pensamientos lo obligaron a permanecer alejado por completo de la casa del rancho. Pasó cinco días recorriendo el Rocking M, durmiendo en el campo, despertando con el cuerpo ardiente de pasión.

Al cabo de cinco días, Luke todavía no había decidido qué era peor, si el pensar que Carla hubiera tenido a otro hombre, o comprender que su virginidad ya no sería una barrera entre ellos. Se deseaban, los dos eran mayores de edad. Podían tomarse, ejercer esa pasión que los dominaba y seguir con sus vidas de la única manera que tenía sentido... separados.

Luke pensó que ella estaba allí para olvidarse de él. ¿Por qué contenerse? ¿Por qué no tomar lo que ambos deseaban tanto, que no podían mirarse sin temblar?

Con voz más dura de lo que intentó, Luke le dijo a Carla: -Gracias.

La sonrisa de Carla fue suave y vacilante. Él había estado ausente durante cinco días, y aún antes, se había mantenido distante. Eso fue desde que Ten y él discutieron, cuatro semanas antes... Aunque ambos hombres no parecían estar enfadados.

Por un momento, los ojos de Carla observaron con ansiedad a Luke, y estudiaron los cambios sufridos en cinco días. Su barba formaba una sombra oscura en sus mejillas. Parecía cansado, agotado, como si hubiera dormido tan mal como ella.

Carla se obligó a no permanecer en la mesa con Luke y volvió a la cocina. Lavó los platos de la cena y empezó a preparar más galletas. Luke le preguntó desde el comedor:

-Tienes más café?

-Sí. ¿Todavía queda salsa? -preguntó Carla.

-También podrías traer más -indicó Luke. Cuando Carla volvió al

comedor, Ten ya no estaba allí.

-¿Dónde está Ten? -preguntó ella.

-Supongo que en la barraca -respondió Luke-. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

-No, sólo me preguntaba cómo estaría la mano de Cosy.

-¿Qué hizo Cosy esta vez? -preguntó Luke

-Se cortó, y no quiso ir al médico. Le cosí la herida lo mejor que pude, pero no soy cirujano -explicó Carla.

-¿Qué hiciste?

-Cosí a Cosy con la aguja curva y con el hilo de seda que tengo en el botiquín. Cash me enseñó a hacerlo, hace años. Él se ha cortado un montón de veces. Cuando terminé, Cosy se empapó la herida con la solución de violeta de genciana que yo había empleado en el becerro que se cortó con el alambre.

Carla le sirvió el café, y Luke observó cómo ella manejaba con habilidad las ollas pesadas, después de llevar trabajando casi dos meses en el rancho.

-Lo haces con habilidad -comentó Luke.

-¿Qué?-preguntó Carla. Por un momento, él se olvidó de lo que estaba diciendo, al mirarle los labios.

-Manejar la cafetera-explicó Luke al fin-. Lo haces como si la hubieras usado toda la vida.

-El dolor es un gran maestro -señaló Carla-. Al cabo de dos o tres quemaduras, cualquiera aprende a hacerlo.

Luke entornó los ojos al escuchar las palabras de la joven. Se preguntó si Ten tenía razón, si Carla había ido al Rocking M para curarse del dolor de amar a un hombre que no sentía lo mismo por ella. Sin embargo, Luke sí la quería mucho. Aunque ella no fuera ya una chica inocente, todavía era la hermana de su mejor amigo. Además, todavía existía el hecho de que el Rocking M y las mujeres no se llevaban bien, como lo habían averiguado todos los hombres MacKenzie.

Carla continuaba observándolo con ansiedad, haciendo que el cuerpo de Luke se tensara. Él le pidió en silencio que dejara de mirarlo, de desearlo. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que le estaba diciendo? ¿Era esa una venganza por lo que él le había hecho tres años antes?

Luke descubrió en ese momento que la capa protectora de ira con la que se había protegido desde que Carla volvió, había desaparecido al cabo de ocho semanas de uso. Comprendió que Ten tenía razón al decirle que estaba golpeando a un potro atado. Sin embargo, el potro

era él y no Carla.

Carla interrumpió sus pensamientos al preguntarle:

-¿La tormenta te sorprendió al otro lado de Picture Wash?

Luke recordó que había escuchado la voz de Carla en el viento, en la oscuridad, en la lluvia que caía sobre los viejos farallones. En más de una ocasión, se había despertado por la noche, seguro de que sólo tenía que extender la mano para sentir que ella estaba acurrucada junta a su cuerpo, pero su mano sólo había encontrado el suelo frío del cañón donde había acampado.

-No -respondió Luke-. Me encontraba en uno de esos cañones cerrados, donde los riscos forman un techo que impide que entre la lluvia.

-¿Cómo en el September Canyon? -preguntó Carla.

-Sí. ¿Cash te habló de ese lugar?

-No, lo hiciste tú -aseguró Carla-, cuando yo tenía catorce años y me diste un fragmento de cerámica Anasazi, que encontraste en el September Creek. Todavía lo tengo, es mi talismán. Me recuerda todo lo que una vez fue, y todo lo que tal vez algún día pueda ser -al escucharla, Luke sintió un nudo en la garganta-. Cash prometió llevarme al September Canyon, cuando vuelva en agosto. Sentiré el viento en la cara, escucharé el agua correr sobre las piedras, y en cada sombra veré a una cultura que ya era antigua, antes de que Colón viajara hacia las Indias.

-Yo nunca encontré ruinas -comentó Luke-. Sé que existen, tal vez de camino al September Creek, Picture Wash o Black Springs... -siguió comiendo-. El rancho me roba demasiado tiempo para ir a cazar leyendas.

-Me sorprende que Cash no haya encontrado ruinas indias -señaló Garla-. Con seguridad ha recorrido cada centímetro cuadrado del Rocking M.

-Hay partes de este rancho que nadie ha pisado -le informó Luke-, ya sea indio o blanco. Además, Cash ha recorrido los lugares rocosos. Él es un hombre que busca el granito y el cuarzo. La mayoría de las ruinas se encuentran cerca de los arroyos que hay entre las paredes de arenisca. Allí no se encuentra oro, sólo campos hermosos y salvajes.

-Los Anasazi y sus fortalezas naturales... -comentó Carla y miró a Luke con intensidad. Agradeció que hubiera un tema inofensivo de conversación que los interesara a los dos-. ¿Alguna vez te has preguntado qué pudo asustar tanto a los Anasazi, para hacer que se retiraran hasta esos cañones tan apartados?

-Otros hombres ¿qué otra cosa si no? -respondió Luke-. De otra manera no se hubieran tomado la molestia de construir sus pueblos

en la cara de un peñasco, y arriesgar la vida de hombres, mujeres y niños, al tener que bajar y subir para atender las cosechas y llevar agua. -Al final, el huir y esconderse no les hizo ningún bien a los Anasazi -indicó Garla-. Las ruinas permanecen, pero la gente desapareció.

-Tal vez -dijo Luke-, pero quizá sea como lamentar el paso de los celtas por la historia. No desaparecieron, sino que se convirtieron en otra cosa. Pienso que algunos de los Anasazi bajaron de sus fortalezas y se convirtieron en otros pueblos. Apostaría que la sangre Anasazi corre en los ute, apaches, navaho, zuni y hopi. En especial, en los hopi. -Parece que has estudiado bien a los Anasazi -comentó Carla mirándolo con curiosidad.

-Autodefensa -dijo Luke, la miró y sonrió-. Me hiciste tantas preguntas después de regalarte ese pedazo de cerámica, que tuve que buscar respuesta. Cash debió de enviarme por correo una gran parte de la biblioteca universitaria.

-¡Pobre Luke! -exclamó Carla y rió. En seguida, sacudió la cabeza-. Debí de molestarte mucho. Eres muy paciente conmigo.

-No me importaban las preguntas. Cuando resultaban muy difíciles, me sentaba a hojear esos libros, buscaba respuestas, y encontraba otras preguntas, muchas más de las que me hacías -acarició su taza de café y ella observó su mano con anhelo-. Cuando la nieve se amontonaba en los cañones, me sentaba a pensar en la gente que vivió y murió hablando un idioma desconocido, que adoraban a dioses extraños, y que construían fortalezas de piedra con más cuidado del necesario. Ya sea que los Anasazi hayan tenido éxito o fracasado como pueblo, fueron grandes artesanos. Eso es algo bueno, que debe recordarse -llenó su taza de café-. Como verás, tu curiosidad acerca de ese pedazo de cerámica hizo que yo me interesara por la historia. Yo lo llamo un intercambio justo.

-Más que justo-señaló Carla con voz ronca por los recuerdos-. Me diste un mundo, en el preciso momento en que el mío desaparecía bajo mis pies.

Luke frunció el ceño al recordar a la joven de catorce años, cuyos ojos tenían más oscuridad que luz. No por primera vez maldijo al destino que dejó a aquella joven sin padres en un instante, en una carretera de montaña cubierta de hielo.

-Cash sí te dio un mundo -manifestó Luke-. Yo sólo intenté ayudar - Garla sacudió la cabeza despacio, pero no dijo nada. Ya en una ocasión se había avergonzado al confesarle su amor a Luke, y no era necesario repetir aquella penosa lección. Tenía apenas catorce años cuando lo miró a los ojos y vio su propio futuro, pero necesitó siete

años para comprender que no existía ningún futuro para los dos-. Siéntate y tómate un café. Pareces... cansada.

Carla dudó un momento, después sonrió.

-De acuerdo. Traeré una taza.

-Podemos compartir la mía -indicó él-. Le pondre leche y azúcar, si quieres.

-No es necesario -respondió Garla-. Me he acostumbrado a tomarlo solo.

Lo que no dijo Carla fue que había aprendido a tomar el café solo porque así lo bebía Luke. Después del desastre de tres años atrás, solía sentarse en su apartamento de la universidad y bebía café solo pretendiendo que Luke estaba sentado delante de ella, que bebían café y charlaban acerca del Rocking M, las montañas y los Anasazi.

Carla colocó la mano en el respaldo de una silla bastante alejada de Luke, pero él se puso de pie y le acercó otra silla. Después de un momento de duda, Carla se sentó en la silla que él había escogido. Carla dijo en voz baja:

-Gracias.

A Luke le llegó el aroma a flores, y las promesas que Carla representaba. La deseaba de la misma manera que deseaba a la vida, y ya no tenía más ira en su interior para mantenerla alejada. Sólo tenía la verdad, una amarga verdad. Sonrió y sirvió más café; le entregó la taza. -Acomódate, «rayo de sol» -le indicó Luke-. Creo que ya es hora de que te cuente la historia del Rocking M.

Capítulo Ocho

-Esta tierra no fue poblada con tanta rapidez como las llanuras de Texas o las mesetas de Wyoming -explicó Luke-. Gran parte del territorio de Four Corners resulta un terreno duro para los hombres y en especial para las mujeres. Los indios también causaron problemas. Los navaho eran bastante pacíficos, pero las bandas de utes mantuvieron en actividad a los blancos y a otros indios. Hasta que terminaron con Halcón Negro, después de la Guerra Civil, los blancos no vinieron a establecerse aquí. La mayoría de ellos no eran lo que se podría llamar unos ciudadanos buenos y honrados.

-¿El Outlaw Trail no pasaba por aquí? -preguntó Carla. -Bastante cerca -admitió Luke-. Uno de mis antepasados, mientras cabalgaba con bastante rapidez por aquí, vio la tierra, le gustó y volvió tan pronto como pudo quitarse de encima a los tipos que lo perseguían.

-¿Una cuadrilla de alguaciles? -preguntó Carla.

-Eso depende de con quién hables -respondió Luke-. Si hablas con la rama MacKenzie de la familia, ellos te dirán que Case MacKenzie sólo intentaba devolver el oro a su verdadero dueño. Si hablas con otras personas, jurarán que Case MacKenzie fue quien asaltó el banco y huyó con sesenta libras de oro en las alforjas, montando un caballo pura sangre de Virginia, perseguido por una cuadrilla de alguaciles.

-¿A quién crees tú? -quiso saber Carla.

-Bueno, siempre me incliné hacia la teoría del forajido, hasta que le enseñé a tu hermano el oro de los MacKenzie.

-¿Todavía lo tienes?

-Un puñado -respondió Luke-. Suficiente para que Cash pudiera darse cuenta de que no era oro lavado. Él se puso a revisar periódicos antiguos. Parece que el banco aceptó depósitos de Hard Luck, Shin Splint y Moss Cree... todo era oro lavado. El oro que mi

antepasado llevaba era brillante como la luz del sol. Tu hermano lo vio, y empezó a buscar la mina Mad Jack's.

-Cash nunca me habló de eso -señaló Carla.

-Le pedí que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a ti. Lo último que necesito es un puñado de excursionistas cavando hoyos en mi tierra.

-Hablas en serio ¿no es así? -preguntó ella-. ¿El oro que tienes en realidad vino de la mítica mina Mad Jack's?

-Tal vez existió esa mina o tal vez no -manifestó Luke-. El oro era real, al igual que el viejo Mad Jack Turner.

-¿Por qué Cash piensa que el oro salió de tu rancho?

-El oro de la familia se parece al oro de otras minas de la zona... tiene la misma cantidad de plata, plomo o cobre. Además, la historia

familiar respalda esa versión. Case tenía un hermano que se casó con una joven que encontró huyendo en el campo. Era la amiga de Mad Jack. El lugar donde la encontró corriendo se encuentra al sur de aquí. Como Mad Jack siempre iba a pie, se supone que su mina debía de estar cerca de aquí. Al menos, eso fue lo que Cash imaginó hace siete años. Ha buscado esa mina desde entonces, siempre que tiene la oportunidad -se inclinó hacia adelante y tomó la taza de café que tenía Carla en la mano. Se dijo que no había sido su intención rozarle la mano al tomar la taza, pero en el fondo sabía que no era así. Dio un trago de café, la miró y sonrió-. Has estado probando el chocolate de las galletas ¿no es así?

Carla se sonrojó al comprender que había dejado un sabor a chocolate en el borde de la taza.

-Lo lamento, traeré mi propia taza -informó Carla.

-No -con la bota impidió que ella moviera la silla-. Me gusta... el sabor a chocolate -observó cómo ella contenía la respiración. Tenía los labios entreabiertos, tal vez por la sorpresa, o quizá se tratase de una invitación. Luke colocó los labios en el mismo sitio donde ella había bebido y al beber, la miró por encima del borde de la taza. Al colocar la taza en la mano de Carla, la giró de tal manera que cuando ella la levantase sus labios tocaran el mismo lugar que habían tocado los de él-. Bebe, serviré más café.

Sin poder apartar la mirada de Luke, Carla se llevó la taza a los labios. Cuando su boca tocó el borde de ésta, fue como si Luke la besara. Sus dedos temblaron de pronto, y tuvo que sostener la taza con las dos manos. Él notó su temblor, pues la miraba con intensidad. Cuando Carla bajó la taza y se humedeció los labios, pudo oír que él contenía la respiración. Luke sirvió café, bebió y le devolvió la taza. Después de un momento, Luke añadió:

-A Case MacKenzie no sólo le gustó la tierra de por aquí. Encontró a una joven, cuyo padre no había sido lo suficientemente rápido con la pistola. Mariah Turner había heredado los derechos de agua sobre Echo Canyon Creek, Wild Horse Springs, y Ten Sentinels Seep, así como los derechos minerales de gran parte de la región. Todos los forajidos del territorio llegaban a su puerta -Garla cerró los ojos y se relajó, mientras escuchaba cómo la voz profunda de Luke hablaba de gente que había vivido más de un siglo antes-. He visto fotograbas de Mariah. Sé por qué los forajidos la acosaban. Era toda una mujer, sin embargo, tenía algo más que un buen cuerpo y una cara bonita. Tenía la clase de agallas que hace que un hombre desee atrapar la luna para dársela, sólo para verla sonreír. Mariah se aferró a la tierra, e hizo

que los forajidos pelearan los unos con los otros, sin permitir que ningún hombre la dominara. Durante dos años, los forajidos lucharon por conseguir sus favores, y se aseguraron de que ningún hombre se acercara lo bastante a ella, sin que muriera. Entonces, los peores temores de Mariah se hicieron realidad. Un forajido que era mejor con la pistola que cualquier otro, llegó a su valle. Los otros forajidos no pudieron con él, pues era demasiado rápido.

-¿Qué sucedió? -preguntó Carla.

-Mariah tuvo suerte, pues ese hombre era Case MacKenzie.

-¿El que llevaba las alforjas llenas de oro? -preguntó Carla.

-El mismo -respondió Luke y sonrió-. Él no pensaba en casarse, ni siquiera enamorarse. Sin embargo, poco tiempo después, soñaba con un cabello del mismo color de la miel y de la luz del sol, todo esto mezclado -fijó la mirada en el cabello de Garla-. Como tu cabello. Tus ojos también son como los de Mariah, claros y directos... tu boca es como la de ella, la clase de boca que hace que un hombre desee... -tomó la taza y le dio un trago para obligarse a no decir más. El sabor a chocolate que había dejado Carla en ella, fue el beso más dulce que hubiera saboreado-. Tal vez lleves la sangre de los Turner en las venas, «rayo de sol». Cuánto más te miro, más me recuerdas a Mariah-suspiró y se frotó el cuello con la mano, al tiempo que maldecía la suerte que lo hacía convivir con la mujer que deseaba y que no podía tomar-. Mariah era la mujer que Case buscaba. Había intentado encontrar al hijo de Mad Jack Turner, para darle la parte que le correspondía del oro de su padre. Bueno, era demasiado tarde para Johnny Turner, pero no para su hija, Mariah. El oro era lo que ella necesitaba para mejorar el ganado del Rocking M, contratar ayudantes honestos, y hacer de aquel lugar un verdadero rancho, en vez de un lugar de descanso para forajidos -Luke rió con suavidad, al recordar a su padre y abuelo, contándole la misma historia, años antes-. Mariah tuvo ocho hijos del hombre que nadie podía matar, del hombre a quien llamaba su «adorado forajido». Uno de los hijos fue Matthew Case MacKenzie, después, mi padre, Samuel Matthew Mackenzie, y luego yo. Lucas Case Mackenzie...

Carla observó el rostro de Luke, quemado por el viento y el sol, marcado por finas arrugas alrededor de los ojos, arrugas fruto de toda una vida al aire libre.

-Apuesto a que te pareces a él -comentó Carla. -¿A mi padre?

-No, al «adorado forajido», Case -explicó Carla. Algo en su voz hizo que un fuerte deseo dominara a Luke. No deseaba solamente su dulce cuerpo y su boca suave, sino que sentía una gran necesidad de abrazarla, y de ser abrazado en respuesta, de oírla murmurar que él

era su adorado forajido, el hombre que ella había elegido para amar-. Envidio a Mariah -comentó Garla-. Le dio a su forajido todo lo que una mujer querría darle a su hombre, y al hacerlo, se convirtió en parte de la tierra, tanto como las antiguas ruinas o los indios que llegaron a Picture Cliff y después desaparecieron. Todos hablan del Oeste como si sólo hubiera pertenecido a los vaqueros, a los indios y a los forajidos. También perteneció a las mujeres. A su manera, ellas pelearon tanto por esta tierra como cualquier hombre. Me hubiera gustado ser parte de eso.

-No te engañes, colegiala -dijo Luke con ironía-. No importa cómo empiecen, las mujeres terminan odiando esta tierra, y con buena razón. El campo las tritura, como si fueran maíz entre dos rocas.

-No trituró a Mariah Turner MacKenzie -señaló Carla. Luke se encogió de hombros y bebió un trago de café.

-Ella fue una en un millón. Nunca le he envidiado nada a ningún hombre, pero envidio el amor de Mariah por Case MacKenzie. Él encontró a una mujer que pudo soportar esta hermosa y brutal tierra, sin llorar nunca por su mamá, por las sábanas de seda, o por la compañía de otras mujeres. Debo corregir lo que he dicho... Mariah fue una entre diez millones.

-Muchas mujeres vivieron en el Oeste-manifestó Carla-. Más de una quinta parte de las solicitudes para tomar posesión legal de tierras, fueron hechas por mujeres que estaban solas.

-No lo sabía -respondió Luke y levantó las cejas.

-Por supuesto que no. Los hombres escribieron la historia.

-El hijo de Case no tuvo suerte -informó Luke-. Matthew MacKenzie se casó con una joven de Denver. Ella era la menor de una gran familia, y pasó los primeros años de su matrimonio teniendo hijas y llorando por su mamá. Dos de sus hijos sobrevivieron, y cuando fueron adolescentes, ella ya estaba de vuelta en Denver -Luke dio un trago de café e hizo girar la taza sobre la mesa. Carla comprendió que quería decirle algo, pero no sabía cómo empezar-. El divorcio no era algo que se tomaba en cuenta en aquellos días. Los dos vivieron separados... él en el rancho, y ella en la ciudad. El hijo, Lucas Tyrell MacKenzie, creció y heredó el Rocking M. Él fue mi abuelo. Se casó con la hija de un ranchero de la localidad. Ella tuvo tres hijos, y estaba esperando el cuarto cuando su caballo la derribó. Cuando él la llevó a un médico, ella y el bebé ya estaban muertos. Ocho años después, mi abuelo volvió a casarse. La abuela Alice odiaba el Rocking M. Tan pronto como mi padre tuvo la suficiente edad para hacerse cargo del rancho, mis abuelos se mudaron a Boulder -Garla lo escuchó sin moverse. Detectaba la ira y la desesperación en la voz de

Luke, y en especial, la monotonía silenciosa de un hombre que sabía que no podía tener lo que más deseaba en la vida-. Mi padre y sus dos hermanos vivieron en el rancho. Todos, uno por uno, se fueron a Corea, después regresaron a casa y se casaron con mujeres que conocieron cuando hacían entrenamiento militar -hizo una pausa-. Fue un desastre. En el pasado había sido duro encontrar una mujer que tolerara la vida en un apartado rancho de ganado, pero en la actualidad, parecía imposible. Uno de mis tíos se fue a vivir a la ciudad, su mujer dejó de beber y él volvió a empezar. Mi otro tío se negó a irse a la ciudad, y su mujer hizo de su vida un infierno. Mis dos primos y yo solíamos dormir en el granero, para alejarnos de las discusiones. Una noche, mi tía no pudo soportar más, y como mi tío le escondió las llaves del coche, se fue al pueblo caminando. Era el mes de febrero, y no lo consiguió -torció la boca-. De cualquier manera, cumplió su deseo, pues nunca volvió a ver cómo se ponía el sol detrás de las Fire Mountains.

Carla se estremeció. Yo había escuchado lo suficiente acerca del pasado de Luke para adivinar lo que vendría a continuación. -Luke, no tienes que decir...

-No -la interrumpió Luke-, ya casi terminó. Mi madre odió el Rocking M desde el momento en que llegó, pero amaba a mi padre, e intentó adaptarse por él. Sin embargo, no tuvo el suficiente coraje. Al principio, ni siquiera teníamos un teléfono para que ella hablara con su familia y amistades. Ninguna mujer vivía cerca. Nada... sólo niños, y la clase de trabajo que había destruido a mujeres más fuertes que mi madre. Una noche, se escuchó el sonido del viento en las montañas, y ella empezó a gritar. Una semana después, sus padres vinieron a buscarla. Se la llevaron a ella, a mi hermana y a mis dos primas. Dijeron que el Rocking M no era un lugar para mujeres. Nunca volví a ver a mi hermana... ella tenía siete años. Lo único que tengo de ella son algunas viejas fotografías, y la muñeca que le estaba arreglando. Cuando se la llevaron, yo no estaba en la casa, y ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme. Después, mi padre se dedicó a beber, hasta que murió.

-¿Qué hay acerca de tu madre? -preguntó Carla.

-Me enteré de que volvió a casa. Nunca más volví a verla.

Al mirarlo a los ojos, Carla sintió la necesidad de abrazarlo, de consolarlo.

-Luke -murmuró Carla. Sin pensarlo, se levantó de la mesa y se acercó a él. Le cogió la cara entre las manos. Él se quedó inmóvil-. Luke, yo... -Carla no sabía qué decir-. Luke... -acercó su boca a la de él.

Carla tenía poca experiencia que la guiara, sólo su propia necesidad de conocer la pasión de aquel hombre. Podía sentir su barba bajo los labios. Muy despacio, bajó la cabeza hasta rozarle la boca, y volvió a repetir la caricia una y otra vez.

Eso era bueno, muy bueno, pero no suficiente. Recordó el sabor de los labios de Luke. Recordó cómo se había transformado en segundos, antes de que el beso fuera demasiado violento, duro, y demandara más de lo que ella había soñado a los dieciocho años. Sin embargo, desde entonces, había soñado muchas veces, había recordado la intimidad de la lengua de Luke acariciando la suya, su cuerpo fuerte oprimido contra el suyo.

Al recordar cómo había sido tres años antes, Carla abrió la boca lentamente, hasta que pudo tocarle los labios con la punta de la lengua. Sintió cómo él se estremecía con la caricia, y cómo temblaba su cuerpo.

-«Rayo de sol» -murmuró Luke-. Oh, nena, no... -no pudo terminar de hablar, porque ella le acarició con la lengua. Luke emitió un gemido ahogado. Carla se estremeció y movió su boca; por instinto le acarició los labios con la lengua.

Luke intentó no levantar los brazos y no cerrarlos alrededor de Carla; también intentó no sentarla sobre sus muslos. No obstante, sucedió todo lo anterior. Sucedió con un movimiento lento y dulce, a pesar de su desesperación para que aquello no tuviera lugar. El cuerpo de Luke ignoró las órdenes de su mente, pues la caricia de la lengua de Carla le imposibilitaba dominarse, pensar en el ayer y en el mañana.

Tuvo el suficiente control para no asustar a Carla, como había sucedido tres años antes, aunque no el suficiente para apartarla, como sabía que debería hacerlo. Murmuró su nombre junto a sus labios.

La dulzura de oírlo pronunciar su nombre fue más grande que cualquier cosa con la que Carla hubiera soñado, se estremeció y gimió sobre la boca de Luke. Poco después, él sintió el calor de las lágrimas de Carla contra sus labios. Lo dominó la emoción, pues nunca había creído posible que lo desearan de esa manera.

Temblorosa, se apretó más y más contra el cuerpo fuerte de Luke, acariciándole la lengua con la suya. Sintió cómo él tensaba los muslos cuando ella se acomodó sobre sus piernas, oprimiendo sus senos, caderas y vientre contra su cuerpo. El beso todavía era suave.

Carla deseaba decirle que estaba bien, que en esa ocasión no huiría si él le devolvía el beso. No dijo nada, pues si hablaba tendría que dejar de besarlo. Demasiado tiempo había soñado con eso.

Carla lo besó como ella misma deseaba ser besada, lo saboreó de

manera profunda. Lo sintió temblar. Luke abrió la boca y la besó, deslizó la lengua entre los dientes de ella, la saboreó en silencio, y lentamente comenzó un ritmo de penetración y retirada.

Le acarició la espalda con las manos, la acercó más, le levantó las caderas para acomodar su cuerpo, todo ello sin dejar de besarla. Carla movía la lengua a ritmo con la de él emitiendo pequeños gemidos. Luke contuvo la respiración al sentir que ella se oprimía contra su cuerpo. Él empezó a desabrocharle la blusa, y con cada botón que quedaba libre, le mordisqueaba con suavidad la lengua, distrayéndola. Ella le habría permitido desvestirla de cualquier manera, pues su piel ardía de deseo.

Luke tuvo el suficiente autocontrol como para saber que si le desabrochaba el sostén a Carla, no se detendría hasta desvestirla por completo, y desvestirse él mismo. Con manos temblorosas apartó los extremos de la blusa, y le acarició los senos con las palmas.

Carla se estremeció, sus pezones se endurecieron ante la caricia. Sin poder controlarse, Luke deslizó un dedo debajo de cada tirante del sostén, y despacio, le acarició el cuello y los senos. Dudó, gimió al bajar más los dedos y deslizarlos debajo de la tela. La acariciaba lentamente, deleitándose en la caricia de los senos, de los pezones. Con dulzura, y siguiendo el mismo ritmo de su lengua, le acarició los pezones hasta endurecerlos.

Carla emitió un gemido débil, el cual él ahogó con su boca. Durante unos segundos le acarició los pezones hasta que ella se estremeció con locura y sus caderas se movieron contra él. Luke levantó una mano y la pasó por su vientre, por la cremallera de los pantalones de Carla. Sin abrirla bajó la mano y la acarició con intimidad. Se movía lentamente, meciéndola con él. La deseaba tanto que sabía que no podría soportar no tenerla.

Luke emitió un gemido de angustia y terminó el beso. Apartó la boca sin dejar de acariciarle el cuerpo. Carla se estremeció con violencia; respiraba con dificultad, al igual que él, y sus ojos reflejaban la primera pasión de su vida.

Luke murmuró:

-Te deseo -volvió a acariciarla con intimidad y se estremeció cuando ella gimió-, pero esto es todo lo que será -apretó los dientes-, un deseo. No habrá anillos, ni votos, ni hijos ni fotografías para poner en los álbumes. No ataré a una mujer moderna al Rocking M. No dejaré que más niños crezcan sin madre. Los MacKenzie terminarán conmigo.

Carla sintió el dolor de Luke peor que si fuera suyo. Temblorosa, se esforzó por no llorar.

Después de un momento, Luke añadió:

-Quiero que sepas esto. No importa con quién te cases, o cuántos amantes tengas, no importa cuánto tiempo vivas; ningún hombre te deseará como yo te deseo -con un movimiento rápido se puso de pie, la levantó y la colocó de pie en el suelo-. Mantente alejada de mí, «rayo de sol». Si vuelves a acercarte a mí de esta manera, me temo que no tendré la fuerza de voluntad para decir que no. Te tomaré, te odiaré y me odiaré a mí mismo. También odiaré a este rancho que es parte de mi alma.

Capítulo Nueve

-Cosy acaba de irse -dijo Luke en respuesta a la pregunta de Carla. La miró con intensidad, a pesar de la actividad que había en el corral-. ¿Por qué? ¿Querías ir con él al pueblo?

-No, quiero probar una receta, y necesito un condimento particular. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para anotarlo en la lista.

Luke golpeó sus guantes de trabajo, con impaciencia, contra su muslo.

-Colegiala, esto es un rancho, no un restaurante de ciudad. En West Fork no se conocen todas esas cosas que quieres ponerle a la comida -comentó. Ella levantó la barbilla.

-Escucha, vaquero, la única queja que he tenido de los trabajadores acerca de mi cocina es que sus caballos amenazan con ponerse en huelga, por todo el peso extra que tienen que soportar en estos días.

-Yo también he oído rumores -indicó Luke-. Ten ha encargado unos pantalones nuevos. Ha aumentado de peso desde que tú cocinas. Pronto estará tan gordo como yo.

-¿Tú... gordo? -preguntó Carla-. No tienes ni un gramo de más. Cuanto más os alimento a Ten y a ti, mejor estáis, y ninguno de los dos está nada mal.

Luke rió al oírla. Había intentado mantenerla alejada desde lo sucedido en el comedor. Todavía tenía que soportar veintitrés días más de infierno, hasta que su contrato como cocinera y ama de llaves terminara.

Se preguntó si podría soportar esos veintitrés días, pues le resultaba imposible mantener alejada a Carla. La ira que sintiera al principio del verano había desaparecido. Dormía mal y estaba de mal humor, pero no con Carla. No podía sentir ira hacia la joven que se había acercado a él para ofrecerle su cuerpo y su alma con un beso.

Carla seguía atendiendo a Luke cuando él llegaba después de que los trabajadores habían comido. Le servía café, lo acompañaba si él se lo pedía, escuchando con placer sus relatos sobre lo sucedido ese día. Limpiaba toda la casa, lavaba y arreglaba toda su ropa. Bromeaba con todos, sin alentar a nadie, y lo hacía con tanta diplomacia, que Luke se acordaba de Mariah Turner cuando atendía a los forajidos.

Carla no hacía nada que pudiera enfadar a Luke, y cumplía los términos de la apuesta. Él no podía culparla si en ocasiones él se volvía de pronto, y la sorprendía mirándolo con deseo. Él la miraba de la misma manera, y ella también lo sorprendía observándola, y se apartaba.

No se decían nada, no se daban excusa alguna; no era necesario. No

podrían entenderse mejor, aunque estuvieran conectados al mismo sistema nervioso central.

En ocasiones, cuando por las noches se oían los truenos y el cielo se iluminaba con relámpagos, Luke la oía pasear por su habitación, para después bajar a la cocina. Pocos minutos después, escuchaba el ruido producido por una silla al ser movida, y él se quedaba despierto, con el cuerpo tenso. Imaginaba cómo se vería ella en ese instante, sentada, saboreando una limonada, con su cuerpo solamente cubierto por la camisa negra que él le había dejado a Cash... la que ella había escogido como camisón.

En ocasiones, era Luke quien se despertaba y bajaba a la cocina, para después sentarse en una silla, dominado por la pasión que sentía por la hermana de su mejor amiga.

Carla le informó:

-Será mejor que lave los platos del desayuno -se alejó sin poder soportar la intensidad de la mirada de Luke por un momento más. Al darle la espalda, sintió su mirada fija en ella, mientras caminaba hacia la casa. El pensamiento de que al día siguiente se iría al September Canyon con Cash, era lo único que evitaba que volviera la cabeza y gritara dominado por la frustración. Pensaba que no podía haber peor castigo que amar a un hombre que no la amaba. Sin embargo, se equivocaba, pues era peor desear a un hombre que la deseaba, pero que se negaba a aceptarla.

Carla se preguntó en voz alta:

-¿Sientes mi dolor, Luke? ¿Es por eso por lo que tus ojos me siguen, observan cada paso, cada gesto? No hagas eso, no me mires. No mires mi boca ni recuerda lo que sentiste al besarme de aquella manera tan profunda. Deja de torturarte, deja de torturarme a mí. Veintitrés días más... ¿cómo voy a conseguirlo?

Carla se obligó a apartar esos pensamientos de su mente y se dirigió a la cocina. Fijó la mirada en la receta que quería preparar para esa noche. Decidió reemplazar el condimento que le faltaba con la ramita de enebro que Luke le había dado el día anterior, para aromatizar su habitación. De inmediato, empezó a reunir los ingredientes necesarios para cocinar boeuf á la campagne.

Cuando se acercó la hora de la cena, desde la casa del rancho salía un aroma que debilitaba a cualquier hambriento. Como sucedía siempre que Luke no estaba presente a la hora de la cena, Ten llegaba unos cuarenta minutos antes. Al llegar, se dio cuenta de que ella estaba utilizando la olla grande, y cruzó la cocina con rapidez.

-Yo me encargaré de eso -indicó Ten.

-Gracias, pero yo puedo...

-¿Quieres que me despidan? -le interrumpió Ten y le quitó la pesada olla de las manos.

-Por supuesto que no -respondió Carla.

-Entonces, asegúrate de que yo cargue las ollas pesadas. Luke fue muy claro al indicar que no quería que utilizaras tú sola este tipo de ollas.

Carla se emocionó al pensar que Luke le había pedido a Ten que la ayudara.

-Gracias -dijo Carla con voz ronca.

-Huele muy bien -comentó Ten. Ella lo miró de reojo.

Ten rió y empezó a llenar dos enormes fuentes de carne. Carla continuó con los otros preparativos de la cena, y agradeció la ayuda de Ten.

-¿Vendrá a cenar Luke? -preguntó Carla, a pesar de que se había prometido que no haría esa pregunta.

-No.

-¿Fue a... acampar de nuevo? -preguntó ella.

-No -respondió Ten-. Una vaca estúpida se hirió en el alambre de púas. Luke se la llevará al establo cuando la cure -miró el reloj-. Todavía tardará unas horas.

-Pon un poco de eso en la olla pequeña -le pidió Carla-. Le guardaré un poco de comida caliente.

-Lo estás mal acostumbrando -indicó Ten.

-Sólo hago mi trabajo -aseguró Carla.

-Ninguna de las otras cocineras guardaban comida caliente para los hombres que seguían trabajando a la hora de la cena.

-Por lo que he oído, ninguna de ellas cocinaba nada que valiera la pena mantener caliente -señaló Carla.

-¡Eso huele muy bien! ¿Qué es? -preguntó Ten-. ¿Qué tiene?

-No me creerías -respondió Carla.

-Seguro que sí -dijo Ten.

-Lo habitual, y además, enebro.

-¿Enebro? -preguntó Ten y volvió a aspirar el aroma.

-Imagínate que es pimienta del Rocking M -sugirió Carla.

-Imagínatelo tú. Yo voy a comer, antes de que me digas algo que no quiera saber -aseguró Ten.

Se oyó la voz de Cosy, procedente de la habitación contigua.

-¡Capataz! ¿Piensas compartir algo de eso con los hombres que verdaderamente trabajan, o vas a comértelo tú todo? -preguntó Cosy.

-Si te alimentáramos de acuerdo a lo que trabajas, ya te habrías muerto de hambre -respondió Ten.

Carla llevó al comedor una bandeja con galletas y un frasco con

miel. Ten la siguió con las fuentes de carne. La comida se terminó poco después de que fuera servida. Antes de sentarse a comer, Carla volvió a llenar las fuentes de carne, sirvió café, más galletas y miel.

-¿Qué es eso que he oído acerca de que te vas mañana para dejar que nos muramos de hambre? -preguntó Cosy mientras saboreaba una galleta.

-Es verdad -respondió Carla-. He acumulado algunos días.

-Y correrás hacia la ciudad, para no pensar en los chicos con el corazón destrozado que has dejado atrás.

-Voy a September Canyon -respondió Carla. Se puso de pie para recoger los platos sucios.

-Es lo mismo -murmuró Cosy.

-¿De verdad?

-Seguro, de cualquier manera nos moriremos de hambre -dijo Cosy.

-Puedes vivir en la opulencia -le indicó Ten a Cosy.

-Habla por ti -respondió Cosy-. Soy tan apuesto como una serpiente de cascabel, y dos veces más malo.

-Y tres veces más feo -comentó Jones, desde el otro extremo de la mesa. Todos rieron. Jones encendió un cigarrillo. Señaló a Carla y añadió-: es una mujer de corazón duro, pues va a dejar que nos muramos de hambre sin preocuparse.

-Siento desilusionaros -replicó Carla-, pero esta semana cociné el doble de comida y guardé en la nevera la mitad. No os moriréis de hambre.

Cuando Carla estaba sirviendo el postre, Jones la observó con detenimiento, y dijo como si el tiempo no hubiera pasado:

-No es lo mismo. No hay nada mejor que la comida fresca -la recorrió con la mirada y dio una chupada a su cigarrillo-. Por supuesto, podría perdonarte, si me das un gran beso antes de irte.

-No -respondió Carla al instante. Escuchó que la silla de Ten se movía.

-¿Estás segura de eso? -preguntó Jones y soltó el humo del cigarrillo. La observó-. Apuesto a que puedo hacerte cambiar de opinión, pequeña.

-No -aseguró Carla-. No es nada personal, pero besarte sería como lamer un cenicero.

Los hombres rieron con ganas. Después de un momento, Jones sacudió la cabeza y también rió. Ten sonrió, pero sus ojos indicaban a Carla que un trabajador del rancho llamado Jones iba a recibir una reprimenda de su capataz. Carla pensó que estaría bien que Ten

actuara de esa manera, pues durante las últimas semanas se había dado cuenta de las miradas de Jones. Entre todos los trabajadores del rancho, Jones era el único con el que ella tenía la precaución de no quedarse a solas. Él no había dicho o hecho nada, era solamente la forma que tenía de mirarla.

Los hombres solían llevar sus platos sucios a la cocina, y por lo general, hacían bromas mientras tomaban una última taza de café, antes de irse a la barraca a jugar a las cartas y ver la televisión. Ten se subió las mangas de la camisa y se puso a lavar platos, sin dejar de vigilar a los hombres que entraban y salían de la cocina, en especial a

Jones. Los trabajadores notaron su descontento y esa noche no se quedaron.

Cuando todos se fueron, Carla le dijo a Ten:

-Tal como te has comportado, ninguno de ellos volverá a decirme nada que no sea desearme buenas noches.

-Los hombres comprenden -indicó Ten-. Pueden llegar hasta cierto punto, y no más allá.

-De acuerdo -respondió Carla, irritada al sentirse demasiado protegida-. ¿Qué sucedería si yo quisiera conocer mejor a alguno de los hombres?

Se produjo un silencio.

-¿Eso es lo que deseas? -preguntó Ten.

-Ese no es el problema.

-Seguro que lo es -señaló Ten.

-Pero...

-Piénsalo de esta manera -le interrumpió Ten-. Si tú quisieras conocer mejor a alguno de esos hombres, le harías un gran favor si al irte del Rocking M te lo llevaras contigo. De otra manera, él lo pasaría muy mal cuando Luke entrara en acción.

-¿Es tan terrible querer divertirse con alguien? -preguntó Carla.

-Inténtalo con Luke -sugirió Ten.

-Me encantaría -respondió Carla-. No importa, Ten. Supongo que sólo estoy... cansada. Deseo que lleguen mis vacaciones.

-Sí. Apuesto a que cansa mucho cocinar para todos esos lobos.

-Cocinar no, limpiar -indicó Carla.

La puerta de la cocina se cerró con fuerza, después que entró Luke.

-Entonces, solamente cocina, colegiala -dijo Luke-. No vamos a tener ni un baile elegante ni una inspección pronto -dejó el sombrero sobre la mesa-. Si enceras una vez más el suelo del vestíbulo, me romperé el cuello al buscar una camisa -miró a Ten y preguntó-: ¿Trabajas hasta tan tarde?

-Sólo cumplo órdenes -respondió Ten.

-¿Quién la está molestando? -preguntó de inmediato Luke.

-Jones -informó Ten.

-No -dijo Carla de inmediato-. No es así. Él no ha hecho nada. Luke miró a Ten. El capataz sacudió la cabeza, indicando que no estaba de acuerdo con Carla.

-Yo me encargaré -dijo Luke-. Que se vaya del Rocking M mañana al mediodía.

-Luke, no puedes despedir a un trabajador del rancho sólo porque me gastó una broma -intervino Carla.

-Jones tiene mala reputación con las mujeres -replicó Luke.

-También Ten, según lo que dices -señaló Carla.

-No como Jones. Ten nunca cogió nada que no le ofrecieran... Jones sí, y tal vez en más de una ocasión. Él pudo haber salido del problema con facilidad, porque la joven no era precisamente una inocente, pero eso no cambió lo sucedido. Incluso una prostituta tiene derecho a decirle que no a un hombre. Contraté a Jones porque no había mujeres en el Rocking M, y es una buena ayuda cuando no bebe y trata de demostrar que es muy bueno con las chicas. Pero después llegaste tú. Jones me juró que no bebería y que ni siquiera te miraría. No lo he sorprendido mirándote, pero no estoy tan seguro respecto al alcohol -Luke miró a Ten, que asintió-. Ayer, en el pastizal, olía a alcohol. Dile a Cosy que se lleve a Jones a West Fork esta noche... y a Jones que nunca vuelva por aquí.

-Él querrá oírlo de ti -manifestó Ten.

-¿Crees que es tan estúpido? -preguntó Luke. Ten sonrió.

-Tal vez no.

-Debí haberlo despedido apenas supe que Carla vendría aquí -aseguró Luke-. Mujeres y el Rocking M.... sólo problemas.

-Y buena comida -añadió Ten-. No te olvides de eso. Carla tiene en el congelador más galletas de chocolate, esas que tanto te gustan. No hay nada como una buena mujer para malacostumbrar a un hombre ¿no es así?

-No mientras dura, pero cuando se vaya... y se irá... vendrán los tiempos difíciles.

Capítulo Diez

La puerta de la cocina se cerró cuando salió Ten, y Carla y Luke quedaron a solas y en silencio. Ella observó cómo Luke se acercaba al fregadero, se subía las mangas de la camisa y se lavaba. Se quitó el polvo del rostro, se enjabonó sus musculosos brazos y luego usó un cepillo de uñas. Eso era algo típico de Luke. No importaba lo mucho que trabajara o lo cansado que estuviera, siempre se sentaba a la mesa con las manos bien limpias.

Eran unos manos elegantes, a pesar de su tamaño. Sus dedos eran largos y tenía las uñas bien recortadas. Las manos de Luke la fascinaban, eran fuertes y delicadas al mismo tiempo, capaces de temblar de deseo y, sin embargo, de acariciarla con dulzura y suavidad.

-¿Están sucias? -preguntó Luke.

-¿Qué? -preguntó Carla y lo miró a los ojos.

-Estabas mirando mis manos -indicó él.

-Yo... -cerró los ojos, sin poder soportar la exquisita tortura de mirar las manos de Luke, y recordar sus caricias-. Veré si tu cena todavía está caliente.

-¿Quieres decir que los lobos me han dejado algo? -preguntó.

-Defendí tu comida con una escopeta -respondió Carla. Él sonrió.

-¿Has comido tú?

-Un poco -respondió Carla. Luke dudó por un momento.

-Hazme compañía -le pidió Luke al fin-, y yo te ayudaré con los platos.

-De acuerdo -respondió de inmediato Carla. Notó que su expresión indicaba que había tenido un día muy pesado-. No tienes por qué hacer mi trabajo. Parece que has trabajado mucho, y que estás tan cansado que no vas a poder dormir bien.

Luke entornó los ojos y se preguntó si Carla lo habría oído pasear por la cocina las tres noches anteriores. Cuando estaba despierto, podía apartar de su mente el recuerdo de su cuerpo, oprimido contra el suyo, pero cuando dormía, era diferente. En sus sueños, él se encontraba medio vestido en el comedor, y Carla iba hacia él, reía y a él lo dominaba la pasión, hasta hacerlo gritar... se despertaba solo, sudando, con la respiración entrecortada.

-Después de un momento, Carla añadió:

-Siéntate, te traeré la cena. Debes de tener mucha hambre. Luke apenas pudo controlarse para no decir que realmente tenía hambre de ella. Pensó que preferiría poseerla en el comedor, sentada a horcajadas sobre sus piernas, con la cabeza hacia atrás, con sus

senos brillantes por las caricias de sus labios.

-Todo lo que me das siempre sabe muy bien -comentó Luke, e intentó no mirar la boca de Carla con pasión.

Al advertir la mirada de Luke, Carla se quedó sin aliento y sintió un vacío en el estómago. En ese instante, comprendió que debería colocar la cena de Luke sobre la mesa, y volver de inmediato a la cocina para lavar los platos, para que él comiera solo. Después, vería una película de vídeo, sola, o leería algún libro sobre arqueología. Haría cualquier cosa que no fuera observar cómo comía Luke, envidiando la comida que tocaba sus labios.

-Ve a sentarte -le pidió Carla con voz ronca-. Te serviré la cena -le llevó la comida, se sentó a su lado y lo observó comer. Después de un momento preguntó-: ¿Has visto huellas de puma en Wildfire Canyon?

-Sí, parece que ha tenido uno o dos cachorros -respondió Luke.

-No irás a cazarla -indicó Carla, al leer la expresión de Luke.

-Está muy cerca de los edificios del rancho -explicó Luke despacio. Encogió los hombros-. Tal vez me arrepienta después, pero no la tocaré a no ser que empiece a vivir de becerros y no de venados. A una parte de mi persona, le gusta saber que los pumas han vuelto a la parte baja de los cañones, a vivir como vivían cuando Case MacKenzie llegó aquí.

-¿Como el semental negro salvaje? -preguntó Carla.

-No se puede demostrar la existencia de ese viejo semental, al menos fuera de mi imaginación. En cambio los pumas... los he visto -manifestó Luke y bebió un trago de café. Se apoyó en la silla y disfrutó de aquel momento de paz-. Creo que los pumas son los felinos más hermosos que existen. Son rápidos, tranquilos, se mueven con suavidad, tienen unos ojos que recuerdan a los hombres que no somos la única vida por la que vale la pena preocuparse. Existieron animales salvajes mucho antes de que hubiera ciudades... y si tenemos cuidado, habrá animales salvajes mucho después de que los humanos acaben con sus ciudades.

-¿Crees que los Anasazi se sentaban dentro de sus construcciones de piedra, y escuchaban el grito del puma? -preguntó Carla.

-No me sorprendería, en especial en los cañones altos. Estoy seguro de que los Anasazi escuchaban a los coyotes. ¿Los oíste anoche, aullándole a la luna?

-Sí, me acerqué a la ventana y escuché durante largo rato –dijo ella.

-También yo.

Carla lo miró a los ojos y se estremeció. En su mente lo vio de pie, desnudo, junto a la ventana de su habitación, rodeado por el misterioso lamento de los coyotes. En su imaginación, ella se

encontraba de pie junto a él, desnuda, compartiendo su calor. Sin darse cuenta, se estremeció.

La mano de Luke se tensó sobre el tenedor, hasta que sus nudillos quedaron blancos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo físico para no sentarla sobre sus piernas, besarla, acariciarle los senos...

Luke murmuró:

-Tan hermosa... y tan imposible de tener.

-¿Qué? -preguntó Carla y parpadeó, al salir de su ensueño. Él no respondió de inmediato.

-La noche -dijo Luke con voz ronca-. Es hermosa. Podría ser ayer, mañana, o hace mil años. Algunas cosas nunca cambian, como las montañas y la luna.

«Y el hombre y la mujer... tú y yo». Carla escuchó con tanta claridad esas palabras en su mente, que temió haberlas pronunciado en voz alta, pero la expresión de Luke no cambió. Él continuaba observándola con ojos de puma... con intensidad, reflejando cosas imposibles de expresar con palabras.

Después de un momento, Luke añadió:

-Y como los cañones bañados por el sol. Como los antiguos senderos que subían por las paredes rocosas, cañones de piedra más antiguos que la humanidad. Cosas que perduran, todas ellas. La tierra lo exige. Es por eso por lo que la mayoría de la gente vive en las ciudades. Es más fácil. No se requiere poder de permanencia. Sin embargo, nunca sabrán lo que es contemplar un cañón y sentirse unido al pasado, con la luz del sol de millones de días sobre tu cuerpo, y tu vida abriéndose hacia el futuro, como la misma tierra.

Aunque Luke no dijo nada, Carla adivinó que él estaba pensando en su madre, en sus tías y abuela, mujeres para quienes la tierra era simple polvo que se llevaba el viento del cañón. Carla deseó tocarlo, abrazarlo, decirle que la tierra vivía en su alma, tanto como en la de él.

-Luke...

-Esta cena está muy buena -comentó él, el mismo tiempo que ella habló-. Supongo que tiene algún elegante nombre francés.

-Boeuf á la campagne -admitió Carla.

-Aunque tenga un nombre muy complicado, sigue siendo carne de vaca con salsa. Vaca de campo.

Carla recordó que Luke tenía un título de la Universidad de Colorado. También tenía una biblioteca con libros de literatura e historia que le quitaban más tiempo libre que los programas de televisión. Sin embargo, su vocabulario vaquero había engañado a más de un comprador de reses, al pensar que Luke no era muy

inteligente.

-Tú y Ten sois un completo fraude -comentó Carla-. ¡Vaqueros!

-¿Qué quieres decir? -preguntó él riendo.

Luke se acomodó en la silla y comprendió que lo que más le gustaba eran las noches, en especial cuando trabajaba hasta tarde y tenía a Carla sólo para él. Disfrutaba de su mente ágil, de sus silencios, de su risa.

Después de un momento, Luke sacudió la cabeza y repitió:

-Boeuf á la campagne. ¡Vaya comida para servirle a un vaquero! -hizo una pausa y recordó lo sucedido por la mañana-. ¿No es esto lo que querías cocinar y no tenías todos los ingredientes?

-Hice una innovación creativa -respondió Carla.

-¿Sí? ¿Qué utilizaste? -preguntó Luke.

-Enebro.

-Para hablar con claridad -dijo Carla-. No puedo llamar a este plato boeuf á la campagne sino asado Rocking M.

Luke sonrió y después rió con ganas, al igual que Carla. Por un momento, sintió como si volviera a los tiempos en que él y Carla, junto con Cash, se sentaban a la mesa, después de la cena, para hablar, bromear y disfrutar de su mutua compañía. En aquel entonces, se había sentido parte de una familia.

Él lo había estropeado todo al atacar a Carla como un puma hambriento. El hecho de que ella se le hubiera ofrecido con ojos soñadores sólo empeoraba su acción. Tenía que haberle dicho que se sentía honrado, pero que le resultaba imposible. Debería haberla rechazado y dejarla con su orgullo intacto, pero no había sido así. La había buscado con pasión, y al pronunciar algunas palabras salvajes, la había asustado.

Carla había evitado su compañía durante los tres últimos años y sólo había vuelto a su lado ese verano, para terminar con sus sueños del pasado. Luke no la culpaba por querer sacarlo de su vida, pero sabía que pasaría el resto de la suya deseando haberla tratado de una forma diferente. Al menos podía haber continuado disfrutando del compañerismo que ella le ofrecía, compartir con ella pensamientos, experiencias. El sexo podía tenerlo con otras mujeres, pero la paz sólo la había conocido con Carla.

Luke murmuró sin darse cuenta:

-«Rayo de Sol» -comprendió que había hablado en voz alta al ver la expresión de Carla.

Luke se puso de pie y se preguntó en silencio: «¿A quién tratas de engañar, vaquero? De Carla quieres algo más que conversación y buena cocina, deseas todo lo que ella puede darle a un hombre, y lo

deseas mucho. Sí, y por eso me mantendré alejado de ella. He llegado hasta aquí sin tenerla, y puedo continuar así el resto de mi vida. No soportaría ver que la luz de sus ojos se apagara por lo que más amo en esta vida... esta tierra salvaje. Ella ama el rancho, lo ha dicho en más de una ocasión. Seguro... por unas cuantas semanas. Aunque lleva aquí más tiempo que unas cuantas semanas. En ninguna ocasión se ha quejado por no tener nada que hacer o nadie con quién hablar. Ni siquiera piensa ir a la ciudad en sus días libres; se irá de acampada con

Cash. Espera hasta el invierno, espera a que el tiempo no le permita salir del Rocking M».

El argumento de Luke terminó bruscamente. En sus pesadillas todavía escuchaba los gritos de su madre que se mezclaban con el viento. Nunca podría someter a esa clase de tormento a alguien a quién él amaba... Nunca.

Capítulo Once

No había nadie cerca, nadie en el mundo, sólo Luke, que se inclinaba hacia Caria, la envolvía con su calor. Sus brazos se cerraban a su alrededor, ella temblaba y lo abrazaba. Carla no sentía nada debajo de sus pies, nada por encima de la cabeza... giraba despacio, despacio, y Luke giraba con ella, la abrazaba, se movía contra ella, con una dulce fricción, mientras a su alrededor una hoguera ardía con el ritmo lento de la consumación, encendiendo el mundo. Lenguas de fuego por todas partes, todo ardía, giraba y ardía, ella ardía...

Carla abrió los ojos y cerró las manos sobre las sábanas, al despertar de su sueño. Tenía la respiración entrecortada, la piel le ardía, su cuerpo se estremecía en los lugares que Luke había acariciado semanas antes, por unos momentos, antes de apartarla y decirle que no volviera acercarse a él de esa manera.

Luke había dicho que temía no tener suficiente fuerza de voluntad para decirle que no, que la tomaría y la odiaría...

Al otro lado de la ventana, el amanecer se extendía sobre las colinas negras del MacKenzie Ridge y bañaba la tierra con los colores de vida. Carla apartó las sábanas y se levantó. Al buscar su ropa recordó que ese día empezaban sus vacaciones y se volvió a la cama. Le resultaba imposible dormir. Había dormido poco la noche anterior, y por los sonidos que había hecho Luke al pasear de su habitación a la sala y a la cocina, él tampoco había conseguido dormir. Carla intentó no pensar. Temblaba al recordar su sueño ardiente; permaneció acostada y escuchó los ruidos de la casa del rancho. El piso superior estaba en silencio, lo que significaba que Luke ya se había duchado y bajado. Un aroma a café se extendía por la casa; eso significaba que alguien, tal vez Luke, lo había preparado. Oyó cómo se cerraba la puerta de la cocina y el sonido de voces masculinas. No podía distinguir las palabras, pero comprendió que Ten había llegado y que estaba hablando de algo con Luke.

La puerta del comedor producía un sonido especial, y Carla lo oyó muchas veces durante la siguiente hora, mientras se movía de un lado a otro en la cama, sin encontrar una postura cómoda. Se dijo que el olor a jamón, huevos y cereal caliente hacía que sintiera demasiada hambre para poder dormir, aunque sabía que esa no era toda la verdad. Deseaba escuchar la voz de Luke. Se preguntó si él no estaría tan reservado como la noche anterior, cuando se puso de pie de pronto y se alejó de la mesa.

Carla no podía creer que su pequeña broma sobre vaqueros le

hubiera ofendido. Él había reído más que ella. Después, la había mirado con intensidad, y antes de que Carla pudiera parpadear, se había puesto de pie para salir de la habitación.

Carla se dijo en voz alta:

-¿No puedes ver lo bien que podríamos estar juntos? Puedo hablar contigo mejor que con cualquier otra persona, incluido Cash. Puedo reír y escuchar... y tú puedes hacer lo mismo conmigo. Ni siquiera tenemos que estar en la misma habitación para disfrutar del hecho de estar juntos. El solo hecho de sentarme a leer en la misma casa contigo, es mejor que salir con hombres que no me importan. No me apartes de ti, Luke. Permíteme que te demuestre que me parezco más a Mariah MacKenzie que a tu madre -Garla repitió las mismas palabras una y otra vez como una letanía-. Basta, Carla McQueen -se ordenó en voz alta-. Basta. No puedes hacer que alguien te quiera.

La ferocidad con la que pronunció esas palabras estaba de acuerdo con los pensamientos desgraciados que invadían su mente. Había ido al rancho para olvidarse de Luke, para poder continuar con su vida, para salir con jóvenes, enamorarse como las otras chicas.

Le parecía imposible apartar a Luke de su mente y de su corazón. Cada momento de risas compartido, cada sonrisa, cada conversación, cada silencio, cada día pasado cerca de Luke, hacían que se le adentrara más en el alma.

La noche anterior Carla había necesitado mucho autocontrol para no correr detrás de él. No sabía si podría controlar sus emociones por más tiempo, sin embargo, sabía que no soportaría que se repitiera lo sucedido tres años atrás, cuando ella le declaró su amor y él le dijo que no tenía la edad suficiente para amar a un hombre.

Carla se dio cuenta de que desde hacía varios minutos no escuchaba ningún ruido en la casa. Con seguridad, los hombres habían terminado de desayunar y habían ido a su trabajo. Carla se volvió hacia la mesa que estaba junto a la cama. Su reloj le indicó que Cash todavía tardaría varias horas en llegar al Rocking M. Y lo que era todavía peor, ella no tenía nada que hacer para lograr que el tiempo transcurriera con rapidez.

Desde hacía tres días, tenía todo listo para ir a September Canyon. Lo único que necesitaba era la llegada de su hermano. Emitió un sonido de impaciencia, apartó las sábanas y se levantó.

Durante unos minutos recorrió la habitación antes de detenerse delante del tocador. Pasó los dedos por la fina superficie de madera. Después de un momento, su mano se deslizó hacia la cajita de madera

labrada que viajaba con ella a todas partes. Esa cajita era un regalo

que Luke le hizo cuando ella cumplió dieciséis años. Aunque él no le comentó nada, sospechó que la había hecho él mismo para ella, así como había hecho la pequeña vitrina para las pepitas de oro de Cash.

Carla usaba esa caja para guardar su posesión más valiosa: no era una joya, sino un simple pedazo de cerámica, otro regalo de Luke. Cuando él le dio ese extraño regalo, Carla tenía catorce años, y poco antes se había quedado huérfana. Nunca olvidaría ese momento, la profundidad de la mirada de Luke y su voz suave que trataba de consolarla por la terrible pérdida.

Luke le había dicho en aquella ocasión:

-Encontré esto en September Canyon y pensé en ti. Puedes contemplar este pedazo de barro y saber que, hace mucho tiempo, una mujer le dio forma a una vasija, la decoró, la usó para alimentar a su

familia, tal vez pasó la vasija a sus hijos, y a los hijos de sus hijos. Un día

la vasija se rompió e hicieron otra, y otra familia fue alimentada, hasta que esa vasija también se rompió y se hizo otra, en un ciclo tan antiguo como la vida. Es duro, pero no es cruel. Es la vida, simplemente. Todo lo que se hace llega a deshacerse, para después recomenzar otra vez.

Carla colocó el pedazo de cerámica en la palma de su mano. El esmalte negro tenía líneas blancas. Luke la había abrazado mientras lloró, hasta que al fin aceptó que sus padres se habían ido y que no regresarían jamás.

Por un momento, los ecos de las lágrimas del pasado hicieron que Carla sintiera un nudo en la garganta. Con mucho cuidado, colocó el fragmento en su nido aterciopelado.

Al mirar hacia el pasado comprendió que fue entonces cuando comenzó todo. Los días de anhelos incoherentes se condensaron en un amor tierno, su primer amor, el progreso de una joven hacia su madurez. Empezó con el antiguo pedazo de cerámica, y culminó con un sentimiento que ya formaba parte del ser de Carla.

Al comprender la verdad, midió la profundidad del error que cometió al regresar al Rocking M. No había un enamoramiento infantil que exorcizar. Amaba a Luke con un amor de mujer, libre y eterno.

Con dedos temblorosos colocó la pequeña caja sobre el tocador. Oyó el timbre del teléfono de la planta baja y cogió su bata y se apresuró a salir del dormitorio. Descolgó el auricular.

-¿Dígame?

-Te he sorprendido durmiendo ¿no es así? -preguntó Cash.

-No, pues desde que llegué al Rocking M, me he convertido en un miembro de la Brigada Amanecer -respondió Carla. Cash rió. -Bueno, vuelve a la cama, pequeña. Vendré a recogerte por la tarde.

-Por qué? -preguntó Carla.

-El jeep está en huelga -explicó Cash.

-¿Qué le ha sucedido?

-¿Quién lo sabe?

-No pareces muy animado -indicó Carla.

-Lo siento, hermana. Haré todo lo posible por llegar a las cuatro.

-Será demasiado tarde para ir al September Canyon, se esperan lluvias para esta noche, y si no estamos al otro lado de Victure Wash antes de que llueva, tal vez pasen días antes de que podamos cruzarlo. -Lo siento, Carla. Quizá pueda pedir prestada una camioneta y...

-No -le interrumpió Carla. Se sintió culpable por criticar a Cash por algo que estaba fuera de su control-. Está bien. Lo que pasa es que ansiaba ver September Canyon, después de tantos años de haber oído hablar de él.

-¿Por qué no le pides a Luke que te lleve? -sugirió Cash-. Él necesita unos días de descanso.

El pensamiento de que tendría a Luke sólo para ella, en el silencio del cañón, hizo que el pulso de Carla se acelerase. De inmediato se calmó, puesto que sabía que Luke se negaría a acompañarla. En varias ocasiones le había pedido que la llevara al September Canyon, y él siempre le había dicho que no, que estaba demasiado lejos para ir a visitarlo por una o dos horas.

-Luke está muy ocupado -explicó Caria-. Si no hay otra solución, yo conduciré hasta allí. Luke me dijo que no es difícil encontrar el cañón. Puedes encontrarme allí cuando arregles tu jeep.

Se produjo un silencio, y Carla presintió que su hermano no estaría de acuerdo en que fuera sola hasta el September Canyon.

-¿Me prometes que no intentarás escalar sola? -preguntó al fin Cash.

-Por supuesto que no lo haré -aseguró Caria-. Y tampoco dormiré en un pantano seco durante una tempestad -añadió con ironía.

-¿Y si encuentras ruinas, no las recorrerás si no hay alguien contigo? -preguntó Cash.

-Cash...

-Prométemelo, Carla -insistió su hermano-. Por lo que he oído, los suelos de esas ruinas resultan muy peligrosos.

-Cash, tengo veintiún años -indicó Carla y suspiró- No haré ninguna tontería, pero tampoco me quedaré inmóvil. Durante siete años he

deseado visitar el September Canyon. He trabajado durante semanas para reunir un puñado de días libres. Iré de acampada, contigo o sin ti. Y si eso te molesta, lo siento. Simplemente, tendrás que confiar en mí.

-¿Y si no puedo arreglar el jeep, o si llegan las lluvias y te quedas atrapada en el cañón durante una semana? -preguntó Cash. -Recuerda que llevo suficiente comida para dos semanas, pues también me llevo la tuya -respondió Carla.

-¿Y si nieva? -preguntó Cash.

-¿En agosto? -Carla rió-. Vamos, hermano mayor, puedes hacer algo mejor que eso. En esta época del año, es más probable que sufra una insolación, y no que me congele.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Cash riendo-. Déjame verlo de esta manera, hermana. Mi cabeza sabe que tienes suficiente edad e inteligencia para cuidarte sola, pero mi corazón me dice que debo protegerte.

-Deja que tu corazón descanse-sugirió Carla-. Tu cabeza hizo un buen trabajo al enseñarme a acampar en lugares apartados.

-¿No tendrás miedo de estar sola? -preguntó Cash.

-¿Lo tendrías tú? -fue la respuesta inmediata de Carla. Cash suspiró. Hubo un silencio.

-De acuerdo. Te veré allí, tan pronto como pueda.

-Gracias, Cash.

-¿Por qué? -murmuró él-. Habrías ido de cualquier manera, me gustara o no.

-Sí, pero gracias por confiar en mí -señaló Carla.

-Ya eres mayor, Carla. Sólo necesito un poco de tiempo para acostumbrarme a la idea. Te mando un abrazo.

-Yo también -respondió Carla. Sonrió y colgó el teléfono.

Su sonrisa se borró al comprender el verdadero motivo por el que iría sola al September Canyon. Temía que si se quedaba en el rancho una noche más, pudiera decir algo que lamentaría el resto de su vida... algo como «Te amo, Luke».

Treinta minutos más tarde, Carla estaba vestida, había desayunado y se dedicaba a buscar un buen sitio para dejar una nota que explicase lo sucedido al jeep de Cash. Al fin, se decidió por pegar la nota con cinta adhesiva en el grifo del fregadero de la cocina, pues sabía que lo primero que haría Luke al terminar el día sería lavarse para cenar.

-¡Ya voy! -murmuró Luke al escuchar el timbre del teléfono que no dejaba de sonar.

Luke se dijo que había vuelto temprano a la casa del rancho, para

ver si Carla había preparado café antes de que ella y Cash se fueran, pero sabía que eso era mentira. Había ido para ver a Carla antes de que partiera... y había llegado demasiado tarde, si no, el teléfono no estaría sonando. Atravesó la habitación en dirección al teléfono, el cual había sonado catorce veces.

Al atravesar la cocina advirtió la ausencia de aromas sabrosos, y comprendió que sin Carla la cocina resultaba tan atractiva como correr en una mañana de invierno.

Luke murmuró para sí:

-Acostúmbrate, vaquero... y no sólo por los pocos días que ella estará fuera, pues unas semanas más, y terminará la apuesta -con enfado levantó el auricular-. ¿Qué pasa?

-¿Estás enfadado? -preguntó Cash con voz suave.

-¿Cash? ¿Qué estás haciendo? -preguntó Luke-. Se supone que tú y Carla estáis de camino al September Canyon en este momento.

-Díselo a mi jeep -sugirió Cash.

-¿Hasta dónde habéis llegado? --quiso saber Luke.

-A Boulder.

-Te dije que cambiaras ese maldito jeep por un perro ¿no es así? -preguntó Luke.

-Muchas veces -respondió Cash. Luke rió.

-Apuesto a que Carla está feliz. Le diste la excusa perfecta para que fuera a la ciudad.

-¿De verdad? -preguntó Cash.

-Seguro. Ella irá a verte -aseguró Luke. Se sintió desilusionado porque Carla fuera a la ciudad, después de todo.

-¿Tú crees que lo hará? -preguntó Cash.

-Por supuesto que sí. No lo ha admitido ante nadie, pero sé que se muere porque le arreglen el cabello o las uñas, por comprar maquillaje y todas esas cosas que hacen las mujeres en las grandes ciudades.

-Creo que la línea está fallando -indicó Cash-. ¿Ayudaría si golpeo el auricular contra la mesa?

-¿De qué estás hablando? -preguntó Luke.

-Es gracioso, yo iba a preguntarte lo mismo -respondió Cash-. Vamos a empezar de nuevo. ¿Recuerdas a Carla, mi hermana menor, la que ha estado cocinando para ti y para el puñado de vaqueros hambrientos, desde junio? -Luke emitió un sonido ronco, y antes de que pudiera pronunciar una palabra, Cash añadió-: ya sabía que la recordarías. Ahora, Carla, mi hermana menor ¿recuerdas...? Ha acumulado unos días libres para poder ir a acampar a September Canyon. ¿Estamos de acuerdo hasta ese punto?

-Cash... ¿qué diablos...?

-Bien -interrumpió Cash-. Todavía estás conmigo. Ahora, aquí es donde está el malentendido, vaquero. Yo estoy en Boulder, Carla no está conmigo. Ella no vendrá hasta aquí, sino que está camino de September Canyon.

-¿Sola?

-Sí.

-¿Cómo es posible que la hayas dejado hacer una tontería como esa? -preguntó Luke.

-¡Calma, Luke! -dijo Cash en voz alta-. Creo que otra vez no comprendes bien la situación. Carla, mi hermana menor... la recuerdas ¿no es así? -Luke maldijo-. Sí, ya sabía que así era. Bueno, ella tiene veintiún años. Aunque yo estuviera en el rancho... lo cual no es así, no hubiera podido detenerla. Tal vez sea mi hermana menor, pero ya no es una niña, tiene suficiente edad para hacer lo que desee -Luke empezó a hablar pero Cash todavía no había terminado-. ¿Has entendido eso, Luke? Carla sólo es una niña en nuestros recuerdos, y eso no es justo para ella ni para

comprendes lo sucedido? Se produjo un silencio, amigo.

-Eres un estúpido, Cash McQueen -dijo Luke

-No. Soy un jugador, lo que es algo muy diferente. Sin embargo, preferiría que Carla no pasara tanto tiempo sola en ese lugar.

-¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para arreglar tu maldito jeep? -preguntó Luke.

-Me enviarán un repuesto desde Los Ángeles. Tan pronto como llegue, lo arreglarán y seguiré mi camino -explicó Cash.

-Cash, maldición...

-Que tengas un buen viaje, Luke -y colgó.

Luke observó el auricular durante largo rato. Luego colgó con un golpe seco y fue en busca de su capataz.

Capítulo Doce

La pequeña camioneta de Carla saltaba y rodaba sobre uno de los tantos charcos que atravesaban el camino. Al llegar a un cruce, detuvo la camioneta y revisó el mapa, en el cual sólo aparecía señalado el camino del rancho y el que iba en dirección al sureste, cruzando las tierras del bosque público, donde el Rocking M tenía derecho sobre la tierra. La punta de tierra del bosque público terminaba en la orilla de una larga línea de peñascos que estaba erosionada por cañones pequeños y grandes, donde el agua corría durante todo el año.

Uno de esos tantos cañones era el September Canyon. Caria revisó la brújula para asegurarse de que se dirigía en la dirección correcta. En aquel lugar no existían señales de carretera. Bajó de la camioneta, se estiró y contempló el cielo. Habían pronosticado lluvias ligeras en el territorio de Four Corners, con probabilidad de lluvia fuerte al atardecer.

En ese momento, las nubes se movían por el cielo azul. Había nubes blancas y oscuras, que hablaban de la lluvia que llegaría. Hacia el norte, los altos picos estaban cubiertos por las nubes; estaba lloviendo en aquellos lugares rara vez pisados por el hombre.

Hacia el sur, las sombras de las nubes cubrían la tierra en la que se encontraban los cañones. Carla contempló el arco iris, y con alivio vio que no caería sobre ella un aguacero. Había conducido por caminos polvorientos durante el tiempo suficiente como para saber que no deseaba conducir sobre el barro, si podía evitarlo. Tampoco le entusiasmaba la idea de los charcos profundos. Por fortuna, sólo faltaban unos kilómetros para Picture Wash, y desde allí, unos tres kilómetros para llegar a la boca del September Canyon. Aunque tuviera que caminar, no tendría dificultad para llegar antes de que el sol se ocultara.

Sonrió al sentir la excitación que la dominaba al saber que al f n se encontraba cerca del cañón que la había hechizado durante siete años. Subió a la camioneta y condujo por el camino dejando atrás una modesta nube de polvo.

La nube de polvo que dejaba atrás Luke, al conducir en dirección al September Canyon, no podía llamarse modesta. Conducía a gran velocidad, pero no de una manera peligrosa. Conocía a la perfección el camino. Cerca de la casa del rancho, condujo entre cercas de alambre de púas que marcaban los pastizales. Ya más lejos de la casa, llegó a la dehesa abierta.

Luke se concentró en las condiciones del camino. El cielo amenazaba lluvia. Había evitado una tempestad al coger dos atajos, y

tomaría un tercero. Sin embargo, las nubes sugerían que sus maniobras evasivas no darían resultado por más tiempo.

Estudió el cielo con ira y pisó con fuerza el acelerador. Si continuaba lloviendo hacia el suroeste, el agua correría en Picture Wash antes de la puesta del sol, y Carla podría quedar atrapada al otro lado.

No había otros caminos en September Canyon, el único sendero era el que Luke había descubierto siete años antes, cuando recorría los cañones más distantes del Rocking M a caballo, en busca del ganado perdido. Con buen tiempo, el sendero era difícil, pero con mal tiempo, era un infierno.

Luke murmuró para sí:

-Tomaré la vereda, si es necesario. Carla no debe estar sola en ese lugar. ¿Por qué no? Está más segura sola que conmigo... y yo lo sé muy bien. Con seguridad, podré mantener las manos alejadas de ella, hasta que llegue Cash. Sí, por eso él dijo que era un jugador ¿no es así...? y por eso yo lo llamé estúpido.

En la boca de Luke se dibujó una ligera sonrisa cuando la camioneta empezó a descender hacia el lugar donde el ganado del Rocking M pastaba en invierno.

Por lo general, el agua de los arroyos corría clara y transparente, pero cuando Luke llegó a Picture Wash, el agua tenía un color pardo. Detuvo la camioneta, bajó e intentó adivinar la profundidad del agua que cubría el camino.

No tenía duda alguna de que Carla había cruzado por ese lugar, pues vio las huellas que habían dejado los neumáticos de su pequeña camioneta. El hecho de que no se hubiera quedado atascada, indicaba que había cruzado antes de que Picture Wash se llenara de agua

El arroyo había doblado su volumen normal, sin embargo, todavía podía cruzarlo en vehículo con doble tracción, conducido por un experto. De haber llegado a ese lugar una hora después, Luke habría tenido que pasar la noche al otro lado del charco.

Metió la camioneta sobre el agua embarrada y aceleró al salir al otro lado. La tormenta no había encharcado el camino lo suficiente como para que las marcas de los neumáticos no pudieran verse con claridad. El ver las huellas dejadas por la camioneta de Carla fue un aliciente para Luke. No se detuvo a mirar la roca que le había dado a esa charca su nombre. Las antiguas tribus y los vaqueros, no tan antiguos, habían grabado sus marcas sobre la piedra.

El camino giraba hacia la derecha, para seguir la base de los peñascos que se encontraban junto a Picture Wash. Unos kilómetros

adelante, el camino entraba en uno de los muchos cañones que desembocaban en una gran charca. Nada diferenciaba a aquellos cañones, excepto las marcas recientes de neumáticos... eso y el montoncito de piedras que señalaban a quien sabía leer las indicaciones del sendero que allí se debería girar hacia la izquierda.

Faltaba media hora para que el sol se ocultara cuando Luke aparcó su vehículo junto a la pequeña camioneta de Carla. Bajó y miró el cielo. Se puso un impermeable amarillo que le llegaba hasta las rodillas y se dirigió hacia el lugar donde un recodo del September Creek había cincelado el peñasco. El arroyo había cambiado su curso hacía ya mucho tiempo, y formado un nuevo lecho en el otro extremo del cañón, que tenía unos cien metros menos de altura. El antiguo lecho del arroyo en ese momento estaba seco y alto, protegido por una enorme roca sobresaliente, que esparcía la lluvia en largos velos plateados. Por debajo de la roca que sobresalía, el terreno estaba seco, excepto por un pequeño charco. El agua del charco era limpia y fresca, y para un excursionista sediento era una especie de milagro.

Como Carla era una excursionista experimentada, había sacado sus cosas y preparado todo, antes de irse a explorar. Dos sacos para dormir se encontraban extendidos sobre colchones individuales. La fogata estaba lista para ser encendida, la leña y el equipo de cocina se encontraban cerca. Alguien que llegara mojado, cansado y con frío, podría sentirse cómodo en pocos minutos.

Luke fue en busca de Carla. Sus huellas podían verse con claridad en el camino. Además, había dejado un pequeño montón de piedras para indicar la dirección que había tomado. Luke caminó de inmediato en esa dirección; sabía que ella marcaría cualquier cambio de dirección con otro montón de piedras.

Diez minutos más tarde, escaló un farallón de tierra que se asomaba al September Canyon. Desde el lugar donde Luke se encontraba en ese momento, no podía ver el campamento de Carla, pero sí podía ver los tres kilómetros que recorría el arroyo hasta unirse con Picture Wash. Aquel paisaje no había cambiado en años. Las nubes oscuras se movían despacio, iluminadas por el sol que se ocultaba. Sobre los peñascos rojos se veían pequeñas caídas de agua. No había viento, ni lluvias, no se oía ningún sonido.

Carla observaba todo lo anterior, de pie en la orilla. Una sonrisa iluminaba sus labios, y la serenidad se reflejaba en todo su cuerpo. Despacio, Luke se acercó a Carla y estudió cómo contemplaba aquella tierra. Sentía una ansiedad hacia ella que no podía explicar, saboreaba el hecho de que ella disfrutara de aquel paisaje. Carla había tenido todas las excusas del mundo para ir a Boulder, sin

embargo, se había dirigido hacia aquella tierra desierta.

Luke dijo para sí:

-Es sólo por unos días... recuérdalo. Ella ha venido aquí a pasar unos días de vacaciones, eso es muy diferente a vivir siempre aislado. Ninguna mujer desea eso, y ningún hombre tiene derecho a pedirle esa clase de sacrificio.

Luego Luke dijo en voz alta:

-Has tenido suerte de que fuera yo, y no un desconocido, quien siguiera tus huellas hasta aquí.

Carla se volvió y abrió mucho los ojos debido a la sorpresa.

-¡Luke! ¡Me has asustado al llegar de esta manera!

-¿Cómo podría llegar sin hacer ruido, con esto? -preguntó Luke y miró sus botas vaqueras.

-De cualquier manera, me has asustado -respondió Caria-. ¿Qué haces aquí?

-Me has quitado la palabra de la boca dijo Luke.

-Yo estoy de vacaciones, como estaba planeado -aseguró Carla.

-No como estaba planeado, pues lo último que he oído es que Cash está en Boulder.

-Sólo hasta que reparen el jeep -indicó Carla.

-¿Y mientras tanto, esperas que te deje estar aquí sola?

-¿Por qué no? -preguntó Caria-. Tú lo haces varias veces al año, y también lo ha hecho Cash.

-Eso es diferente -aseguró Luke.

-Seguro. Ninguno de los dos podéis cocinar algo que valga la pena. Es un milagro que no os hayáis muerto de hambre. Yo no tendré ese problema, pues sé cocinar.

-Carla, maldición... -Luke se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el cabello con gesto de impaciencia.

-¿Qué? -preguntó Carla con calma. Él se contuvo un poco.

-Escucha, colegiala, tal vez esto sea una broma para ti, pero no lo es para mí. ¿Qué harías si te hicieras daño mientras estás sola aquí?

-Lo mismo que harías Cash o tú -respondió Caria-. Me curaría lo mejor que pudiera y después me volvería. Y si no pudiera conducir, construiría el mejor albergue que pudiera, y esperaría hasta que alguien me echara de menos y siguiera mis huellas, para ayudarme.

-¿Y si no llegara a tiempo? -preguntó Luke.

-¿Y si me sorprendiera una tormenta de nieve y me muriera congelada? -preguntó Carla.

-¿En agosto?

-Eso es exactamente lo que le dije a Cash -manifestó Carla riendo-, cuando me habló de una tormenta de nieve, como excusa para que no

viniera sola.

Luke golpeó su sombrero contra el muslo con enfado, se acercó a Carla, y se detuvo a unos centímetros de ella.

-¿Y si un hombre te encuentra aquí sola?-preguntó Luke en voz baja.

-Ese es un problema que tiene menos posibilidad de presentarse aquí, que en la llamada «civilización» -señaló Carla. Notó la ira de Luke-. En las ciudades, las mujeres son asaltadas, golpeadas o violadas. El hecho de que otras personas estén cerca no es garantía para que una mujer esté segura de los hombres.

Luke notó la mirada cautelosa de Caria, y por un instante, lo único que pudo ver fue a la Carla de tres años atrás, una joven asustada y temblorosa, cuando las manos de él se detuvieron en sus caderas y la acercó hacia su cuerpo tenso.

-No te asustes, colegiala, no voy a atacarte -dijo Luke.

-Estaba segura de que no lo harías -respondió ella y levantó la cabeza con orgullo.

-Seguro que lo pensaste en alguna ocasión, porque te fuiste y no volviste en tres años -indicó Luke.

Carla se volvió y contempló de nuevo el paisaje, antes de responder.

-Eso fue porque me sentía humillada, no porque te temiera -explicó Carla-. Fui lo bastante ingenua para creer que tenía algo que ofrecerte. Tú me hiciste ver la tontería que estaba haciendo en términos muy claros. Me sentí mortificada, sin embargo, tenías todo el derecho a decir lo que dijiste, y yo lo sabía. Por eso me sentí tan avergonzada. Luke la miró durante un largo momento. Su boca dibujó una mueca de ira y dolor. Al hablar, no pudo disimular la emoción que le invadía.

-Me he arrepentido de lo sucedido aquella noche, como no he lamentado nada más en mi vida -manifestó Luke. Carla se volvió y lo miró sorprendida. Él miraba el cielo, no a ella-. Ya viene la lluvia -volvió a ponerse el sombrero-. Será mejor que volvamos al campamento.

Carla lo siguió hasta el campamento; sus pensamientos eran un tumulto. Hablaron poco mientras ella cocinaba y mucho menos, cuando él la ayudó a lavar los platos. Carla sirvió el café, mientras Luke añadía leña a la fogata.

Cuando Carla le entregó la taza de café, Luke le dio las gracias y en seguida se volvió para concentrarse en la vista del September Canyon.

Mientras cenaron, oscureció. Poco después empezó a llover. No se

veía cerca la luz de los relámpagos, ni se oyó ningún trueno, sólo las gotas de lluvia que caían en la noche. Poco a poco, empezaron a oír el murmullo del agua de las pequeñas cataratas, al caer sobre las rocas. Carla se sentó con las piernas cruzadas cerca de la fogata, y miró a través de las llamas a Luke. Él ya se había quitado el impermeable. Su camisa tenía el cuello abierto. La taza metálica que sostenía en las manos brillaba como la plata. Luke le recordaba a la tierra misma, poderosa, llena de inesperada belleza y de profundos silencios.

Luke no advirtió la intensidad de la mirada de Carla, pues estaba de espaldas a ella contemplando la lluvia. De vez en cuando daba un trago de café, aparte de eso, no se movía. Tampoco hablaba o miraba a Carla; no obstante, el silencio no resultaba incómodo, era como una extensión de los silencios compartidos que ambos habían disfrutado cuando Luke cenaba tarde.

Carla preguntó de pronto:

-¿Por qué? -le preguntó, como si sólo hubieran transcurrido unos segundos desde que Luke estuviera de pie a su lado y observaran cómo caía la noche en el promontorio, un kilómetro más arriba.

-¿Por qué te abracé hace tres años? -preguntó Luke sin volverse. Rió con suavidad-. ¡No eres tan ingenua, colegiala!

-Ya no soy una colegiala. ¿No te lo dijo Cash? Fui a la universidad para poder graduarme en tres años -Luke no dijo nada. Carla insistió, pues quería saber acerca de esa noche que había cambiado su vida, la noche que en apariencia también había asustado a Luke-. ¿Por qué lamentas tanto lo sucedido?

Durante un largo rato se escuchó la lluvia.

-Aquella fue la oferta más dulce que jamás he recibido -respondió al fin Luke-. Merecías algo mejor que lo que yo te di. Merecías un baile lento, besos bajo la luz de las velas. Merecías una negativa amable, o un amante amable... pero me tuviste a mí -Carla estaba demasiado sorprendida para poder hablar-. No había nada amable o civilizado en mí aquella noche. Te deseaba mucho... te había deseado durante años... y cuando comprendí que tú también me deseabas, perdí la cabeza -se volvió y lanzó el café que le quedaba al fuego-. Eras tan inocente. Fue mejor que otro hombre fuera tu primer amante... al menos, él no te hizo daño.

-¿Qué?

Luke volvió a reír. Llenó de nuevo su taza de café.

-Si tu amante te hubiera hecho daño, en primera plana saldría la noticia: «Cash McQueen venga a su hermana menor...» pero no hubo ningún titular.

-No me sorprende-señaló Carla-, pues tampoco hubo amante. Luke

levantó la cabeza, y por primera vez desde que llegaron al campamento, la miró a la cara con expresión de asombro.

-¿Estás diciendo que eres... que no has...

-No es necesario que me mires como si fuera un marciano -manifestó Carla con incomodidad-. ¿No se te ha ocurrido pensar que todos esos estudios que indican que unas dos terceras partes de las jóvenes tienen amantes antes de casarse, también significan que una tercera parte no los ha tenido? ¿Por qué te sorprendes tanto?

-Una tercera parte de vosotras se reserva para el matrimonio ¿no es eso? -preguntó Luke. Carla se encogió de hombros, pero él no lo notó.

-No sé cuál será el motivo por el que ellas esperan, pues sólo conozco el mío -informó Carla.

Se produjo un silencio. Luke dio un trago de café y preguntó despacio:

-¿Cuál es tu motivo?

-La llama no va de acuerdo con la vela.

-¿Qué? -preguntó Luke.

-Cuanto mayor soy, más comprendo que no me gusta que los hombres estén cerca de mí, no me gusta respirar su aliento, no me gusta no poder moverme sin tocarlos.

Luke se volvió para mirarla. La observó durante largo rato antes de hablar.

-Tuviste una manera graciosa de demostrar eso aquella noche en el comedor, cuando me diste el postre más dulce que ha recibido un hombre -comentó Luke.

El recuerdo de aquellos momentos increíbles que pasó en los brazos de Luke hicieron que se estremeciera. Intentó hablar, pero no confiaba en su voz. Se humedeció los labios, desvió la mirada de Luke e intentó hablar.

-Es diferente contigo -explicó al fin Carla. Dijo con voz ronca-: Siempre lo fue. No puedo... evitarlo. Así es... -le tembló la voz.

La sinceridad de aquellas palabras tenía un coste grande para Carla al igual que la confesión de Luke, de que había sido el deseo y no el desdén por ella lo que lo había movido a actuar de esa manera, tres años atrás.

De pronto, Luke se volvió y empezó a recorrer el perímetro del campamento, como un puma midiendo las dimensiones de su cautiverio. Sin poder apartar la mirada de los movimientos de Luke, Carla lo observó con una ansiedad que no podía ocultar.

Cuando Luke se volvió y la miró, lo hizo con una pasión tan profunda como la que ella sentía.

Capítulo Trece

Carla se puso de pie lentamente, sin apartar la mirada de Luke. Rodeó la fogata y apenas notó el calor de las llamas, pues era la mirada dorada de sus ojos lo que la consumía. Con todos los músculos tensos, Luke observó cómo se acercaba. Sabía que debería alejarse de ella, caminar por la lluvia... seguir caminando, hasta que el pulso de su sangre se calmara. No debería quedarse inmóvil mientras ella se acercaba... la joven que él se prometió que nunca tocaría.

Carla se detuvo a unos centímetros de Luke y lo miró a los ojos hasta que ya no pudo soportarlo más. Al tiempo que se inclinó hacia adelante, pronunció su nombre en un murmullo. Al no recibir respuesta, levantó una mano temblorosa hasta su mejilla.

La suave caricia de sus dedos hizo que Luke se estremeciera, como si hubiera sido golpeado por un relámpago. Carla sintió la corriente violenta de pasión que lo dominaba, la sintió como si fuera suya.

Sabía que si volvía a tocarlo, no había un retorno para ninguno de los dos, ni más deseos frustrados, sólo la realidad de la pasión de un hombre y el amor de una mujer.

La profundidad de la pasión de Luke, que una vez la había asustado tanto, en ese momento la hacía estremecerse. Nunca había sentido la dulce violencia de su propia sensualidad con otro hombre. Dudaba que llegara a sentirla... al menos de esa manera.

Sus dedos recorrieron con delicadeza las cejas oscuras de Luke, sus pómulos, su nariz recta, su mandíbula. Lo acarició como lo había hecho miles de veces en sus sueños. Al acariciarle los labios, él emitió un gemido y Carla se estremeció. Eso también había sido parte de su sueño, que él la deseara hasta poder sentir el mismo dolor que sentía ella al estar separados.

-Ámame -murmuró Carla contra la boca de Luke-. Enséñame a amarte.

-Nena -dijo Luke con voz ronca. No podía alejarse de ella-. No me hagas esto. Te he deseado durante mucho tiempo.

-Por favor, Luke. Oh, por favor, no te alejes. He soñado contigo muchos años.

Luke miró los ojos de Carla, sus labios temblorosos, y de pronto comprendió que ya no podría alejarse de ella. Junto con ese descubrimiento dulce y amargo, le invadió una extraña calma, una sensación de potencia y seguridad a la vez. Al no luchar contra sí mismo, redobló su fuerza. Eso era bueno, pues deseaba ese control extra, por Carla, no por él. Quería ser para Carla el amante más dulce que jamás hubiera tenido una mujer.

Con un pequeño movimiento de su muñeca, Luke lanzó su taza hacia la lluvia. Lentamente levantó las manos y con ellas acunó el rostro de Carla con una ternura que la dejó sin aliento. En ese instante, la joven admitió que esperaba una demostración apasionada de Luke, como la que la había asustado tres años antes.

-Yo también he soñado -le confesó Luke con voz profunda; su mirada reflejaba el calor del fuego-. He llenado muchas horas vacías soñando con volver a vivir aquella noche, con tenerte de nuevo frente a mí, ofreciéndote, mirándome y temblando de esperanza y deseo. Ahora que estás frente a mí otra vez, y tiemblas... ¿Es temor «rayo de sol»? Dime que no es temor

-No sé por qué me haces temblar -indicó Carla e intentó reír, pero produjo un sonido extraño-, sin embargo, sé que no es temor. La sonrisa de Luke hizo que el corazón de Carla diera un vuelco. Su mirada apasionada la dejaba sin aliento. Con suavidad, la hizo volverse, hasta que Carla quedó frente al fuego. Sin moverse, y casi sin respirar, la miró durante mucho tiempo contempló su cabello, el elegante arco de sus cejas, la danza silenciosa de las llamas que se reflejaban en sus ojos.

Carla no comprendió por qué él la había colocado de perfil al fuego, por qué no hacía movimiento alguno para tocarla. Pronunció su nombre en un murmullo:

-¿Luke?

-Quiero verte -respondió él-. Quiero que me veas.

El calor de sus manos la envolvió con suavidad. Sus labios trazaron una línea entre el cabello y el rostro, le acariciaron las cejas, los párpados, delinearon sus mejillas, murmuraron junto a su barbilla. Carla no hubiera podido moverse aunque lo deseara, no podía respirar, se sentía suspendida entre el fuego, la lluvia y la inesperada y exquisita ternura de la pasión de Luke. Cuando los labios de él al fin rozaron su boca, gimió. Luke levantó la cabeza y vio el brillo de las lágrimas en las pestañas de Carla.

-¿Mi beso significa tanto para ti? -Carla abrió los ojos y lo miró, sin poder hablar-. ¡Cielos! -murmuró él impresionado.

Luke se inclinó de nuevo hacia la boca de Carla murmuró el sobrenombre que le pusiera la primera vez que la vio sonreír, años atrás. El sonido de su voz se mezclaba con el murmullo del agua al caer sobre la piedra, en la oscuridad, más allá de la fogata. Le acarició la boca una y otra vez, la tocó con la punta de la lengua, hasta que Carla entreabrió los labios con ansiedad.

Luke murmuró con voz ronca, animándola:

-Sí. ¿También lo deseas? ¿Quieres besarme como lo hiciste en el

comedor? -Carla volvió la cara hacia los labios que la enloquecían, hacia aquellos labios que besaban y se apartaban, para en seguida volver a besar y apartarse, sin darle lo que necesitaba. Emitió un gemido de frustración-. Espero que intentes decir que sí «rayo de sol» -musitó Luke atrayéndola hacia su cuerpo-. Espero que te haya gustado sentirme y besarme, porque el recuerdo de aquel beso me ha mantenido despierto durante demasiadas noches.

-¿Tú también? -preguntó Carla y abrió los ojos por la sorpresa-. Permanecía en la cama, mientras recordaba cómo te besé -no comprendió lo que Luke sintió al oírlo, sólo notó que las manos fuertes que sostenían su rostro temblaron por un instante. Luke murmuró una palabra que pudo ser una plegaria, una maldición o las dos cosas a la vez.

-Enséñame la clase de beso que deseabas cuando permanecías despierta -pidió Luke contra los labios de Garla-. Enséñame tus sueños, permíteme que los haga realidad.

Carla lo abrazó poniéndose de puntillas. Las palmas de las manos de Luke se deslizaron desde el rostro de ella hasta los hombros, rodearon su cintura, la acercaron, pero no demasiado, para que no se asustara al notar la evidencia de su pasión. Con suavidad, los labios de Carla rozaron los de él su lengua se deslizó por su labio inferior. Luke se estremeció pero no hizo movimiento alguno para apoderarse de sus labios. Carla lo abrazó con más fuerza, temblando.

-Por favor -musitó Carla contra los labios de Luke-. Por favor, Luke. En mis sueños te deseé.

Luke entreabrió los labios y emitió un sonido que era una mezcla de placer y dolor. De pronto, ya no hubo barrera entre ellos para la clase de beso con la que Carla había soñado. La lengua de ella buscó la de Luke con ansiedad; él la abrazó con fuerza, y le arqueó el cuerpo contra el suyo. Al instante, él intentó apartarse un poco, al tiempo que maldecía su falta de control, pero se encontró con que no podía hacerlo.

Luke besaba a Carla como ella había soñado ser besada, temblando de ansiedad, pasión, con un fuego sensual y algo más, algo que no podía nombrar, pero que sabía la esperaba en los brazos de ese hombre.

Luke se inclinó, y arqueó más el cuerpo de Carla, hacia el suyo, satisfaciendo la urgencia instintiva de la joven. La abrazó con más fuerza, mientras la levantaba lentamente del suelo. Carla sólo podía apoyarse en él.

La joven sentía que giraba con languidez, que la envolvía una oscuridad cálida, al tiempo que la consumía un fuego dulce. Luke

giraba con ella, su sabor se extendía por todo su cuerpo, él la abrazaba... un sueño se estaba convirtiendo en realidad, envolviéndola con pasión.

Pasó mucho tiempo, antes de que Carla sintiera que él la bajaba despacio hacia el suelo. La abrazaba tan de cerca que podía sentir sus músculos, la hebilla de su cinturón. Cuando sus pies tocaron el suelo tropezó, debido a la debilidad que sentía en las rodillas. De inmediato, Luke la abrazó, sosteniéndola. Sintió sus muslos tensos y lo oyó gemir, cuando juntaron sus caderas y él se movió con un ritmo primitivo, que en una ocasión la había asustado, pero que en ese momento la encendía de pasión.

Luke volvió a gemir y apartó su boca de la de Carla, al tiempo que se obligaba a abrazarla con menor fuerza. Respiraba con dificultad, sentía la boca vacía, hambrienta. Cerró los ojos, atrapado entre la frustración y la sorpresa.

Carla preguntó con voz temblorosa:

-¿Luke? ¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo? Luke abrió los ojos.

-Está bien -indicó Luke-. Creía que sabía todo lo que importaba acerca de los hombres, las mujeres y el sexo... estaba equivocado.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Carla.

-No puedo explicarlo con palabras, sin embargo, sé que es verdad. Vuelve a ofrecerme tu boca «rayo de sol». Nunca me gustó tanto besar a alguien.

-Pero yo no... tengo experiencia -comentó Carla, perpleja y contenta al mismo tiempo. Sus pensamientos se evaporaron ante el calor de la mirada de Luke. Él pasó el pulgar por los labios de Carla y ella imitó la caricia con la punta de la lengua.

-Eres muy sincera -murmuró él con voz ronca-. Tus palabras, tus respuestas. No sabía que una mujer pudiera ser tan apasionadamente sincera. Eso hace las cosas más difíciles de lo que esperaba. Bésame, nena.

-¿Qué cosas? -preguntó Carla, temblorosa. Permitió que Luke soportara el peso de su cuerpo, mientras le daba el beso solicitado. Escuchó sus propias palabras y enterró el rostro en su cuello, al notar la excitación de Luke. Era consciente de que esa excitación la hacía sentir orgullo y curiosidad-... bueno, resulta obvio.

-De acuerdo, es obvio -dijo Luke y rió con suavidad, al comprender que el cambio en su cuerpo no la había asustado como sucedió tres años antes. Le levantó la cara y notó su expresión de orgullo femenino y curiosidad virginal-. Desearía poder detener el tiempo y mantenerte guardada para siempre, para tener mi rayo de sol privado -murmuró contra sus labios.

Cuando Carla empezó a responder, él la besó en los labios con tal pasión que los dos se estremecieron. La joven sintió cómo Luke introducía la lengua en su boca, sus brazos fuertes que la levantaban. La recostó sobre uno de los sacos de dormir, y se colocó a su lado, acercándola todavía más. Carla se estremeció.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Luke.

-Sí.

-Estás temblando -indicó él.

-También tú.

-Lo sé -respondió-. Apenas tuve fuerzas para levantarte -Carla abrió mucho los ojos y cerró las manos sobre sus hombros musculosos-. Sí, a mí también me sorprendió mi debilidad -manifestó Luke. Murmuró el nombre de ella y se inclinó sobre su boca una vez más-. Sufro, Carla... ¿quieres besarme para que me sienta mejor? Carla sonrió. Todavía sonreía, cuando él la besó y la hizo gemir. Las manos de Luke se deslizaron por el cuerpo de Carla, buscaron sus senos, los acariciaron en silencio. La blusa de algodón y el sostén no ocultaron su respuesta inmediata. Luke tomó un pezón endurecido entre los dedos, y lo acarició de manera rítmica. La oyó gemir y saboreó la caricia.

Cuando los senos de Carla ansiaban sentir más caricias de Luke, él deslizó la mano derecha por su cintura y vientre. Carla se arqueó contra su mano; ardía de pasión y se estremecía, necesitaba algo más.

No podía decirle lo que deseaba, porque él la besaba en los labios, y no deseaba que ese beso terminara.

La palma de la mano de Luke acarició sus caderas y muslos repetidas veces, oprimiéndose contra ella, moviéndose al ritmo de la lengua que acariciaba su boca. La mano se deslizó, de manera inevitable, hacia su vientre, hasta que no pudo subir más. Curvó los dedos, y la palma se movió despacio, con insistencia y ritmo. Luke gimió.

Sus manos y boca se hicieron más exigentes, haciendo que Carla emitiera un sonido entrecortado, que lo excitó todavía más. Deseaba escuchar esos gemidos, quería descubrir y saborear cada una de sus respuestas. Quería consumirla, y encontrar la consumación en una intimidad que nunca había buscado ni deseado con otra mujer que no fuera Carla.

Los gemidos entrecortados de la joven penetraron en la pasión de Luke. Apartó la boca de la de ella, y sus manos.

-Luke, por favor... yo... -murmuró Carla. Un momento antes de que Luke recuperara el control, se estremeció como un hombre atormentado.

-Lo siento -dijo él con voz ronca. Apartó el cabello del rostro de Carla-. Lo siento «rayo de sol». No era mi intención asustarte.

-Eso no es... -empezó a decir Carla-. No quería decir... -intentó controlarse, pero no lo logró. Emitió un sonido entrecortado y tomó una de las manos de Luke, le besó la palma y se la mordió con suavidad, en respuesta a los sentimientos conflictivos que la dominaban. Deseaba acariciarlo y herirlo al mismo tiempo.

-Oh, nena -dijo Luke y cerró los ojos. Su cuerpo se tensó en una respuesta violenta-. Me estás matando, y ni siquiera lo sabes.

-Lo siento -respondió Carla con voz temblorosa, sorprendida por sus propias acciones-. No sé por qué lo he hecho. Yo sólo... Luke no esperó a que ella terminara la frase.

-Te perdonaré, si vuelves a hacerlo.

-¿Qué?

-Ya me has oído -respondió Luke-, pero hazlo con más fuerza, nena.

El cuerpo de Luke se tensó cuando Carla hundió los dientes en la base del pulgar. Su violencia apenas contenida indicó a Luke que se sentía tan frustrada como él, y ni siquiera sabía por qué. El pensamiento podía darle a ella lo que necesitaba, hizo que su pulso se acelerara. Luke observó a Carla y levantó la mano. Notó que ella temblaba. La joven cerró los dedos sobre el cuello de su camisa y tiró con fuerza. La camisa se abrió y los botones cedieron, quedando al descubierto el vello de su pecho musculoso. Él colocó una mano en la cabeza de ella y la acercó contra su pecho desnudo.

Luke murmuró:

-Otra vez -vacilante, Carla le acarició el pecho con los labios. Sintió su respuesta sensual. Un suave sonido escapó de la boca de Carla, en el momento en que la dominó una gran urgencia. Cerró las manos sobre el pecho de Luke-. Con más fuerza -pidió él-. Adelante, muérdeme. Eso es lo que deseas. Estás temblorosa y tensa, y sabes que yo soy la causa. Quieres detenerte, pero también deseas seguir adelante para siempre. Estás frustrada, apasionada, confusa, y quieres desquitarte conmigo. Hazlo, nena, hazlo.

Con un pequeño grito, Carla obedeció e hizo lo que deseaba y necesitaba. Hundió los dientes en los músculos de su pecho emitiendo sonidos de placer. Hundió los dedos en su vello.

Luke rió, la estimuló a que continuara mientras la desvestía. No sabía durante cuánto tiempo más podría soportar aquel dulce tormento, pero sabía que no tardaría en averiguarlo. Con un gemido ronco, al fin levantó la boca de Carla hacia la suya, y la devoró con un beso apasionado que la hubiera atemorizado minutos antes. Sin embargo, en ese momento, Carla necesitaba sentir esa pasión. Lo

abrazó por el cuello y enterró los dedos en su pelo y le devolvió el beso con la misma pasión.

El mundo volvió a girar cuando las manos de Luke se movieron sobre Carla, apartando la ropa hasta dejarla desnuda y temblorosa en sus brazos. La abrazó, la sintió temblar, escuchó su respiración entrecortada, y recordó todos los años que había pasado soñando con el momento en que ella volviera a ofrecerse, y su juramento de que sería amable con ella. Maldijo su necesidad y luchó por recuperar el autocontrol.

Carla pronunció su nombre con voz temblorosa, y Luke dijo:

-Está bien. No te haré daño «rayo de sol». Eres tan apasionada que me olvidé de que no estás acostumbrada a esto.

-¿Y tú puedes acostumbrarte a esto? -preguntó Carla.

-¿A estar desnudo? -preguntó Luke, y ella negó con la cabeza. Notó que su cuerpo se estremecía y esperó, pero Carla no dijo nada más-. ¿A qué?

Carla emitió un sonido extraño y hundió las uñas en el pecho de Luke, en un gesto inconsciente de frustración.

-A desear -explicó ella-, y no tener... desear, desear y desear. Antes de que Carla terminara de hablar, Luke se volvió y empezó a quitarse la ropa. Cuando se volvió hacia ella y se acostó de lado, Carla estaba sentada y lo observaba. Luke se quedó inmóvil y lamentó su prisa, y el hecho de que ella nunca había visto a un hombre excitado y desnudo... Y él nunca se había sentido más excitado. Notó el cambio en la expresión de Carla, su pasión controlada, como si la realidad de la pasión de él la impresionara mucho.

-¿Todavía me deseas? -preguntó Luke. La única respuesta de Carla fue deslizar las uñas por el pecho de Luke, por su vientre, hasta llegar a la evidencia de su deseo. Dudó un momento y lo miró a los ojos-. No sé qué es más excitante -musitó Luke con voz ronca-, ver tu dulce curiosidad, o sentirla.

-¿No te... importa? -preguntó ella.

Luke negó con la cabeza y contuvo la respiración, cuando los dedos de Carla le acariciaron la piel. Nunca había conocido una exploración tan tierna y sensible, y nunca había imaginado que pudiera excitarse tanto sin perder el control. Ni en el éxtasis sexual había encontrado tanto placer como el que estaba descubriendo en ese momento.

-¿Te importa? -preguntó Luke y le acarició la pantorrilla, la rodilla y el muslo.

-¿Qué? -preguntó ella.

-Si te toco de la manera en que tú me estás tocando -respondió Luke. Antes de que Carla pudiera responder, la acarició con

intimidad. Carla emitió un sonido y por reflejo cerró las piernas sobre su mano-. ¿Eso es sí o no? -la acarició.

Carla dejó escapar el aliento contenido cuando el placer la invadió y una inesperada cascada de sensaciones la provocaron un estremecimiento. Luke sintió cómo se derretía y deseó hacerle sentir todo el poder de su pasión. Carla cerró los ojos, arqueó la espalda y se movió contra la caricia de Luke. Volvió a estremecerse.

Luke murmuró, al tiempo que la acariciaba con pequeños movimientos:

-¿«Rayo de sol»? Mírame -ella abrió los ojos, dominada por la pasión. La mano de Luke volvió a moverse, deseaba más de ella pero quería aclarar las cosas. Quería que Carla se entregara mientras lo miraba, sabiendo a cada paso lo que sucedía-. No te ocultes, nena -habló con suavidad. Ella lo miró por un momento, mientras él continuaba acariciándola. Gimió, movió las piernas y le permitió mayor intimidad, pues la deseaba tanto como él-. Así es, relájate -Carla se apoyó hacia atrás, mientras los dedos de Luke la acariciaban y pedían en silencio lo que no le había dado a ningún otro hombre.

-¿Luke?

-Está bien -murmuró Luke con voz profunda-, sólo un poco más -ella obedeció-. Eres como la miel.

Se estremecieron, dominados por el placer. Luke medía su habilidad para recibir aquel regalo de su cuerpo. Despacio, se arrodilló y la acarició con el pulgar, Carla se dejó caer sobre el saco de dormir y emitió un grito ronco. Luke se quedó muy quieto, pues temía haberla herido, a pesar de todo su cuidado.

-No te detengas -suplicó Carla con voz entrecortada y lo miró, moviéndose contra su mano-. Si te detienes me moriré.

-¿Estás segura «rayo de sol»?

El cuerpo de Carla respondió por ella, y bañó a Luke con una dulce pasión, borrando cualquier pregunta. Despacio, se recostó sobre ella, y la caricia de sus dedos fue reemplazada por su cuerpo, que ella había explorado poco antes. Aquella caricia satinada la hizo sentir ondas de placer, anillos de sensación que explotaban con dulzura. Con suavidad, Luke aumentó su pasión, calmándola de manera gradual.

La lenta consumación hizo que escapara un gemido de los labios de Carla. Nunca había sentido algo tan exquisito, el fuego del cuerpo de su amante que se mezclaba con el suyo. Sintió un ligero dolor que desapareció bajo la tormenta que la consumía. Sintió la boca de Luke en el cuello, en la garganta, en los párpados, escuchó sus palabras apasionadas. Era parte de él. Intentó decirle que no podía soportarlo

más, que aquel placer era demasiado grande, que se sentía morir, pero la única palabra que pudo pronunciar fue su nombre. Sintió que una oscuridad la envolvía, seguida por un estremecimiento de su cuerpo que le llegó hasta el alma, llevándola al éxtasis.

Luke escuchó que Carla pronunciaba su nombre una y otra vez, era una letanía apasionada que resonaba en su mente. El cuerpo de Carla exigía todo lo que él había controlado, todo lo que él era, todo lo que tenía. Con un grito ronco, Luke pronunció el nombre de Carla cuando la pasión explotó con violencia y ternura a la vez, algo que él nunca había conocido antes. Se hundió en un éxtasis convulsivo, sin fin, al entregarse a la mujer que había jurado que nunca volvería a tocar.

Capítulo Catorce

Carla se movió y extendió la mano para buscar el cuerpo musculoso y cálido al que se había acostumbrado durante la noche. Al no encontrar nada, abrió los ojos. Un instante después lo vio. Sólo llevaba los pantalones, estaba de pie al borde del saliente rocoso, saboreando una taza de café, mientras observaba la tierra que había limpiado la lluvia. Como si presintiera que ella se había despertado, se volvió. El sol que tenía detrás impedía que ella pudiera ver la expresión de su rostro.

Sin pronunciar palabra, Luke se acercó para sentarse sobre los talones, en el saco de dormir de Carla. La luz iluminaba la mitad de su cara. Durante un largo momento observó a Carla con mirada enigmática.

-¿Te encuentras bien? -preguntó al fin. Ella asintió y sacó una mano del saco de dormir, para acariciar la mejilla recién afeitada de Luke. Él cerró los ojos-. ¿Estás segura?

-¿Qué sucede, Luke?

-Cuando me levanté esta mañana... -su voz se cortó-. Anoche sangraste.

-No me dolió entonces, ni ahora -aseguró Carla. Luke dijo algo entre dientes. Se levantó de pronto.

-Eras virgen.

-Lo sabías antes... antes de que nosotros... -Carla tartamudeó-, Luke, te lo dije. ¡Lo sabías!

-Sí, lo sabía, pero en realidad no lo supe hasta que vi tu sangre en mi cuerpo esta mañana. Entonces, todo fue real, demasiado real -se pasó los dedos por el pelo-. ¡Qué lío! -Carla se sintió como si la hubieran golpeado, pero no dijo nada, debido a la sorpresa. Sin mirarla, Luke volvió al saliente rocoso y contempló la tierra desierta-. Bueno, colegiala, conseguiste lo que querías -dijo después de un momento-, Espero que haya valido el precio.

-Yo no... no comprendo -murmuró Carla.

-No, supongo que no. De eso se trata ser joven... de hacer y no comprender, pero yo sí comprendo. Debí alejarme de ti. Lo sabía, tanto como sé que el fuego es caliente y la lluvia moja -su cuerpo se tensó al recordar la noche apasionada que nunca olvidaría-,sin embargo, no tuve la suficiente fuerza para alejarme de ti.

Caria sintió frío al recordar lo que Luke le había dicho semanas antes: «Mantente alejada de mí «rayo de sol». Me temo que no tendré la fuerza de voluntad necesaria para decirte que no. Entonces te tomaré, y te odiaré...»

Después de un momento, Luke le dijo:

-Levántate, Carla. He calentado agua para ti. Después de que te laves, iremos al pueblo y cometeremos un error mayor que el que cometimos anoche, pero que tampoco puede evitarse -nada en su voz le indicaba a Carla lo que él estaba pensando.

-¿Qué haremos en el pueblo? -preguntó Carla.

-¿No puedes adivinarlo, colegiala? Éste es tu día de suerte... vas a casarte.

Se produjo un largo silencio.

-¿Por qué? -preguntó al fin Carla. Luke hizo un gesto impaciente.

-Anoche, ése es el motivo, y lo sabes muy bien. Llegaste virgen a September Canyon. Ningún hombre que se jacte de serlo, te quita eso sin decir nada a cambio.

Carla se sintió invadida por la ira. Soñaba con Luke, pero no en esas circunstancias... por deber y honor, no por amor. Pensó que él no la había amado años antes, no la había amado la noche anterior, y no la amaba en ese momento. Nada había cambiado. Pero comprendió de pronto que algo sí había cambiado. Ya no era una chiquilla para huir de la ira de Luke, para casarse con un hombre que no la amaba, esperando que todo saliera bien.

-El resto de tu vida parece un precio excesivo por una apuesta rápida -comentó Carla.

Luke la miró; se quedó sorprendido al notar su falta de expresión ya que estaba acostumbrado a que el rostro de Carla reflejara su estado de ánimo.

-Conocía el riesgo cuando tomé cartas en el juego -respondió Luke con tono cortante. Desvió la mirada de su cuerpo desnudo al salir del saco de dormir-. Apresúrate y vístete. Si no salimos de aquí con rapidez, tal vez no podamos hacerlo en varios días. Ya está lloviendo en las tierras altas, y no pasará mucho tiempo antes de que la lluvia llegue hasta aquí.

-No te retrases por mí -manifestó Carla.

-Tu pequeña camioneta no recorrerá ni cien metros, tal como está el camino ahora. Tendrás que venir conmigo. Después vendremos a buscar tu camioneta.

-No -dijo Carla.

-¿Qué?

-No -repitió ella con voz fría-. No. Es una palabra que significa negación... una negativa, lo opuesto a «sí». No iré contigo en tu camioneta, no iré al pueblo contigo, no me casaré contigo. Vine a September Canyon de vacaciones, y tendré esas vacaciones. Si no te gusta, eres libre para irte.

Luke volvió la cabeza, pues nunca había escuchado ese tono tan

decidido en Carla, que le indicaba claramente que no tenía derecho a darle órdenes. Sin embargo, pensó, ella era demasiado ingenua y estaba equivocada.

-Escucha, colegiala...

-Ya he escuchado -le interrumpió-, que es algo que tú no haces. Primero, ya no soy una colegiala, y segundo, ya me has dejado muy claro que no quieres casarte conmigo. Por lo tanto, no habrá matrimonio.

-Podrías estar encinta. ¿Has pensado en eso, colegiala... o tomas acaso la píldora?

-No es tu problema, vaquero -respondió Carla, con una calma que en realidad no sentía.

-¿De qué estás hablando? ¡Por supuesto que es mi problema! ¿No sabías que se necesitan dos para hacer un niño?

-Y sólo uno para llevarlo -indicó Caria-. ¿Adivinas quién de los dos es esa persona? No es tu problema, vaquero.

Luke la miró; ella no cedió lo más mínimo, y le devolvió la mirada.

Luke comprendió que la pasión que había descubierto en ella no se limitaba a hacer el amor. La joven que huyera de su pasión tres años antes, se había convertido en una mujer de mirada fría y que sentía ira. La combinación resultaba... excitante. Con enfado, sintió cómo su cuerpo respondía ante ella, y su falta de control lo enfureció.

-¿Qué piensas decirle a Cash, cuando empieces a perder la línea? -preguntó Luke con voz fría.

-Si eso sucede... lo cual no es seguro, le diré a Cash que será tío en el mes de mayo del año que viene.

-Después de decírselo, Cash hará todo lo posible por matarme -señaló Luke-. ¿Es eso lo que deseas? ¿Venganza?

-No te preocupes, dejaré muy claro que no acepté tu oferta de matrimonio.

-Eso no será suficiente -aseguró Luke-. Él querrá conocer el motivo. Por lo tanto, trata de razonar conmigo. ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

-A diferencia tuya, Cash es lo suficientemente inteligente como para imaginar que no quiero pasar el resto de mi vida como carcelera tuya.

-Es gracioso que lo expreses de esa manera. Yo también estoy seguro de que no quiero ser tu carcelero... pero así verías al Rocking M... como una cárcel.

-Estás equivocado -aseguró Carla-. Me gusta el rancho. -Por unas

semanas, en el verano. ¿Qué sucederá en el invierno, Carla? ¿Qué sucederá el día que yo regrese a casa, después de romper el hielo en los abrevaderos, y encuentre a mis hijos sollozando aterrados, porque su madre grita en armonía con el viento? ¿Qué sucederá entonces?

Al ver el dolor de Luke, la ira de Carla se apagó, y quedó solamente su amor. Deseaba consolarlo, darle esperanza para el futuro, pero no podía cambiar el pasado, y no sabía qué hacer para que creyera en un futuro juntos, en ella.

-Lo siento, Luke, lo siento -manifestó Carla. Hizo un esfuerzo por controlar las lágrimas-Por favor, créeme, daría cualquier cosa por poder cambiar tu pasado... excepto lo de anoche, pues eso no lo cambiaría, Luke. Tengo toda una vida por delante, quiero vivirla sabiendo que una vez, una sola vez, toqué el sol.

Se oyó el ruido del trueno en September Canyon. Llegó hasta ellos el olor a lluvia. Al oír el trueno, Luke comprendió que era demasiado tarde para ir al pueblo; pero ya antes era demasiado tarde, en el mismo

instante en que la oyó describir la noche que habían vivido. Había dicho que tocó el sol.

El saber que ser su amante había significado tanto para Carla, lo desarmó. Él había tomado algo que Carla sólo podía darle una vez, y ella no le haría recriminaciones. Él tenía experiencia y ella no, él sabía a dónde los conducirían los besos, y ella no. Tenía que haberse controlado y no lo hizo.

Con suavidad, Luke levantó a Carla en sus brazos. Deseaba decirle que el saber que le había gustado le hacía sentirse orgulloso, fuerte y humilde a la vez, pero no tenía palabras. No tenía nada que darle a cambio, nada para reparar el instante en que la más elemental necesidad había transformado a Carla, tomando su virginidad y dándole el éxtasis a cambio.

-Me alegro de haberte dado placer -expresó Luke con voz ronca-. Atesoraría cada instante si pudiera, pero no eso. Es muy extraño «rayo de sol», muy extraño.

Al sentir la piel desnuda y tibia de Carla contra su cuerpo, cuando ella lo abrazó, hizo que Luke sintiera una intensa necesidad. La abrazó, se balanceó despacio, le acarició el cabello con la palma de la mano, sabía con una mezcla de dulzura y amargura, que ella lo había acariciado como ninguna otra mujer lo había hecho, lo había llevado a tocar el sol, y compartido su pasión con él... y él no podía volver a tenerla.

No debería volver a poseerla, por el bien de ella y por el suyo

propio. Él no era el hombre indicado para ella. Carla no era la mujer indicada para él, pues era una chica de ciudad. Viviendo en un rancho

donde el tiempo estaba paralizado ella quedaría prisionera, y eso los separaría. Carla era demasiado generosa y hermosa para ser destruida de esa manera, se merecía más de lo que él le había dado, se merecía ser adorada, protegida. Tocó los labios de Carla en un beso rápido, antes de soltarla y acercarla a la fogata. Sin pronunciar una palabra, puso parte del agua caliente en una vasija, mojó un trapo y se lo entregó. Dijo en ese momento:

-Si tienes timidez al lavarte delante de mí, daré un paseo –la mano de Carla temblaba tanto que la tela enjabonada resbaló de sus dedos-. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

-Lo siento -dijo Carla e intentó controlar su voz. Bajó la cabeza y ocultó los ojos, mientras intentaba tomar la tela de manos de Luke no la soltó, sino que colocó la otra mano debajo de la barbilla de Carla para que lo mirara a los ojos.

-¿Qué sucede «rayo de sol»?

-¿No lo sabes? -preguntó Carla y miró el pecho de Luke distinguió los rasguños en su piel y recordó la noche anterior. Él había sido un amante perfecto y ella estaba tan ansiosa, tenía tan poca experiencia... No le sorprendía que Luke no intentara abrazarla al verla desnuda. Ella le había mordido y le había dejado marcas. Contuvo la respiración y cerró los ojos, sin poder mirar a Luke a la cara, al tener en la mente el recuerdo de su pasión-. Supongo que no lo sabes. ¿Por qué ibas a saberlo? Tú no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti.

-Mírame -pidió Luke con voz profunda-. Dime qué sucede. Carla abrió los ojos antes de hablar.

-En caso de que no lo hayas notado, estoy desnuda, y tú estás muy cerca. Tú me haces temblar, a pesar de estar vestido. Anoche estuvo bastante mal, pero ahora es peor. Te deseo... todavía te deseo, y tú no... no deseas...

-Sabes cómo tentar a un hombre ¿no es así? Me prometí que no volvería a tocarte de esa manera, y aquí estas, desnuda y temblorosa... y me dices que todavía me deseas. ¿Cómo se supone que debo decir que no?

-No te pedí que dijeras que no -respondió Carla e intentó reír. Tomó el trapo-. No importa, Luke, no te culpo. En tu lugar, supongo que tampoco me moriría por vivir unos momentos con una joven inexperta.

-Eso no es lo que quise decir, y tú lo sabes -manifestó Luke con los

dientes apretados-. ¡Ayúdame, Carla! ¡Intento no estropear tu vida!

-Por supuesto -dijo ella con amargura. La tristeza que reflejaba su rostro y el tono de su voz afectó a Luke tanto como la pasión que la hacía temblar a ella.

-Nena, por favor... no me hagas esto -pidió Luke con voz ronca. Carla intentó controlar las lágrimas, y de manera automática, lo buscó. Cuando sus dedos tocaron el pecho de Luke, él se estremeció en respuesta.

-Luke, yo...

-Demasiado tarde -la interrumpió Luke-. Siempre parece ser demasiado tarde contigo. Lo único que tienes que hacer es tocarme, y me enciende. Debería decirte que no, lo sé, pero no puedo. Dame tu boca, nena, ha pasado mucho tiempo desde que te besé por última vez. La mano libre de Luke acarició el cabello de Carla y le inclinó la cabeza hacia atrás, al tiempo que la besaba en la boca. Le acarició los labios con la lengua, hasta hacerla suspirar. Fue un beso profundo, cargado de una sensualidad que Luke había tratado de controlar durante años, pero ya no. El pasado era tan frío como sería el futuro, pero el presente estaba allí y era ardiente.

Cuando Luke terminó el beso y se separó, ella gimió; pedía más. El dulce sonido lo hizo sonreír pero no aceptó la invitación de aquellos labios. Tal vez resultara imposible mantener las manos apartadas de ella, pero al menos podría controlar la manera en que la tocaba. Unos cuantos besos más como aquél y perdería la cabeza como había sucedido la noche anterior.

Luke le deslizó el trapo jabonado por los hombros, cuello y brazos. En seguida dijo:

-No te dije lo que significó para mí la noche anterior. No sé si podré decírtelo. Estoy seguro de que no debería intentarlo -sonrió. Carla deseó sonreír y llorar al mismo tiempo. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta al sentir el trapo tibio que se movía sobre sus senos que se tensaban. Después de un momento, Luke dejó el trapo y se enjabonó las manos-. Anoche apenas te toqué -sonrió al ver la mirada de incredulidad de Carla-. Es verdad, nena, debí hacer que durara para siempre. Quería hacerlo, pero hiciste que perdiera la cabeza. Ahora también me estás haciendo perder el control; mira... -levantó las manos enjabonadas, para que ella notara su temblor.

-No era mi intención -confesó Carla-. Ni siquiera sé cómo hacerlo. Es sólo que cuando me tocas... -sus palabras se convirtieron en un gemido, cuando las manos de Luke empezaron a acariciarle los senos.

-Me encanta escuchar que tu respiración se agita cuando te toco -murmuró Luke-. Adoro sentir que tus senos se elevan para encontrar mis manos... adoro sentir que tus pezones se endurecen... adoro saber que tu corazón late con mayor rapidez, que tu pulso... -Carla intentó hablar, pero sólo emitió un sonido ronco de placer-... se acelera. Me encanta saber que no puedes controlar tu cuerpo cuando te toco, así como yo no puedo controlar el mío -sintió cómo ella se estremecía bajo sus caricias. Hundió las manos en el agua tibia y se las enjabonó de nuevo-. ¿Qué sientes cuando te hago esto? -le acarició los pezones.

-Como... -intentó responder Carla. Giró un poco para aumentar la presión de la caricia de Luke.

-Dímelo -pidió él.

-Fuego -murmuró Garla-. Una especie de fuego que baja hasta mis rodillas.

Luke deslizó las manos por el cuerpo de Carla, despacio, acariciándola y bañándola con intimidad. Deslizó los dedos por sus piernas, borrando toda evidencia de que ella se había entregado por primera vez a un hombre, unas horas antes.

Durante un largo tiempo, sólo se escucharon los gemidos entrecortados de Carla mientras las manos de Luke se deslizaban por su cuerpo, así como el sonido de la lluvia.

Cuando Luke comprendió que su autocontrol no iba a soportarlo más, se volvió y con dedos temblorosos enjuagó el trapo con agua limpia, para quitarle el jabón del cuerpo a Carla. La tocó de la forma más impersonal que pudo, hasta quitar todo el jabón.

Sin comprender, Carla preguntó:

-¿Luke? -notaba la tensión en su rostro, el temblor de sus manos, lo cual indicaba su excitación; sin embargo, permanecía sin acariciarla.

-Espera «rayo de sol», casi termino -respondió Luke con voz ronca.

-¿Eso significa que tengo que bañarte yo también? -preguntó Carla.

El pensar que las manos de Carla pudieran tocarlo con tanta intimidad como él la había tocado, lo hizo gemir y maldecir entre dientes. Al terminar de enjuagarla, la acarició con intimidad y disfrutó de su respuesta.

-Bañarme podría ser una mala idea -informó Luke.

-¿Por qué? ¿No te gustaría?

-Me gustaría demasiado -aseguró Luke-, perdería el control -ella abrió mucho los ojos al escucharlo-. Siempre ha sucedido así contigo. Sabía que si alguna vez te tocaba, tendría que controlarme para dejarte marchar. La primera vez que te toqué, huiste. Si no hubieras huido, te hubiera recostado junto a la fogata para poseerte. La

segunda vez que te toqué, no huiste, y tuve que luchar mucho conmigo mismo. Desde esa noche, he soñado con tenerte otra vez en mis brazos, sólo que en esa ocasión tendría que poseerte... -se produjo un silencio. Él luchaba por controlarse-. Por eso, no te toqué después de aquella noche en el comedor... hasta anoche.

-Yo quería que me tocaras -murmuró Garla-. Lo deseaba tanto que me despertaba a mitad de la noche, y sufría por ti, Luke. Esas palabras hicieron que Luke sintiera una gran necesidad. Apoyó la frente contra la de Carla e intentó controlarse. Después de un momento, la joven dijo con voz ronca:

-Ahora te deseo mucho. Haz que esa sensación desaparezca, Luke.

-Nena... no...

-Por favor-musitó Carla y tembló-. Por favor, Luke. Ámame. Luke hundió los dedos en las caderas de Carla y se estremeció con violencia. Empezó a acariciarle la parte posterior de las piernas, las caderas, la cintura. Besó el valle entre sus senos, movió la cara despacio de un lado a otro, y la acarició con el cabello, las mejillas y los labios. Sus caricias sensuales la llenaban de pasión.

Luke volvió la cara una vez más, y Carla sintió la caricia de su boca en el pezón. Gimió de placer y sorpresa.

-Quería hacer esto anoche -murmuró Luke, entre cada palabra que pronunciaba la besaba-, pero te deseaba demasiado -continuó acariciándola con intimidad. Carla se estremecía al sentir las caricias de su lengua. Hundió los dedos en el cabello de Luke y lo acercó, quería entregarse a él, temía que él dejara de acariciarla y se alejara.

Las manos de Luke se deslizaron por sus piernas y volvieron a subir, sus dedos le acariciaron los muslos, caderas y espalda con sensualidad. Su boca transformaba los senos en hogueras ardientes. Después de mucho tiempo, Luke levantó la cabeza y admiró sus senos.

-Eres tan hermosa... -murmuró.

-No te detengas -pidió Carla.

-Si apenas he comenzado -informó Luke. Dejó que su aliento le acariciara los senos. La punta de la lengua tocó el pezón y lo rodeó con una caricia tierna que la hizo temblar. Su lengua volvió a saborearla, antes de que los dientes se cerraran con exquisito cuidado. Carla gimió de placer-. Deseé hacer esto desde que te vi correr en medio de un aguacero, con la blusa pegada a tu cuerpo y los pezones endurecidos -dijo Luke con voz ronca y se volvió hacia el otro seno de Carla.

-¿Por qué no lo hiciste?-preguntó dominada por el placer-. No me hubiera importado.

-Apenas tenías dieciséis años.

-¿Hace mucho que me deseabas? -preguntó ella.

-Sí -musitó Luke y enterró la cara en sus senos-. Te deseaba mucho, pero me controlé, ahogué el deseo, lo ignoré, porque había algo que deseaba mucho más.

-¿La amistad de mi hermano? -intentó adivinar Carla.

-Y la tuya -Luke le besó un pezón, en seguida el otro-. Cuando tú y Cash estabais en el Rocking M, yo me sentía como si tuviera una verdadera familia. Necesitaba eso más que el sexo.

-Ahora puedes tener ambas cosas -indicó Carla.

-No funciona de esa manera, «rayo de sol» -murmuró él y entrecerró los ojos debido a los recuerdos-, no en el Rocking M -antes de que Caria pudiera preguntar a qué se refería, él deslizó una mano entre sus piernas para acariciarla con intimidad.

Unos instantes después, Carla se encontró de nuevo sobre el saco de dormir con Luke que sonreía.

-Conviértete en miel para mí. Permite que saboreé tu dulzura -le pidió él.

Le besó las orejas, los labios, los senos. Se quedó fascinado con su ombligo, y volvió a éste una y otra vez, lo acarició con la lengua, lo mordisqueó con suavidad, hasta hacerla gemir por las sensaciones inesperadas que la recorrían.

Las caricias de su boca sobre la piel de Carla eran como gotas de lluvia, que se sucedían constantemente, hasta que las sensaciones estremecían su cuerpo y la joven se retorcía, despacio, de placer...

La caricia de su lengua en sus piernas fue una sorpresa agradable. Carla se entregaba con abandono.

Luke se inclinó despacio, la acarició con una intimidad que la hizo gritar de pasión y sorpresa.

Luke murmuró:

-Está bien -le acarició la parte interior del muslo con las mejillas, y la mordisqueó con suavidad-. Eres toda miel... tan dulce... No opongas resistencia, «rayo de sol», déjame tenerte de esta manera. Sin riesgo ni dolor... sólo esto.

La caricia de Luke hizo que escapara un grito ahogado de la garganta de Carla. La acarició con ligereza, después, sus caricias cambiaron, la urgían, más que seducirla, exigían, la consumían en una intimidad que la llevó al éxtasis una y otra vez. Las palabras que murmuraba Luke y los gemidos de Carla se mezclaban con el sonido de la lluvia, hasta que ella quedó inmóvil y temblorosa, después del éxtasis.

Fue entonces cuando Luke se acostó a su lado, la abrazó, y besó las

lágrimas de sus pestañas. Sin saber si Carla lo oía, musitó:

-No vuelvas a hacerme esto «rayo de sol». Por favor, no...

Capítulo Quince

Todavía semanas después, el recuerdo de aquella mañana en September Canyon hacía que Carla contuviera la respiración. Luke le había dado mucho y no había querido nada para él, ni le había permitido darle nada a cambio.

Cuando Carla se calmó lo suficiente para poder respirar con tranquilidad, Luke se puso de pie y comenzó a pasear bajo la lluvia. La dejó sola, con el eco de la súplica que había murmurado. «No vuelvas a hacerme esto» «rayo de sol». «Por favor no...»

Después, Luke hizo todo lo posible por asegurarse de que ninguno de los dos se sintiera tentado a revivir el apasionado mundo de sus sueños. Trabajaba durante todo el día en el rancho, se levantaba antes del amanecer, y rara vez regresaba a la casa antes de las diez. A la hora de las comidas, hablaba con Carla cuando la cortesía o la necesidad se lo pedían; aparte de eso, no le decía nada.

Al principio, Carla pensó que ese distanciamiento deliberado de Luke desaparecería, que él le hablaría, la tocaría, permitiría que ella lo tocara no sólo de una manera física. Sin embargo, las horas se convirtieron en días, y los días en semanas. Luke no sólo no cedió, sino que cada vez evitaba con más decisión cualquier oportunidad de estar a solas con ella. Día tras día la evitaba, hasta que el período de estancia de Carla en el Rocking M terminó.

Era el último día que Carla pasaría en el rancho. Al día siguiente se iría del Rocking M, tendría que darle la espalda a toda una vida de sueños, y al hombre que amaba.

Carla se preguntó:

-¿Por qué Luke no me habla? ¿No sabe que lo amo? ¿Acaso no sabe que yo no soy como su madre o sus tías? ¿Por qué no nos da una oportunidad? Esta noche tengo que hablar con él. De alguna manera, tengo que hacer que comprenda. No puedo irme mañana con todas estas barreras entre nosotros, como si September Canyon sólo hubiera sido un sueño, y ahora estuviera despierta, sufriendo...

En la cocina, el sonido de algo que hervía al fuego sacó a Carla de sus pensamientos. Apagó el fuego y empezó a limpiar el horno. Cuando terminó, oyó que la puerta trasera se cerraba con fuerza, y en seguida, el ruido de unas botas rompieron el silencio.

Carla se dio la vuelta esperanzada, y no pudo ocultar su desilusión al ver que no era Luke quien llegó, sino Ten. Sonrió y disimuló su tristeza, como lo hacía siempre que alguien estaba cerca. Sin embargo, ese día tardó demasiado en ocultar sus sentimientos.

Carla saludó:

-Hola. Esta noche no hay nada pesado que levantar.

-Entonces, sólo te robaré una taza de café -respondió Ten y la observó con intensidad.

-¿Sucede algo? -preguntó Carla.

-Iba a hacerte la misma pregunta.

-Todo está bien. La cena estará a tiempo, y será suficiente para alimentar a un ejército -informó ella.

-No es a eso a lo que me refería -indicó Ten. Maldijo entre dientes-. Pareces triste.

-Siempre me siento triste cuando voy a irme del Rocking M -manifestó Carla-. ¿No lo recuerdas? Solía armar un verdadero alboroto cuanto tenía que volver a Boulder.

-En aquel entonces, volvías a la escuela -indicó Ten-. ¿A dónde vuelves ahora?

-En realidad voy a ayudar a Cash con su tesis doctoral. Él es muy bueno con las cartas y con la minería, pero lo de escribir a máquina no lo soporta -explicó Carla.

Ten iba a decir algo, pero se lo pensó mejor y se encogió de hombros. En seguida añadió:

-Seguro que vamos a echarte de menos.

-Gracias -respondió Carla. Sintió las lágrimas calientes en los ojos. Siguiendo un impulso abrazó a Ten-. Yo también te echaré de menos.

Ten abrazó a Carla. La levantó del suelo con un abrazo de oso. En ese momento, se oyó un portazo.

-Bájala -el tono de la voz de Luke hizo que Carla se tensara.

Los brazos de Ten también se tensaron, manteniéndola cautiva. Despacio, la colocó en el suelo, la soltó y se volvió para mirar a Luke.

-¿Sucede algo, jefe?

Carla sabía que Ten sólo usaba la palabra «jefe», cuando pensaba que Luke estaba fuera de control.

-La cena está lista -informó de inmediato Carla a Luke-. Serviré un plato de más. No te esperaba.

-Me lo imaginé de inmediato -respondió Luke con suavidad fingida-, cuando entré y te sorprendí practicando tus técnicas recién descubiertas con mi capataz. Permíteme que te dé un consejo, colegiala. Al igual que a mí, a Ten no le gusta ser golpeado y pisoteado.

Las palabras irónicas de Luke tomaron por sorpresa a Carla, pues desde que volvieron de September Canyon, había sido muy amable, aunque distante. Ni con palabras o miradas había hecho alusión a lo que sucediera entre ellos.

-Habla por ti, jefe -manifestó Ten, con una voz tan fría como la de

Luke-. Si Carla está de humor para pisotearme, me tiraré al suelo, si ella lo desea.

-Esa no era mi intención al abrazarte -indicó Carla. Con el rostro pálido los observó.

-Lo sé, cariño -respondió Ten, sin apartar la mirada de Luke-. Es el jefe el que no comprende bien, cuando se trata de algo referente a ti.

-No te engañes, capataz -dijo Luke-. Ella puede parecer tan inocente como...

-Si dices algo más -le interrumpió Ten con voz cortante-, lo lamentarás.

-¡Oh! ¿Tú vas a hacer que lo lamente? -preguntó Luke.

-No tendré que hacerlo. Tú mismo te miras en el espejo y se te revolverá el estómago respondió Ten. Sus palabras fueron más efectivas que un golpe. Luke cerró los ojos y contó hasta tres. Al abrirlos de nuevo, su mirada era opaca. Ten murmuró algo entre dientes, y antes de que alguno de ellos pudiera decir algo más, oyeron que los trabajadores del rancho empezaban a reunirse en el patio-. Búscate a otra persona para que te dé los golpes que te mereces, Luke. Te aprecio demasiado para disfrutar pegándote -se volvió hacia Carla-. Ve a lavarte la cara, cariño, o tendrás que responder a muchas preguntas acerca de esas lágrimas.

Carla huyó sin decir palabra. Cuando regresó, la cena estaba en la mesa y Luke no estaba a la vista. Ten la miró y sonrió para animarla. Luego se dirigió a todos en general:

-Os dije que ella se estaba arreglando para impresionarnos. Buen trabajo, cariño. Tienes buena apariencia para comer -Ten se puso de pie y apartó una silla para que ella se sentara.

-Gracias -dijo Carla. Lo miró a los ojos y añadió-: Eres un buen hombre, Ten. No sé por qué todavía ninguna mujer te ha atrapado.

-Una lo hizo -murmuró Ten y volvió a sentarse, junto a ella-. Fue una lección para los dos.

-Hey, capataz -Cosy señaló con el pulgar el lugar de Luke-. El jefe ha vuelto temprano hoy. ¿Voy a buscarlo al establo, para que venga a cenar?

-Eso depende de si te sientes con suerte -respondió Ten.

-¿Quieres decir que está en el taller? -preguntó Cosy dudando.

-Sí.

-¿Convierte los pedazos grandes de madera en virutas?

-Sí -respondió Ten.

-¿La puerta está cerrada con llave? -quiso saber Cosy.

-Sí.

-¿Vas a quedarte con todas esas patatas, o vas a compartirlas con

los hombres que hacen el verdadero trabajo? -preguntó Cosy. Ten sonrió y le pasó la fuente de patatas.

-¿De qué habláis vosotros dos? -preguntó Carla. Ten dudó y encogió los hombros.

-Cuando las cosas se ponen demasiado difíciles para Luke, se encierra en el taller que está en el establo. ¿Has observado la cama, el tocador y la mesa que están en tu habitación?

-Nunca he visto unos muebles tan hermosos.

-Luke los hizo, hace tres años. Trabajó durante todo el verano, por las noches. Durante el día trabajaba mucho en el rancho. Después de una semana, su apariencia era terrible, y decidí hacerlo entrar en razón -Ten sacudió la cabeza-. Ese es un error que no volveré a cometer. Prefiero acorralar a un puma con un látigo, antes que hablar con Luke cuando está encerrado en su taller.

Carla perdió el apetito por completo al asimilar las palabras de Ten. Tres años antes, ella se había ofrecido a Luke, con resultados infelices para ambos. Él le había dicho: «Me arrepentí de lo de aquella noche, como no he lamentado ninguna otra cosa en mi vida». Por lo tanto, él se había encerrado en su taller y controlado sus emociones para crear unos extraordinarios muebles, con el fin de colocarlos en un dormitorio que nadie usaba. Tres semanas antes, Carla había vuelto a ofrecerse a Luke... y cuando todo terminó, él murmuró-: «Por favor, no vuelvas a hacerme esto».

En ese momento, Luke se había encerrado una vez más. No saldría al menos mientras Carla todavía estuviera en el Rocking M. Estaba segura de eso, también estaba segura de que no podía permitir que eso sucediera. Amaba demasiado a Luke para irse y fingir que nada había sucedido.

Ten le dijo en voz muy baja, para que nadie más lo oyera:

-No lo hagas, cariño. No seas tú quien vaya a darle a Luke la discusión que está buscando. Ambos os arrepentiréis.

Carla lo miró sorprendida por su habilidad para leerle el pensamiento.

-Pero le quiero... -murmuró Carla.

-Eso te hace más vulnerable.

-Luke llegó hoy temprano -comentó Carla-. Tal vez deseaba hablar conmigo. Quizá él... -no pudo expresar con palabras su esperanza. Pensó que era posible que él quisiera pedirle que se quedara.

Durante el resto de la comida, Carla fingió comer, sin embargo, sólo removió la comida en el plato. Parecía atenta, pero sus pensamientos giraban y giraban mientras intentaba encontrar la manera de conseguir que Luke hablara con ella.

Más tarde, cuando la mesa quedó limpia, al igual que la cocina, y Luke todavía no había vuelto a la casa, Carla subió a su habitación y empezó a hacer las maletas.

Con la esperanza de conseguir que saliera del establo, Carla sacó su equipaje. Lo cargó en la camioneta, haciendo mucho ruido. Como el cielo amenazaba con lluvia, lo metió todo en el asiento del pasajero de la pequeña cabina.

Nadie salió del establo mientras Carla colocaba y volvía a colocar las cajas en el pequeño espacio. Los hombres que asomaron la cabeza por la puerta de la barraca y se ofrecieron a ayudarla, fueron rechazados con cortesía.

Carla hizo muchos viajes innecesarios, para tardar el mayor tiempo posible. Sin embargo, llegó el momento en que no tuvo más excusas para permanecer en el patio y dirigir miradas esperanzadas hacia el establo.

Subió para lavarse el cabello y tomar una ducha. Tenía la esperanza de que si Luke veía que no estaba en la planta baja, se atrevería quizá a entrar en la casa. Pero nada más salir del baño, Carla comprendió que Luke no había regresado, pues no se oían ruidos en la cocina. Carla murmuró para sí:

-Luke, no nos separemos de esta manera, sin una palabra... sólo silencio. Háblame, dame una oportunidad.

Escuchó el sonido de un trueno como respuesta a su plegaria. Se acercó al tocador y abrió la cajita que Luke había hecho para ella. Sacó el pedazo de cerámica. Lo sintió frío, duro y liso, como si el tiempo se hubiera condensado en su palma. Durante largos minutos se quedó inmóvil y sostuvo el fragmento como si fuera un talismán contra sus profundos temores. Al fin, volvió a colocarlo en la caja, y guardó ésta en su maletín, que era el único equipaje que permanecía a su lado.

Las sábanas estaban tan frías como el fragmento de cerámica Anasazi. Carla permaneció acostada, en espera de oír los pasos de Luke al subir las escaleras.

La tempestad llegó primero, fue un tumulto repentino. Carla escuchó todas las voces de la tormenta, el ruido del viento, la respuesta del trueno, la fuerte lluvia. Oyó que Luke subía las escaleras, y pasaba junto a su puerta sin detenerse. El sonido de la ducha se mezcló con el de la lluvia que caía. La ducha y la lluvia se detuvieron sin previo aviso. En los silencios que se abrían entre cada trueno, Carla pudo escuchar cómo Luke caminaba una y otra vez del dormitorio al baño.

Permaneció acostada, escuchando. Tenía los puños cerrados a los

lados y toda su mente suplicaba: «Ven a mí, Luke. Una vez, sólo una vez ¿no puedes venir a mí?

Escuchó sus pasos en el pasillo. Creyó oír, o tal vez se lo imaginó, a Luke deteniéndose por un momento al otro lado de la puerta. El ruido en las escaleras le indicó que él se dirigía a la cocina, se alejaba de ella. Carla esperó y esperó, pero los pasos no volvieron. Sintió ira de pronto; con un movimiento rápido apartó las sábanas y temblando se puso de pie, llena de determinación.

Carla murmuró para sí:

-Lo obligaré a escucharme.

Descalza, bajó las escaleras. Llevaba sólo la camisa negra que Luke le había dejado a Cash, y que ella no le había devuelto. La única luz de la casa salía de la cocina, pero era suficiente para iluminar las escaleras.

Luke no se encontraba en la cocina, tal como ella esperaba, sino en el comedor. Su silla estaba apartada de la mesa, y tenía los codos apoyados sobre las rodillas. Una taza de café se enfriaba en la mesa, a su lado. Estaba descalzo, llevaba sólo unos pantalones. Su deseo hacía que le resultara imposible conciliar el sueño.

Sus miradas se encontraron. Para Carla fue como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Los ojos de Luke tenían el brillo salvaje de un puma acorralado.

-Vuelve a la cama, colegiala. Vuelve ahora mismo -ordenó Luke.

-Tenemos que hablar.

-¿Por qué? ¿Estás embarazada? -preguntó Luke. Había dado voz al pensamiento que le obsesionaba, su hijo, creciendo en el vientre de Caria. La triste historia del Rocking M repitiéndose de nuevo, después de que él había jurado que no tendría descendencia.

Sin embargo, deseaba ese niño con todo el anhelo de su alma, que era tan profundo como la necesidad que sentía Carla. Se encontraba atrapado entra lo que deseaba y lo que sabía no debería tener, y ese dilema lo volvía loco. No soportaba más... en especial, cuando Carla estaba de pie frente a él, con la mirada brillante y el cuerpo apasionado.

-No es eso -dijo Carla con impaciencia, decidida a no distraerse del tema principal. Le parecía que Luke había decidido no enfrentarse a lo que existía entre ellos-. Es tu negativa a...

Luke sintió ira porque ella daba poca importancia al hecho de que pudiera estar embarazada, algo que a él le obsesionaba. Decidió atacarla con palabras, de la misma manera que años atrás, la había hecho huir del Rocking M y de él. Sin embargo, ella había vuelto, por lo que esa vez tendría que ser especialmente destructivo.

-¿Por qué estás aquí entonces? -preguntó Luke con voz fría-. ¿Quieres más sexo? Olvídalo. Tuve suerte al no dejarte embarazada en el September Canyon. No soy tan tonto como para caer dos veces en la misma trampa. El sexo no lo vale.

Carla ya no era una niña para huir ante la ira de un hombre. Se mantuvo firme, a pesar del dolor que le causaron las palabras de Luke.

-Eso no fue sexo -le aseguró Caria-. Fue amor.

-Fue sexo -repitió Luke-. Eso es todo lo que los hombres y las mujeres sienten. Es simple deseo, colegiala.

-Algunos hombres... algunas mujeres -aceptó Carla. Avanzó despacio hacia él, los dedos le temblaron un poco al desabrocharse el primer botón de la camisa negra, después el segundo, el tercero... Todo su cuerpo temblaba con una urgencia que era la otra cara del deseo. Tenía que hacerlo comprender, tenía que lograrlo-, pero no todos son así. Yo te amo, Luke.

-¿Me amas? Entonces, abróchate la camisa y déjame en paz -pidió Luke.

-No estarías en paz, estarías desconsolado, me deseas, no puedes negarlo, Luke. La evidencia está delante de ti, para que los dos la veamos -manifestó Carla. Luke pronunció una maldición. Carla sonrió con tristeza-. Esa es la idea general, pero en nuestro caso, se llama hacer el amor.

-Yo no te amo-mintió Luke. Carla no se detuvo, sino que reunió todo su valor y continuó acercándose a su puma acorralado.

-No te creo-cuando los dedos de Carla terminaron con el último botón, la camisa se abrió y reveló las curvas femeninas. Luke contuvo la respiración, intentó apartar la mirada, pero no pudo. Carla era su propio sueño que caminaba hacia él, lo llamaba. Su voz era parte de él y de su alma.

-No me hagas esto, nena -pidió Luke.

-Eres un hombre grande y fuerte -indicó Carla, arrodillándose entre las piernas de Luke-. Si no me amas, pruébalo... detenme. Luke no esperaba ese desafío por parte de Carla, ni que le bajara la cremallera de los pantalones. Le cogió las muñecas y le subió las manos, para alejarlas de su cuerpo hambriento.

Fue un error, pues aunque los dedos de Carla se hundieron en los tensos músculos de su pecho, su cabello le acarició con intimidad. Antes de que Luke pudiera recuperarse de la fuerte impresión, sintió la caricia suave de su lengua.

De no haber estado sentado, el salvaje torrente de su respuesta lo hubiera obligado a arrodillarse. Emitió un gemido al tiempo que

todos los músculos de su cuerpo se tensaban con la violencia de su pasión. Apretó las muñecas de Carla con fuerza, pero ninguno de los dos lo notó. Sólo sabían que el mundo estaba en llamas, y que ellos se encontraban en el centro del fuego.

Entre cada caricia de su lengua y manos, Carla murmuró el amor que sentía por él, y en algún momento, entre la negativa inicial y la aceptación final, las manos de Luke soltaron sus muñecas y enterró los dedos en su cabello. La acarició, la abrazó, hasta que gimió y no pudo soportarlo más. Levantó a Carla y le dio lo que ella pedía, al poseerla con pasión.

Carla besó a Luke en los párpados y dijo:

-Piensa en esto cuando me vaya. Piensa en esto y acuérdate de cómo te amé. Entonces, ve a buscarme, Luke, te estaré esperando... y amando...

Capítulo Dieciséis

-¿Cuándo vas a terminar con esta tontería y a llamarlo? -preguntó Cash desde el pasillo del apartamento de Carla. Su tono indicaba que estaba preocupado y exasperado.

Carla desvió la mirada del enigmático pedazo de cerámica que tenía en la palma de la mano, y la fijó en el tocador, donde se encontraba el teléfono que había permanecido en silencio durante diez semanas. Despacio, levantó la mirada para ver los ojos azules de Cash, que en ese momento entraba en su dormitorio.

La sonrisa habitual de Cash brillaba por su ausencia.

-¿Llamar a quién? -preguntó Carla.

-A Santa Claus -respondió Cash.

-Es demasiado pronto para los regalos de Navidad -indicó ella.

-Falta poco para el Día de Acción de gracias, y llevas en casa desde finales de agosto.

Los dedos delgados de Carla se cerraron sobre el fragmento de cerámica. No dijo nada, pues sabía contar tan bien como su hermano. Sabía muy bien que ese día se había quedado embarazada... el último día que pasó en el Rocking M, cuando arriesgó todo a una última carta... y perdió.

Al ver que ella no respondía, Cash insistió:

-¿Y bien?

-¿Bien qué? -preguntó Carla.

-¿Cuándo vas a llamar a Luke?

Con mucho cuidado, Carla guardó el fragmento en su caja, la cerró y la dejó sobre el tocador.

-No lo haré -informó Carla.

-¿Qué?

-No voy a llamar a Luke. He perseguido a ese pobre hombre durante siete años ¿no crees que ya es hora de que lo deje en paz?

Cash estudió la expresión de su hermana y comprendió que ella había madurado mucho desde el comienzo del verano. A pesar de que Carla no había dicho nada en concreto, la tristeza de su sonrisa le indicaba a Cash que el verano no había transcurrido como él esperaba. Lo que no sabía, era el motivo.

-Luke lleva años fascinado contigo, pero eras demasiado joven -señaló Cash-. Cuando tuviste edad suficiente, él ya se había acostumbrado a no verte. Para empeorar las cosas, tiene esa tonta idea de que el Rocking M destruye a las mujeres, y él ama ese rancho de la manera en que la mayoría de los hombres aman a sus mujeres.

Por lo tanto, me dejé ganar en las cartas, y te envié al Rocking M, para que cocinaras durante el verano, y Luke pudiera comprobar que no ibas a echarte a llorar sólo porque no podías ir a que te arreglaran las uñas cada quince días.

La expresión de tristeza de Carla se transformó en una de sorpresa.

-¿Tú te dejaste ganar? -preguntó Carla.

-Sí. Pensé que el verano podría datos a vosotros dos la oportunidad de conoceros como adultos, sin que yo estuviera cerca para haceros recordar los años en que tú eras una chiquilla con trenzas y estabas enamorada de un hombre lo suficientemente mayor y decente como para mantener las manos quietas en los bolsillos.

-Funcionó -manifestó Carla-. No estuviste cerca para hacernos recordar eso.

-¡Vaya si funcionó! -exclamó Cash-. Volvimos a donde estábamos hace tres años. Me encuentro con Luke en West Fork para jugar a las cartas y tomar cerveza. Él me hace preguntas acerca de cómo estás, si sales con alguien, y si me gusta alguno de los hombres que llevas a casa.

Carla cerró los ojos, para que Cash no notara la esperanza que sus palabras le dieron. Esa esperanza era tan poco razonable como su enamoramiento.

-Supongo que Luke simplemente estaba siendo educado-señaló Carla con voz suave, en un esfuerzo por ocultar su dolor-. Si en realidad quisiera saber cosas acerca de mí, cogería el teléfono y él mismo me lo preguntaría.

-Eso fue lo que le dije la última vez que me preguntó -aseguró Cash.

Carla sonrió con tristeza.

-Y el teléfono no ha sonado.

-Hazlo sonar tú -sugirió Cash-. Llámalo.

-No -respondió Carla.

-Entonces, lo haré yo -aseguró Cash.

-Por favor, Cash, no lo hagas.

-Dame una buena razón para que no deba hacerlo -pidió él.

-No quiero que lo hagas.

-Eso es una emoción, no una razón -indicó Cash-. Dame una razón, Carla. Ya me he cansado de ver a las dos personas que más quiero caminando como si estuvieran medio vivos. Esperaba una boda al final del verano, no un funeral.

Al ver el rostro de Cash, Carla comprendió que no ganaría esa discusión.

-¿Te gustaría ser tío? -preguntó de pronto Carla.

-¿Qué?

-Estoy embarazada -explicó Carla.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Lo sabe Luke?

-No.

-Lo suponía. Si él lo supiera, tendría cuñado de inmediato ¿no es así? -preguntó Cash.

-No.

Se produjo un largo silencio, mientras Cash esperaba una explicación por parte de Carla, pero ella no habló.

-Explícate -pidió Cash-. Confiaba en Luke. Dime por qué no debo ir al Rocking M y golpear a ese desgraciado hasta dejarlo casi muerto.

-No fue culpa de Luke -aseguró Carla.

-¡Eso son tonterías, Carla! Él es lo suficientemente mayor como para mantener las manos quietas. Además, sabe muy bien cómo se hacen o no se hacen los niños. Cualquier hombre que seduce a una virgen, debería tener la decencia de...

-Él no me sedujo -le interrumpió Carla-. Yo lo seduje.

-¿Qué?

-Seduje a Luke MacKenzie-gritó Carla-. Lo busqué, me quité la ropa y le hice un ofrecimiento que no pudo rechazar -respiró profundamente-. Si crees que tienes que golpear a alguien, golpéame a mí.

Cash abrió la boca, pero no salieron las palabras. Se aclaró la garganta y preguntó:

-¿Y después?

-Luke se sintió obligado a casarse. Yo me negué.

-¿Por qué? -quiso saber Cash.

Fue el turno de Carla para guardar silencio. Después de un momento, ella le explicó:

-Te diré por qué, querido hermano. Prefiero irme al infierno antes que casarme con un hombre que no me ama.

-¡No seas ridícula! -exclamó Cash-. Luke te ama. Te ha amado durante años.

Carla tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentó hablar; sin embargo, sólo pudo sacudir la cabeza despacio, mientras intentaba controlarse.

-Placer -dijo al fin Carla-. No es lo mismo, Cash.

-No te creo -respondió Cash. Pasó junto a ella en busca del teléfono. Carla le cogió las muñecas.

-Entonces, cree esto -manifestó Carla con voz temblorosa-. Si le dices a Luke que estoy embarazada, subiré a mi camioneta y no me

detendré hasta estar segura de que ninguno de los dos me encontrará.

-Pero cariño, estás embarazada. Sé razonable.

-Lo soy. No soy un caso de caridad. No necesito un matrimonio por compasión -aseguró Carla. Cash hizo una mueca. Demasiado tarde, Carla recordó el breve y desgraciado matrimonio de Cash con una joven que esperaba un hijo de otro hombre-. Lo siento, no era mi intención criticar a Linda. Ella hizo lo que creyó debería hacer -abrazó a su hermano-. El hecho de que tú te hicieras cargo de mí, cuando mamá y papá murieron, estropeó cualquier oportunidad que Linda y tú pudierais tener. Eso también me enseñó que el sentido del honor de un hombre y la decencia no son sustitutos del amor en el matrimonio. Si Luke me amara, ya habría llamado... y no lo ha hecho. Ahora, depende de mí recoger los pedazos de mi vida. No es problema de Luke, Cash, es mío.

Cash besó la frente de Carla y la abrazó.

-Cariño, estoy seguro de que Luke te ama, así como sé que yo te amo.

-No -murmuró Carla e intentó controlar la emoción-. Vas a hacer que llore. Le echo mucho de menos. Es como morir saber que él... que él no...

El cuerpo de Carla se estremeció, Cash la abrazó con fuerza.

-Adelante, cariño, llora -musitó Cash. Cerró los ojos y apoyó la mejilla sobre el cabello de Carla-. Llora por nosotros dos... y por Luke. En especial, llora por él, porque él ha perdido más -abrazó a su hermana durante largo rato, le permitió llorar por todos aquellos años de sueños que no se habían hecho realidad. Cuando al fin Carla se calmó, Cash la besó en la mejilla y la soltó-. No estoy seguro de lo que voy a hacer respecto a esto -sacó un pañuelo del bolsillo y secó las lágrimas de Carla-, pero sí sé lo que no voy a hacer. Hoy no voy a coger el teléfono para decirle a Luke que estás embarazada. Ya intervine en una ocasión con vosotros dos, y no resultó -colocó el pañuelo en la mano de Carla y la obligó a cerrar los dedos-. Sin embargo, una vez que ya no puedas ocultarlo, alguien se lo dirá a Luke, y habrá problemas -dudó un momento y añadió-: Si no se lo has dicho para Navidad, tendré que hacerlo yo por ti.

Lo que Cash no dijo fue que creía con toda seguridad que, para entonces, Luke ya habría llamado a Carla.

Capítulo Diecisiete

Un viento frío sopló desde el MacKenzie Peak con la promesa de aguanieve o nieve. Una ráfaga de viento sorprendió a Ten entre la barraca y el establo. Bajó la cabeza y se subió el cuello de su chaqueta. Se dirigió hacia la entrada lateral del establo.

Durante un tiempo, en aquel establo solían guardarse los caballos de las carretas del Rocking M. En ese momento contenía herramientas de carpintería... y allí se encontraba un hombre que hacía maravillas con ellas.

La puerta había permanecido cerrada con llave, desde la tarde en que Carla McQueen se fue del Rocking M. Después de pasar un largo día trabajando en aquella habitación. El ruido de la sierra eléctrica al cortar la madera se mezclaba con el sonido del viento de invierno. Ten era el único hombre que se atrevía a molestar a Luke en su madriguera. Sin embargo, en los últimos días, incluso Ten se lo pensaba tres o cuatro veces antes de llamar a la puerta.

-¡Teléfono, Luke! -informó Ten.

-Coge el mensaje.

-Ya lo he hecho -respondió Ten.

-¿Y bien? -preguntó Luke.

-Cash quiere saber si has visto a Carla.

De pronto el sonido de la sierra eléctrica dejó de oírse.

-¿Qué? -preguntó Luke.

-Ya me has oído.

-¿Por qué piensa... -empezó a preguntar Luke. Ten lo interrumpió.

-¿Cómo voy a saberlo yo? Si tienes alguna pregunta debes hacérsela a Cash. Ya estoy cansado de entrar en un establo frío, para gritarle a un hombre que está demasiado ciego.

Luke abrió la puerta y dirigió una mirada dura a Ten, que se la devolvió con interés.

-Vuelve a decírmelo despacio -pidió Luke.

-Sabes tentar a un hombre -murmuró Ten-. Escucha, jefe. Cash McQueen está al teléfono. Carla ha desaparecido. Él piensa que ha venido aquí.

-¿Un día antes de Navidad? -preguntó Luke.

-Tal vez haya hecho galletas para los trabajadores del rancho -indicó Ten. Luke lo miró con incredulidad-. Bueno, ella nos trajo galletas hace unos años. Tal vez haya decidido volver a hacerlo. ¿Qué otro motivo podría tener para venir hasta aquí?

Luke salió del taller, cerró la puerta con llave, se la guardó en el bolsillo y caminó hacia la casa. El teléfono de la cocina se encontraba

descolgado.

-¿Qué es lo que sucede, Cash? -preguntó Luke.

-Esperaba que tú pudieras decírmelo. Tuve que pasar la noche en Nuevo México. Cuando volví, encontré una nota de Carla en la que decía que tenía que hacer algo en el Rocking M. Por lo tanto, llamé, pero Ten me ha dicho que ella no está allí.

-¿Cuándo se fue? -preguntó Luke.

-Debería haber llegado a la casa del rancho hace horas -respondió Cash.

-Tal vez decidió ir a otro sitio -sugirió Luke.

-Habría llamado para dejar un mensaje en el contestador automático -manifestó Cash.

Luke sintió la presencia de Ten detrás de él. Giró y entregó el auricular al capataz.

-Habla con Cash -dijo Luke con voz cortante.

-¿A dónde vas? -preguntó Ten.

-A revisar el camino sur, para buscar huellas de una camioneta pequeña. Si no vuelvo en diez minutos, sabrás que he encontrado huellas y que he seguido adelante.

-¿A dónde? -preguntó Ten.

-A September Canyon.

Los neumáticos de la camioneta de Luke hacían saltar el agua embarrada al dirigirse a gran velocidad hacia Picture Wash. Se dijo que conducía a gran velocidad porque estaba preocupado por Carla, ya que podría estar sola en un desolado cañón, a riesgo de que cayera una tormenta.

Sin embargo, no creyó en esa mentira razonable. Conducía a gran velocidad porque temía que ella llegara a ese lugar y se marchara antes de que él pudiera alcanzarla.

Luke se preguntó para sí:

-¿Cuál es la prisa, vaquero? Nada ha cambiado. Nada puede cambiar. No puedes tener a Carla y al Rocking M. Principio y final de la historia.

No recibió respuesta. Continuó conduciendo a gran velocidad. Al llegar al September Canyon, sintió alivio al ver que la camioneta pequeña de Caria se encontraba aparcada.

Aparcó su camioneta cerca, se puso la chaqueta y caminó con rapidez hacia el saliente rocoso. La luz dorada de la tarde iluminaba el cañón.

No encontró señales de Carla. No vio cenizas frescas en donde estuviera la fogata, ni huellas cerca del charco de agua clara. Tampoco estaba el saco de dormir, en espera de la noche que no

tardaría en caer. Luke murmuró:

-Tenía razón. Ella no piensa quedarse aquí -ese pensamiento hizo que sintiera frío. La sensación era irracional, pero no podía negarla-. ¿Por qué no me dijo que vendría? ¿Por qué fue hasta el Rocking M? ¿Por qué ni siquiera saludó? -apenas formuló esas preguntas, llegaron las respuestas; los ecos de un verano y de una pasión que no hubiera debido existir.

Recordó las palabras de Carla, que le obsesionaban hasta en sueños:

-Acuérdate de cómo te amé. Después, ve a buscarme, Luke, te estaré esperando... y amando.

Sin embargo, él no la había buscado, sino que se había encerrado en su taller. Allí había transformado su dolor y sueños en hermosos muebles de madera, para la familia que nunca tendría.

Un viento frío sopló en el cañón. De pronto, Luke comprendió por qué Carla no había instalado su campamento debajo del saliente rocoso. Ella no había podido soportar ese silencio, al igual que él.

Luke necesitó unos minutos para encontrar las huellas que había dejado Carla en el cañón. Las pisadas de ella seguían las señales que había dejado en agosto con montoncitos de piedras. Todas las otras huellas de su visita anterior habían sido borradas por la lluvia.

Luke caminó con rapidez y dominó el impulso de correr para llegar hasta la joven que solamente había dejado en September Canyon unas huellas frágiles que no sobrevivirían a la siguiente tempestad de invierno.

Dominado por una ansiedad que no comprendía ni podía controlar, Luke subió hasta el angosto saliente de roca que sobresalía del cañón. Nadie esperaba en la cima, no había ninguna joven con los ojos de un color azul verdoso y hermosa sonrisa. Nadie que pudiera hacer que un hombre soñara con casarse con una mujer en especial, tener familia con ella, ver cómo sus hijos crecían para aportar el desafío de aquella tierra.

Luke preguntó:

-¿Carla?

No obtuvo respuesta, sólo se oyó el viento. Miró a su alrededor buscando huellas de Carla, pero no vio ninguna, ya que la superficie era de grava, cuando no de roca sólida. Miró hacia arriba del cañón, y después hacia abajo. No había nadie a la vista.

Bajó por el otro extremo del promontorio. No encontró piedras amontonadas que indicaran el camino que ella había tomado.

Luke murmuró:

-Maldición, Carla -con impaciencia miró a su alrededor-, sabes que no debes alejarte sin dejar señales...

Sorprendido, dejó de repente de hablar. Giró la cabeza y volvió a mirar hacia arriba del cañón. En esa ocasión, sólo vio rocas, luz del sol y sombras... sin embargo, estaba seguro de que había visto algo allí poco antes.

Había visto algo que producía una sombra rectangular y tenía ángulos rectos. La geometría de la naturaleza era circular, la del hombre, angular. Él había visto algo dejado por el hombre.

Con cuidado, volvió a girar la cabeza. En esa ocasión, pudo ver los ángulos rectos y las sombras rectangulares, escondidos entre las curvas del September Canyon.

Un rayo de sol le permitió ver una construcción en el peñasco. Estaba oculta entre los árboles, en uno de los muchos pequeños cañones que había en el September Canyon.

Sintió un estremecimiento al comprender que estaba contemplando las ruinas de una construcción en el peñasco, la cual había existido antes de que Colón viajara hacia las Indias.

Dentro de esas ruinas de piedra ardía un fuego oculto, el cual enviaba un delgado velo de humo hacia el cielo.

Como lo había hecho Carla antes que él, Luke caminó hacia las ruinas. Aun sabiendo que estaban allí, y que la luz le ayudaba, le resultó difícil localizarlas, una vez que desvió la mirada. Luke se detuvo un momento y en seguida caminó hacia las ruinas, con la confianza de un hombre acostumbrado a encontrar su camino en una tierra salvaje. No gritó para llamar a Carla. La encontró en un extremo de las ruinas, sentada en una antigua habitación que no tenía techo.

Gran parte de las paredes seguían en pie, haciendo frente al fuerte viento. La pequeña fogata que ella había encendido ardía como un pequeño pedazo de sol atrapado entre las ruinas.

Carla tenía la mirada fija en la fogata y mantenía apretado el puño de la mano derecha. Las lágrimas brillaban como lluvia plateada en sus mejillas. Luke sintió una inmensa tristeza al verla.

Con voz ronca por la emoción, dijo:

-Se acerca una tempestad. No deberías acampar aquí. ¿Por qué no vuelves conmigo?

Carla se volvió y miró al hombre cuyo hijo se estaba formando en su vientre, el hombre al que amaba, el hombre que no deseaba su amor.

-No, gracias -respondió Carla con cortesía-. No quiero imponerte mi presencia.

Luke sintió un estremecimiento que nada tenía que ver con el viento.

-Eso es ridículo -manifestó Luke-. Sabes que siempre eres bienvenida en el Rocking M.

-No -dijo Carla.

-No... ¿qué?

-No mientas -explicó Carla-. No soy bienvenida en el Rocking M, y los dos lo sabemos. Sentiste alivio cuando te despertaste y descubriste que me había ido.

-Carla...

Luke sintió un nudo en la garganta. Se hizo un silencio, mientras Carla lo observó con unos ojos que a él le parecían más oscuros de lo que recordaba. Los labios de la joven se curvaron en una pequeña sonrisa, más triste que las lágrimas que Luke había visto.

-No te preocupes, Luke. No voy a arrojarme de nuevo en tus brazos. Al fin he madurado. Estoy cansada de ser rechazada por ti, así como tú lo estás de tener que rechazarme.

Carla rió de pronto. El suave sonido de su risa hizo que Luke se acobardara un poco, pero ella no lo notó. Carla abrió su mano derecha y observó el fragmento de cerámica antigua que tenía en la palma.

Luke soportó el silencio durante todo el tiempo que le fue posible; después, hizo la única pregunta que se permitiría.

-¿Has encontrado eso aquí?

Carla se estremeció un poco. Cuando Luke empezó a preguntarse si ella respondería, ella habló al fin.

-Tú me lo diste hace siete años. Lo he traído al lugar al que pertenece. He completado el círculo.

Luke se sintió como si el mundo se abriera a sus pies. En el pasado, siempre había tenido la seguridad absoluta de que Carla regresaría al Rocking M, a él, llevando con ella su alegría, su risa y la paz. Contaba con eso, sabía que algún día él levantaría la mirada y ella estaría allí de nuevo, y lo miraría con un amor que nunca había podido ocultar. La comprensión de lo sucedido hizo que quedara helado. Comprendió que no había conocido el dolor hasta ese momento. Carla había vuelto, pero no a él... ella se iría otra vez... y nunca regresaría.

Luke dijo de pronto:

-Voy a vender el rancho.

Carla levantó la mirada, impresionada por las palabras de Luke. Lo miró, y la pena que vio en aquellos ojos le causó mucho dolor.

-Pero... ¿por qué? -preguntó Carla.

-Tú sabes el motivo.

Carla emitió un sonido de angustia, le dio la espalda a la fogata, sabía que no había más esperanza. Todos sus sueños, todo su amor... todo había quedado destruido.

-Cash no debería haberte llamado -dijo Carla con voz ronca-. Él me prometió que esperaría hasta Navidad.

Carla cerró los dedos sobre el fragmento de cerámica. El dolor la hizo recordar por qué había ido a September Canyon. Movió el brazo para lanzar al fuego el fragmento de cerámica.

-¡No! -dijo Luke. Se movió con rapidez, y cerró la mano sobre el puño de Carla, obligándola a sostener el regalo que él le había hecho. Lentamente se arrodilló frente a ella, y se llevó la mano derecha de Carla a los labios, a pesar de que ella luchaba por impedirlo-. No me dejes, «rayo de sol» -le besó los dedos-. Quédate conmigo. Ámame...

Esas palabras acabaron con las últimas defensas de Caria. No podía respirar, ni hablar. Estaba destrozada por saber que todo había sido para nada... todo el dolor, toda la soledad, todos aquellos años de anhelos.

Luke oprimía sus labios contra sus dedos, le rogaba que se quedara, que le diera el amor que nunca había querido aceptar en el pasado. En ese momento... cuando Cash le había dicho a Luke que ella estaba embarazada... cuando el amor era imposible.

Obligación, decencia, honor... palabras más frías que el viento. Esas palabras la oprimían. No podría vivir toda una vida con Luke, sabiendo que no era amada. Ni siquiera podría vivir durante un instante más así.

-Déjame ir, Luke -murmuró Carla con voz entrecortada-. No soporto ser una carga para ti. No soporto saber que el único motivo por el que has venido a mí, es porque Cash te ha dicho que espero un hijo.

-¡Un hijo! -exclamó Luke. Sus pupilas se dilataron por la impresión. Con movimientos rápidos se desabrochó la chaqueta.

-¿Acaso él no ...? -Carla dejó de hablar cuando las manos de Luke se deslizaron desde su garganta hasta sus caderas, y descubrieron los cambios que se habían producido en el cuerpo de Carla durante los cuatro meses de gestación.

-¡Cielos! -exclamó Luke, una y otra vez. Sus manos se deslizaron despacio sobre Carla. No podía hablar.

-¿No te lo dijo Cash?-murmuró Carla. Sabía la respuesta, pero no pudo evitar hacer la pregunta. Tenía que saber, tenía que estar segura. Luke negó con la cabeza-. Entonces... ¿por qué... has venido? Luke respiró profundamente antes de responder.

-Tenía que hacerlo -dijo él.

Carla lo miró con inseguridad, temía pensar, temía sentir esperanza.

-No comprendo -musitó Carla.

Con una delicadeza que la hizo temblar, Luke recorrió con los labios las huellas que habían dejado las lágrimas en sus mejillas. Era la primera vez que él la besaba sin que ella se lo pidiera, y ese descubrimiento, fue tan excitante para Carla como la ternura de sus caricias. Sin pensar, la joven levantó la mano para apartarlo, pues no podría soportar que la hiriera otra vez.

Luke dijo con voz ronca:

-No, por favor no me apartes «rayo de sol». Sé que me lo merezco, pero no puedo... no puedo soportar perderte. Cuando Cash me dijo que habías venido al Rocking M, me volví loco. Sabía que habías venido al September Canyon, pero no conocía el motivo. Tenía la esperanza... tenía la gran esperanza de que volvieras a mí. Después, me dices que dejarías aquí mi regalo, que nunca volverías... que el círculo se completaba. Eso es lo que quisiste decir ¿no es así? ¿Irte y no volver conmigo? -Carla asintió. Luke cerró los ojos y luchó por controlar sus emociones-. Hasta hace unos segundos -dijo al fin Luke-, pensé que había aceptado el hecho de que podía tener una familia, o tener el Rocking M. Lo supe durante años, aún antes de conocerte a ti y a Cash. Traté de que eso no me importara, porque amaba este rancho más de lo que había amado a una mujer -inclinó la cabeza y saboreó las lágrimas que brillaban en los labios de Carla. Entonces, un día te miré y vi a la mujer con la que quería tener hijos... -su voz se hizo más ronca por la emoción. Durante unos segundos, deslizó las manos con suavidad sobre el vientre de Carla, como si quisiera acariciar la vida que llevaba dentro-. Me juré que nunca sacrificaría a mi mujer y a mis hijos por el Rocking M. Sabía lo que esta tierra hace a las mujeres. Lo oí, lo vi, casi quedé destruido por eso cuando era niño. Cada vez que te miraba, recordaba la verdad -murmuró-. Podría tener el rancho... o venderlo y tenerte a ti. Por lo tanto, te rechacé, y deseé que volvieras, porque si volvías, podría tenerte a ti y al Rocking M... ¿comprendes?

Carla intentó hablar, pero sólo pudo pronunciar el nombre de Luke.

-No llores -murmuró Luke. La besó con suavidad, varias veces, como si pudiera beber toda la tristeza de ella con los labios, para aliviar el dolor-. Está bien. Al comprender que nunca regresarías a mí, la alternativa fue fácil. Podía vivir sin el Rocking M, pero no podía vivir sabiendo que te había herido -levantó la barbilla de Carla para mirarla a los ojos-. ¿Dónde quieres vivir después de que nos casemos?

-En el Rocking M -respondió Carla.

-Nunca te pediré eso -aseguró Luke.

-¿Crees que te amo? -preguntó Carla.

-No podría haber otro motivo para hacer lo que hiciste, me diste demasiado, pediste poco y conseguiste todavía menos. Lo siento, cariño, lo siento mucho. Merecías mucho más de mí.

Carla le devolvió los besos que él le había dado.

-El Rocking M es parte de ti -murmuró Carla entre besos-. Si no amara el rancho, no hubiera podido amarte a ti. Podría sentir un enamoramiento juvenil hacia ti, sentirme fascinada contigo, pero no podría amarte. Amo al rancho y te amo a ti -Carla sonrió de pronto. Las lágrimas de sus ojos brillaron como cristales bajo el sol-. En realidad, deberías preocuparte porque me caso contigo por el Rocking M, y no a pesar de él.

-«Rayo de sol» -musitó Luke-. Quiero que seas feliz. ¿Estás segura?

-Tan segura como que espero un hijo -respondió Carla. Luke cerró los ojos.

-¿Estás contenta? -preguntó él.

-¿Por estar embarazada?

-Sí -dijo Luke y abrió los ojos.

-Oh, sí -murmuró Carla. Cubrió las manos de Luke con las suyas-. ¿Lo estás tú?

-No puedo... no tengo... palabras -respondió Luke; inclinó la cabeza, le besó las manos y le acarició el vientre-. Cuando te fuiste, me encerré en el taller, hice una cuna, una camita, un caballo de juguete, para el hijo que nunca tendría. Después... hice una mecedora para que tú pudieras... -su voz se quebró. Intentó hablar, pero sólo pudo murmurar-. Miré la mecedora... te imaginé alimentando a nuestro hijo... y supe que nunca podría...

Carla sintió cómo él se estremecía, el calor de sus lágrimas contra su piel, y lo abrazó. Durante largos minutos sólo se escuchó el sonido de la respiración quebrada de Luke, y de las palabras de amor que ella murmuró.

Al fin, Luke se puso de pie y la llevó con él. La abrazó con fuerza. Miró los ojos claros de Carla, sintió que algo lo transformaba, que lo liberaba de la oscuridad del pasado, que le daba la visión de un futuro todavía más hermoso que el de sus sueños.

Quería decirle a Carla lo que había visto... una niña con cabello oscuro y ojos dorados, y la sonrisa de su madre; un niño de ojos de un color azul verdoso, y la fuerza de su padre; un hombre y una mujer que compartían, construían, creaban juntos, que devolvían a la vida el regalo que habían recibido de ella.

La visión era tan clara para Luke, tan real, que no podía cuestionar

o dudar de ella. Quería compartirla con Carla, decirle que ninguno de los dos volvería a estar solo. Sin embargo, de todos los dones que recibiera, de todas las verdades que sabía que daría y recibiría, sólo una palabra llegó a sus labios, cuando se inclinó hacia Carla, pues era la única verdad que importaba...

Luke murmuró:

-Te amo «rayo de sol».